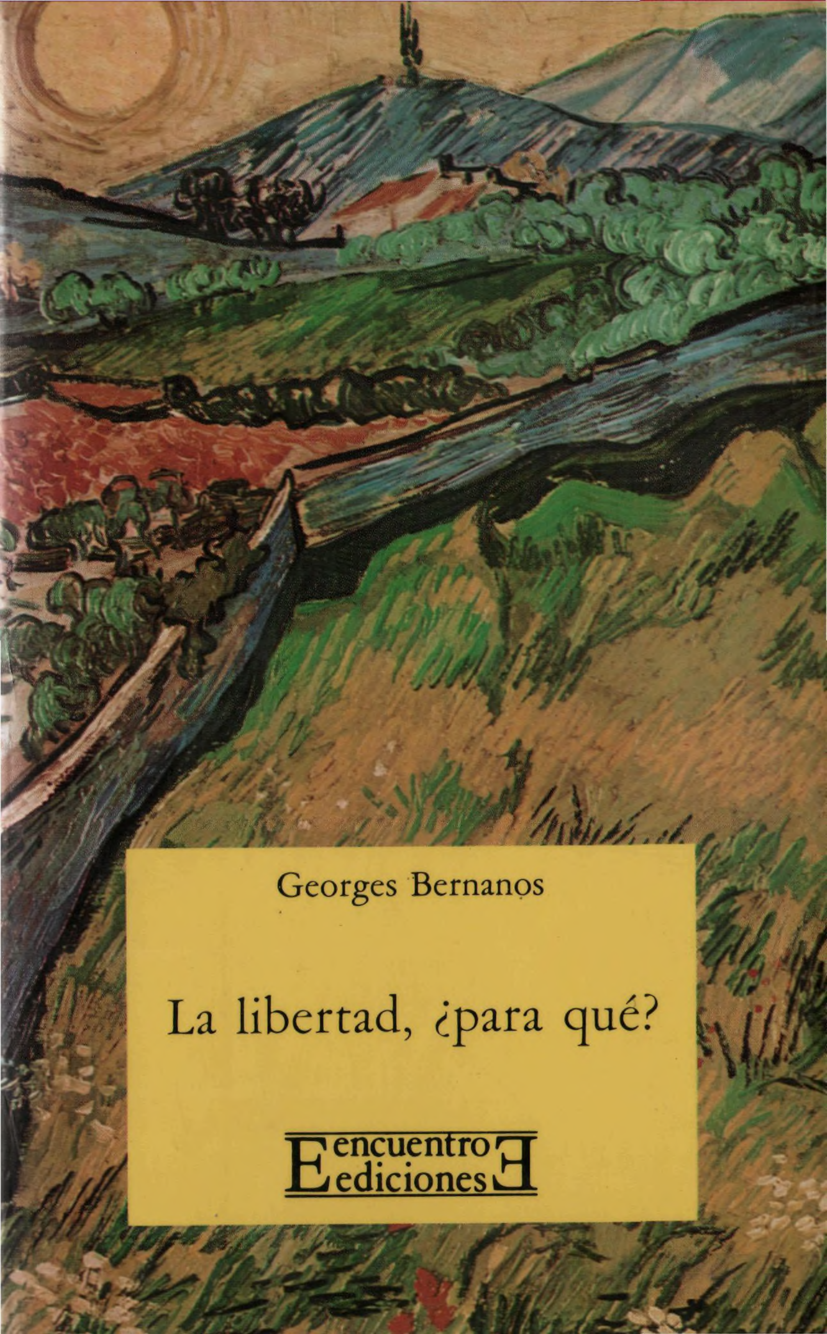


Georges Bernanos

La libertad, ¿para qué?

encuentro ediciones

Georges Bernanos

La libertad, ¿para qué?

encuentro ediciones

Título original
La liberté, pour quoi faire?

Primera edición
Marzo 1989

Traducción
Mercedes Gómez

Para obtener información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
C/ Cedaceros, 3, 2º - Teléfs.: 532 26 06 - 532 26 15 - 28014 MADRID

Indice

FRANCIA ANTE EL MUNDO DEL MAÑANA

Tal vez vosotros no os interesáis demasiado
por el mundo del mañana. Pero el mundo de mañana
se interesa muchísimo por vosotros.
Os decís, sin duda: pase lo que pase, ya encontraré el modo
de entrar en él, de una u otra forma. Sí, seguro.
Esperemos que no sea como el cordero que entra en la boca del lobo.

Bélgica, Africa del Norte
Diciembre de 1946 - primavera de 1947

Un profeta no es profeta de verdad sino después de su muerte, y hasta ese momento no es un hombre muy tratable. Yo no soy profeta, pero sucede que veo lo que los demás ven igual que yo, pero no quieren ver. El mundo moderno desborda hoy de hombres de negocios y de policías, pero le hacen mucha falta unas cuantas voces liberadoras. Una voz libre, por muy amarga que sea, es siempre liberadora. Las voces liberadoras no son las voces sedantes, tranquilizantes. No se contentan con invitarnos a esperar el futuro como se espera el tren. El futuro es algo que se sube cuesta arriba. El futuro no se padece, se hace.

Hay, seguro, entre vosotros algunos que me han hecho el honor de leerme, pero tal vez son esos precisamente los que tienen más necesidad de que se les tranquilice acerca de mí.

Desgraciadamente, nada es más fácil que equivocarse sobre el verdadero carácter de un autor aún vivo. La mayor parte de nuestros libros, en efecto, no adquieren su significación verdadera sino después de nuestra muerte; por eso precisamente, en cuanto hemos obtenido una cierta audiencia de público, es decir, unas grandes tiradas, los editores piensan que deberíamos facilitarles la tarea, y dejarles que nos enterraran tranquilamente, es decir, en definitiva, dejarles que nos la den con queso una vez más, la última vez. Es verdad que se me tiene por un hombre violento, pero eso se debe a que detesto violentamente toda violencia, y especialmente a la más odiosa de todas, esa que, bajo el nombre de propaganda, dado a la organización universal de la mentira, se ejerce hoy sobre los espíritus. En otro tiempo había un pensamiento francés. Ahora se quiere que no haya más que una propaganda francesa. Cuando millones y millones de hombres se preguntan con angustia: «¿Qué es lo que piensa Francia?», la propaganda les responde: «Francia piensa un poco de todo», y planta su tenderete de feria de muestras. Así, la propaganda intelectual francesa se ha convertido un montón de veces en algo así como una exposición ambulante, una organización publicitaria al servicio de un cierto número de intelectuales franceses, con derecho a la presentación del monstruo de turno... El mundo no necesita que se le demuestre que Francia es aún capaz de pensar, que dispone aún de un equipo apreciable de pensadores. Quisiera saber lo que piensa, y no por curiosidad, sino porque está terriblemente inquieto por el futuro.

En dos palabras: el mundo quiere saber qué piensa Francia del futuro, y se extraña de verla razonar, tras el final de las hostilidades, con los motivos, ya inservibles, de la propaganda general de guerra. Se pregunta si, en esto como en lo demás, lo único que nos proponemos es el endosar nuestros productos, como si el resurgir del pensamiento francés no

fuese sino el aspecto más modesto del resurgimiento económico, y como si nuestra ambición no fuera más allá de vender nuestros libros con el fin de obtener divisas.

Sucede que, tras haberme tratado de violento, se me trata también de pesimista. Los que me quieren demasiado bien me tratan de profeta. Los que no me quieren lo bastante me tratan de pesimista. La palabra pesimismo no tiene a mis ojos más sentido que la palabra optimismo, que es la que se le opone generalmente. Estas dos palabras están tan vacías por el uso como la palabra democracia, por ejemplo, que sirve ahora para todo y a todo el mundo, lo mismo a Stalin que a Churchill. El pesimista y el optimista coinciden en no ver las cosas como son. El optimista es un imbécil feliz, el pesimista un imbécil desgraciado. Podéis imaginároslos perfectamente con los rasgos del Gordo y el Flaco... Después de todo, sed justos, podría decir con todo derecho que me parezco más al primero que al segundo... ¡Bueno! Sé que hay entre vosotros gente de muy buena fe que confunde la esperanza con el optimismo. El optimismo es un sucedáneo de la esperanza cuyo monopolio está reservado a la propaganda oficial. El optimismo lo aprueba todo, lo sufre todo, lo cree todo, es la virtud por excelencia del contribuyente. Cuando el fisco le ha despojado hasta de la camisa, el contribuyente optimista se suscribe a una revista nudista y afirma que se pasea así por higiene, y que en la vida ha estado tan elegante.

Nueve de cada diez veces, el optimismo es una forma sutil del egoísmo, una manera de desolidarizarse de la desgracia ajena. A fin de cuentas, su verdadera fórmula sería aquel famoso «tras de mí el diluvio», que se atribuye erróneamente al rey Luis XV...

El optimismo es un sucedáneo de la esperanza que se puede encontrar fácilmente en cualquier parte, incluso, por ejemplo, en el fondo de una botella. La esperanza, en cambio, se conquista. No se llega a la esperanza sino a través de

la verdad, al precio de grandes esfuerzos y de larga paciencia. Para encontrar la esperanza, hay que estar más allá de la desesperación. Cuando se va hasta el final de la noche, uno se encuentra con un nuevo alborear.

El pesimismo y el optimismo no son, a mi entender, y lo digo de una vez para siempre, sino las dos caras de una misma impostura, el derecho y el revés de una misma mentira. Es verdad que el optimismo de un enfermo puede facilitar su curación. Pero también puede causarle la muerte, si le anima a no seguir las indicaciones del médico. Ninguna forma de optimismo ha librado a nadie de un terremoto, y el mayor optimista del mundo, si se halla en el campo de tiro de una metralleta —algo que hoy le puede pasar al más pintado—, puede estar seguro de salir con más agujeros que una espumadera.

El optimismo es una falsa esperanza para uso de los cobardes y de los imbéciles. La esperanza es una virtud, *virtus,* una determinación heroica del alma. La forma más alta de la esperanza es la desesperación superada.

Pero ni siquiera la esperanza puede hacer frente a todo. Cuando empleáis la expresión «con un coraje optimista», sabéis perfectamente el sentido exacto de esa expresión en nuestra lengua, sabéis que hablar de «un coraje optimista» no es apropiado sino cuando se trata de dificultades medianas. Pero si pensáis en unas circunstancias verdaderamente difíciles, la expresión que os viene espontáneamente a los labios es la de coraje *desesperado,* energía *desesperada.* Es precisamente esta clase de energía y de coraje la que el país espera de nosotros.

Necesitamos ese coraje para actuar. Lo necesitamos también para pensar. ¡Oh! Sin duda, una nación que reúne así sus fuerzas no responde en absoluto a la idea que los imbéciles se hacen de un país unido, a la manera de una romería de desocupados en mangas de camisa que se reparten el bocadi-

llo y beben de la misma garrafa. Un gran pueblo que se une para hacer frente no puede hacerlo sin inquietar ni chocar a nadie. Un gran pueblo no se une sin riesgo. Un gran pueblo se une en torno a sus élites, lo que no quiere decir tal o cual clase de ciudadanos, sino aquellos que están dispuestos a correr ese riesgo. El riesgo de pensar y actuar, porque un pensamiento que no actúa no vale gran cosa, y una acción que no se piensa no es absolutamente nada. El pensamiento de un gran pueblo, además, no es en absoluto la suma de las opiniones contradictorias de cien mil intelectuales que piensan, en la mayoría de los casos, según sus humores, que piensan como uno se rasca donde pica. El pensamiento de un gran pueblo es su vocación histórica. No se trata, por tanto, de distinguir entre nuestro pensamiento y nuestra fuerza, puesto que es nuestro pensamiento el que justifica nuestra fuerza.

Si os paráis un momento a reflexionar, os daréis cuenta tal vez que no me equivoco al tratar de hacer la síntesis de todos los problemas particulares que dividen a los hombres de hoy, y en nombre de los cuales se matarán unos a otros mañana. Tratar de pensar en universal ha sido siempre la vocación de nuestro país. Se querría hacer de la Francia de hoy, tanto a nivel de política exterior como a nivel del pensamiento mismo, una especie de intermediario que echa mano a las propinas de todo el mundo. Y lo que digo es que Francia tiene que jugar otro papel que no es el de intermediario.

Hay una crisis francesa. Hay una crisis de Europa. Pero pienso —y más vale decíroslo cuanto antes— que esas crisis no son más que las manifestaciones diversas de otra crisis mucho más general. Esa crisis es una crisis de civilización.

¡Claro! Sin duda, en cuanto pongo en causa la civilización moderna, los espíritus timoratos se preguntan con estupor si el momento es oportuno. La guerra de destrucción que acaba de terminar, y la paz que no termina de empezar, han

dado un golpe tremendo al prestigio de Europa. En esas circunstancias, poner en causa la civilización moderna, ¿no es también poner en causa a Europa? Pero, lo queramos o no, millones de personas en Europa y fuera de Europa empiezan a poner en causa esta civilización. Creo, lo creo con todas mis fuerzas, que mi país no debe unir su causa, ni someter su tradición y su pensamiento a una civilización que aparece más bien en realidad como una liquidación de todos los valores del espíritu. Creo que la misión de Francia es la de ser la primera en denunciarla. Creo que, al denunciarla, volverá a ocupar su lugar de maestra y guía espiritual, lugar que por lo demás no ha perdido nunca, puesto que nunca ha sido sustituida.

La palabra civilización es una palabra que, desde hace milenios, se ha mostrado siempre como una palabra reconfortante. Uno se imagina una civilización como un asilo, un hogar. ¿Por qué? Porque las civilizaciones han sido hasta ahora tradicionales. Eran, por lo tanto, una obra común. Por supuesto, toda civilización ha tenido sus injusticias. Pero hasta la misma injusticia estaba, en ellas, como hecha por mano de hombre, como hecha a mano. Lo que unas manos habían hecho, otras manos podían deshacerlo. Mientras que eso que llamamos la civilización moderna es una civilización técnica. La injusticia, ahí, no está hecha a mano, sino a máquina, de modo que el menor error puede tener incalculables consecuencias. La técnica al servicio de la injusticia o de la violencia les da a éstas un carácter de gravedad particular. La injusticia corre el riesgo de hacerse rápidamente total, igual que la guerra misma. Si la técnica tiene una moral, esa moral técnica no podrá jamás parecerse a la moral tradicional, a la moral hecha a mano. Ciertamente, por ejemplo, hay una técnica de asistencia a los débiles, a los tarados, a los degenerados de todas clases. Pero, desde el punto de vista de la técnica general el suprimirlos pura y simplemente costaría

mucho menos. Por lo tanto, tarde o temprano serán suprimidos por la técnica.

Esta misma semana, un oficial que estuvo deportado me contaba el espectáculo al que había asistido en Alemania, en su campo de concentración. Una mañana, llegaron dos trenes cargados de soldados alemanes mutilados. Eran mutilados graves, incapaces en adelante de todo servicio social, es decir, considerados bocas inútiles por una u otra razón. Se les había reunido de estación en estación, habían sido recibidos en todas ellas con comparsas, abundantemente provistos por la Cruz Roja de cigarros y cigarrillos. En el campo, las SS les rindieron honores, el comandante y el estado mayor del campo saludaban a su paso. Después, con la excusa de refrescarles un poco, se les condujo, en grupos de veinticuatro, a la cámara de gas, eso sí, decorada con banderas. La operación duró cuatro horas. El testigo de esta escena no está muy lejos. Hasta es posible que algunos de vosotros hayáis oído este mismo relato de sus labios. Por mi parte, yo encuentro la operación irreprochable desde el punto de vista de la técnica. Claro, ya sé, me diréis: ¡son alemanes! Pero esas técnicas están en el ambiente, puesto que el principio que las inspira y las justifica ha penetrado ya más o menos todas las conciencias. Se acepta perfectamente que el destino del hombre esté sometido al determinismo de las leyes económicas. ¿Qué es lo que hacen —os pregunto— los regímenes totalitarios, sino dar un pequeño empujoncillo, echar una mano, no para alterar el juego de esas fuerzas económicas, sino para acelerar un poco el proceso, igual que la comadrona echa una mano a la parturienta? ¿Por qué hacernos los hipócritas? Con el fin de mantener los precios de un producto indispensable a la vida, ¿acaso nos parece algo tan extraordinario que se le destruya? ¿Acaso eso nos indigna todavía mucho? Hace algunos años, para prevenir la baja de precios, los granjeros americanos tiraron al arroyo miles y

miles de litros de leche. Que, de ese modo, se haya sacrificado la vida de un cierto número de niños a ese cálculo económico, no nos quita el sueño. Cuando la técnica suprima a los niños de sobra en vez de tirar al arroyo los litros de leche, no creo que eso vaya a extrañarles demasiado a nuestros sucesores... Me diréis que esos hechos podrían evitarse instituyendo el monopolio de la leche. ¡Creedlo así, si os da la gana! Se hace pasar hambre a los ciudadanos para poder comprar divisas. ¿Y después? ¿Creéis que sería muy distinto el vender a los ciudadanos mismos? ¿Estáis tan seguros de que no se les cedería a los americanos —desnudos o vestidos, a elegir—, si representasen, en el mercado internacional, una cantidad verdaderamente apreciable de dólares...?

Nos falta imaginación, nos falta muchísima imaginación. Creímos que la guerra de 1941 se parecería a la de 1870. Después, que la guerra de 1939 se parecería a la de 1914. Eso puede llevarnos muy lejos. Os creéis, por ejemplo, que en un mundo en el que los técnicos dispondrán de esa fuerza casi ilimitada que se llama energía atómica, y que es la energía misma del universo, podréis llevar la misma vida que hoy. ¡Qué singular optimismo! ¡Mientras, al mismo tiempo, os parece perfectamente natural la disciplina impuesta en una simple factoría para la fabricación de pólvora! ¿Creéis que os van a dejar jugar con la energía atómica como a un niño con las cerillas? ¿Os resulta verdaderamente imposible calcular la cantidad de controladores, supervisores y policías que harán falta para prevenir cualquier error y cualquier escape?

Francia corre hoy el mayor riesgo, tiene la mejor oportunidad de su historia. Esta es la salutífera verdad que quisiera extender a todas partes, si pudiese. Muchas veces, se querría que yo no hablase más que de la segunda, pero las dos vienen a ser la misma, por lo menos, estas dos verdades son solidarias. Precisamente porque Francia corre su riesgo más

grande, tiene ahora su mejor oportunidad. Esto es lo que primero querría demostrar, antes de ir más lejos. Vosotros véis aquí, por todas partes, la civilización francesa. Véis sus obras. Hay regiones inmensas de la tierra –sí, de verdad, regiones inmensas de la tierra y he recorrido algunas de ellas– donde es imposible ver sus obras, pero en la que su espíritu se encuentra por todas partes. Sí, hay millones y millones de hombres para los que la civilización francesa es como un asilo, una protección, o mejor dicho, una patria. Lo digo así porque es verdad. Lo digo aún a riesgo de que algunos de vosotros se encojan de hombros y crean que les estoy comiendo el coco. Desde hace mucho tiempo esos millones y millones de hombres se daban cuenta de que se cernía sobre el mundo una amenaza de envilecimiento y servidumbre. Ellos no sabían definir ni precisar muy bien esa amenaza. La sentían simplemente como un rebaño siente la proximidad de la tormenta. Los cristianos veían en esta amenaza una amenaza contra la Iglesia y todos los valores espirituales de la cristiandad. Los demás no pensaban sino en la libertad. Pero unos y otros se imaginaban la civilización francesa como un muro infranqueable. Ahí estaba ese pensamiento francés, confundido en todas partes con la libertad de pensamiento. Ahí estaban nuestra tradición y nuestros grandes hombres. Ahí estaba nuestra historia, tan humana, y nuestra leyenda, más humana aún que nuestra historia. Pero estaba también ese pueblo francés, siempre dividido en la paz, siempre unido en la guerra, siempre firme y unánime a la menor provocación del extranjero. Estaba el ejército francés, considerado como el primero del mundo. Decepcionados en 1940 por nuestro pueblo y por nuestro ejército, esos millones y millones de hombres han intuido de repente el peligro que se cernía sobre lo que ellos amaban. Al hilo del fúnebre presentimiento que les ha invadido de repente, se han dado cuenta por primera vez de que Francia no sola-

mente ocupaba un lugar importante en el mundo, sino de que tenía también en sus conciencias un lugar no menos importante, y han medido al mismo tiempo la profundidad de la esperanza que habían puesto en nosotros.

Sabéis la distinción que hace la teología entre la Iglesia visible y la Iglesia invisible, entre el cuerpo y el alma de la Iglesia. Los que pertenecen al cuerpo de la Iglesia tienen derecho al nombre de cristianos y a todos los privilegios que este nombre concede en el inmenso y magistral edificio, dos veces milenario, ordenado como católico, apostólico y romano. Pero la Iglesia invisible es la Iglesia de los santos. Si la Iglesia de los santos es realmente el alma de la Iglesia, la Iglesia visible sin ella no sería sino un cuerpo privado de alma. No opongo un imperio contra otro, tampoco la teología opone la Iglesia invisible a la Iglesia visible. Lo que quiero decir es que existen millones y millones de hombres en el mundo que al haber bebido de la misma concepción tradicional de Orden y Libertad en el momento más preciado de nuestra tradición cultural, se descubren de este modo, casi sin saberlo, siendo partícipes de la vida francesa, miembros de la comunidad francesa, y no como simples imitadores o pacientes herederos, sino como hijos de una misma madre. ¡Ah! No creáis que me estoy refiriendo a los intelectuales modernos que están, bajo cualquier latitud, al corriente de todas las novedades de París. La cultura francesa tiene sus bobos. Es cierto que tiene menos que la técnica americana, sin embargo no desanima a los imitadores.

Decía que hay millones y millones de hombres en el mundo que no han leído, ni leerán nunca a M. Sartre, y que se imaginan a Francia como lo hacían nuestros antepasados, guardan de Francia esa imagen que tantos de nosotros hemos perdido sin reemplazarla por otra.

Naturalmente, no podría exigir de vosotros que me creáis, no puedo probar lo que acabo de deciros. Pero sabéis

muy bien que no soy una de esas marionetas políticas o de Academia, no soy un vendedor de palabras. He vivido durante ocho años en América del Sur, adonde —dicho sea de paso— fui por iniciativa propia a principios de 1938, y donde también por iniciativa propia, después de la derrota del armisticio, mis discípulos han ido para ayudar. Puedo hablaros de personas que conozco bien. Lo que sé de ellas, no lo he aprendido en los salones literarios y palacios.

He vivido con mi mujer y mis hijos muy lejos de las grandes ciudades doradas de la costa, más allá de las últimas estaciones de tren. He conocido dos pequeñísimos poblados blancos del interior brasileño, esparcidos por una vasta extensión de tierra virgen, perdidos en la base del bosque tropical, pero donde Francia está presente por todas partes, lo repito porque es verdad. Repito que Francia está presente en cada uno de estos pueblos, de los que ni siquiera encontráis el nombre en el mapa, porque el cura, el notario, el hotelero, el farmacéutico o el redactor jefe del periódico local hablan entre sí de mi país con la religiosa seriedad de un hombre de 1848, ya que Francia ha sido siempre para ellos la hija mayor de la Iglesia o la Emancipadora del género humano, a elegir entre una u otra según se prefiera. Sí, sí, encontraréis esto un poco mandanga, pero es así, ¿qué queréis que os diga? Probablemente estas personas en un cabaret de Montmartre resultarían ridículas, y los cupletistas no harían nada malo tomándoles el pelo. ¡No importa! Ahí están bien, creedme. El cantante es el que tiene aire de imbécil... Nuestra derrota en 1940 les hirió en lo más profundo de su ser, y no han comprendido ninguna de nuestras excusas, os lo aseguro. Sí, tengo que decíroslo. Es necesario que lo sepáis. Haríamos bien en repetirles que ellos, en nuestro lugar, habrían hecho lo mismo, pero ellos no tienen por costumbre ponerse en nuestro lugar. Nunca se han puesto en el lugar de un pueblo que cuenta con gran número de Santos y hé-

roes, en el lugar de la Francia de Carlomagno, de San Luis, de Juana de Arco, del Gran Emperador,... nunca se atrevieron. Desde el otro lado del Océano nos miran con estupor. Decirles que cuando dos pueblos luchan, el más astuto, en caso de derrota, es el que se rinde frente al otro, prefiriendo capitular antes que morir, les recuerda a la batalla de Waterloo. ¿Qué queréis que haga? Nos lo decía Petain, él comprendía a Cambronne. ¡Dios mío, Dios mío, Francia! Esta fue la frase más oída en el transcurso de los dos primeros años de guerra. Estaba en los labios de todos, se leía en todas las miradas. Conocí a un anciano farmacéutico que, en el mes de agosto de 1940, sumido en un coma diabético, rodeado de los suyos rezando el rosario, abrió los ojos para decir otra vez, la última vez, como un suspiro que parecía venir del más allá: «¡Dios mío, Dios mío, Francia!». ¡Ah! pero no os cuento esto para enterneceros. Esta es una historia que suelo contar muy a menudo a mis amigos, pero no me había atrevido a contarla en público por miedo a que entre los oyentes hubiese un gran número de aquellos 38 millones de franceses que en el mismo momento en que moría ese bravo hombre aclamaban sin duda al mariscal Petain y se felicitaban unos a otros por haber salido victoriosos, por haber sido, por una vez, más astutos que los ingleses; después se compadecerían de sí mismos, porque ahora está de moda. Pero bien, dicho sea de paso, ya que se presenta la ocasión, todos los amigos con los que contaba Francia en aquel momento se negaron rotundamente a compadecerse de nosotros. Estimaban demasiado a Francia como para apiadarse de ella, sabían que una gran nación no podía aceptar compasión de nadie. No se compadecieron de nosotros, y si por casualidad lo hubiesen hecho, sin duda lo hubieran lamentado, porque nosotros pasamos de compadecernos de nosotros a la más ridícula jactancia. A nuestro parecer habíamos ganado la guerra. Hablábamos de la Resistencia como si nunca hu-

biéramos gritado al vencededor: «¡detente!». De la liberación de París como si nunca hubiéramos oído hablar —no, verdaderamente, nunca— de la admirable, incomparable, insuperable insurrección de Varsovia —de Varsovia traicionada, entregada para ser crucificada entre dos ladrones, mientras los cañones de la D.C.A. rusa disparaban junto a los de la D.C.A. alemana contra los aviones ingleses que, en apretada formación, intentaban arrojar armas en paracaídas a los insurrectos, mientras la armada insurrecta, hasta la exterminación total, igual que el chico del matadero, apretando la bestia entre los muslos, mantiene violentamente su cabeza hacia atrás para facilitar el trabajo al degollador... No, los pobres diablos que, en 1940, repetían: «Dios mío, Dios mío, Francia...» hicieron mucho más que compadecerse de nosotros, temían por sí mismos —por sus hijos, por su patria—, le hicieron el honor a Francia de preguntarse con angustia cómo todo lo que ellos amaban podría ser salvado sin nosotros.

Sí, es verdad que nuestra derrota militar, como hoy las rivalidades abyectas y los regateos de nuestros *trusts* electorales, perjudicó gravemente nuestro prestigio, pero este prestigio era nuestro; en efecto, era el prestigio de generaciones desgraciadas, de generaciones vencidas. En cuanto al prestigio de Francia, quiero decir de la Historia de Francia o de la leyenda francesa, por raro que pueda parecernos, se engrandecía, se fortalecía con todo aquello que nuestro prestigio había perdido.

¡Ay!, los franceses medios que nunca salen de sus cuatro paredes, se imaginan fácilmente que los habitantes de esos países lejanos, a los que ni siquiera pueden localizar en el mapa, han vivido en una feliz ignorancia el drama mundial, cuyo primer acto acaba de representarse en Europa, pero cuyo desenlace final decidirá la suerte de toda la humanidad. Los franceses medios no saben o no quieren saber, que en

un país como Brasil por ejemplo, en donde los saltos de agua son innumerables, no existe un pueblecito, perdido en el extremo vanguardista de la civilización, donde no haya luz eléctrica, y junto a la luz eléctrica minúsculos aparatos T.S.F. americanos que algún libanés o siríaco del pueblo tiene en depósito y que los más miserables consiguen pagar en mensualidades, calculados en una cifra casi irrisoria. El aparato les aporta baile y música, de acuerdo, pero también algo más. Me pregunto a veces si en esos rincones perdidos de la tierra el drama universal no se sentirá mucho más profundamente que en un pueblito francés, en el fondo más aislado de su mercado negro que del más sobrio bosque ecuatorial, pues no hay peor soledad que la del egoísta o la del avaro... Sí, más sentido en esos rincones ignorados de la tierra, que en ciertos liceos franceses... La víspera misma de la guerra, al lado de vaqueiros brasileños vestidos con sus harapos multicolores, el lazo de cuero de bandolera, la única espuela atada con una cuerda al tobillo del pie derecho, escuché el discurso de Hitler; monté a caballo antes de que acabara, –tomaba de nuevo el camino hacia mi pequeña granja distante 20 kilómetros en una noche tremendamente húmeda y calurosa–, y oía su voz furiosa salir rugiendo de cabañas hasta tal punto pobres que incluso bajo las lluvias tropicales el padre, la madre y los niños dormían al aire libre, acostados uno al lado del otro, en el suelo embarrado.

Creéis fácilmente, o hacéis como que creéis, que aquí, allí o en otro lugar, en fin por todas partes, no se sueña más que con el bistec. Pero, os lo aseguro, hay millones y millones de hombres a los que el bistec les preocupa menos de lo que pensáis, ya sea porque hace tiempo que están habituados a no tenerlo, ya sea –mucho más frecuentemente aún– porque hacen frente a males mucho más terribles que el hambre, el miedo a estos males había llegado a ser para nosotros extraño, casi inconcebible. Este miedo, es verdad, co-

mienza a despertarse en nosotros, asciende de lo profundo de nuestra memoria hereditaria ante la autoridad, cada día más abrumadora, del Estado, la dictadura anónima de la policía, los inmensos campos de concentración alemanes o soviéticos. Pero ellos, estos hombres en su pequeña cabaña escondida bajo las palmeras, donde el hambre crónica les parece una razón natural de libertad, no entienden tan mal el mundo moderno. Comprenden bastante bien —mucho mejor que los padrecitos comunistas— que este mundo con toda su orgullosa fachada técnica y mecánica nunca llegará a parecerse al salvajismo cuyo recuerdo aún perdura en sus entrañas; que los tiempos venideros no tendrán piedad de los débiles, ya que su única ley será la eficiencia. Sí, han asistido de lejos el hundimiento de Europa, pero a pesar de ello el ruido ha retumbado en sus conciencias durante mucho tiempo. No creen en Europa, pero creen todavía en nosotros y no desean nada más que depositar sobre nosotros esa fe que, por otra parte, no han entregado nunca total y confiadamente a Europa.

Efectivamente, durante años y años nuestros rivales de Europa se esforzaban en presentarnos como un pueblo decaído, que caminaba lentamente y como a disgusto por la vía del progreso, y ese progreso tan ensalzado acaba de deteriorarse en los osarios. Saben muy bien que ese progreso no es el nuestro, que no era el tipo de progreso que nosotros habíamos anunciado a la humanidad, cuando en el momento más alto de su prestigio y de su poderío mi país lanzaba al género humano su gran mensaje de esperanza y fraternidad. Consideran que Francia no puede haber dicho aún su última palabra. Que depende sólo de ella volverse contra un orden que es en realidad la dictadura de una técnica delirante, inmensos recursos espirituales acumulados a lo largo de siglos y con los que cuenta aún ahora. Dicen que este orden no es francés, que Francia ha intentado en vano configurar con él

su libre genio, agotándose poco a poco en esa lucha impotente contra sí misma; que su misión histórica es, a partir de ahora, no sólo rechazar este orden, sino pensar otro —sí, pensar otro—, pensarlo con esa sensibilidad prodigiosa de la inteligencia que ha conducido siempre a ideas vivas, que ha llevado a una verdadera encarnación del pensamiento.

No debéis creer de ningún modo que los acontecimientos sobrepasan hoy la medida del hombre, como si no os quedase más remedio que sufrirlos... Los acontecimientos no tienen ahora mayor amplitud que antes, son los hombres los que se han devaluado. La devaluación del hombre es un fenómeno comparable al de la devaluación de la moneda. ¡No esperéis tanto que los devaluados estén de acuerdo con su devaluación! Si el billete de mil francos pudiera hablar, diría que el bistec se ha vuelto tan preciado como el oro, no se atrevería nunca a confesar que es él el que está por debajo de cien. Del mismo modo, los hombres devaluados prefieren vengarse con la historia de su devaluación. Son cada vez más propensos a negar la historia, a no ver en ella nada más que un conjunto de fatalidades históricas. Los que no osan invocar sinceramente el determinismo marxista —como los demócratas cristianos por ejemplo— apelan a las «aspiraciones de masas». Y algunos, es verdad que políticos devaluados, sin conciencia ni coraje, pueden perder totalmente el control de la historia. Su delito es menos no haber servido a Francia que no haber sabido servirse de ella, no haber sabido sacar nada, en circunstancias capitales, de un instrumento tan magnífico. Continúan peleándose, consentirían en justificarse a su costa, mientras que los grandes órganos franceses no esperan para despertarse nada más que el roce ligero de una mano amiga sobre el teclado magnífico. Su voz prodigiosa llenaría de nuevo la tierra.

Sí, es cierto, os lo aseguro, millones y millones de hombres esperan su voz. No sólo los frutos de su tierra, de su

subsuelo o de sus ruinas, sino su voz. No sólo el balbuceo de sus odios, sino una voz, su voz, su voz razonable y apasionada, una voz humana, una palabra encarnada en un mundo de robots...

Aragón, poeta oficial de la Resistencia, escribió hace tiempo en el «Libertinage»: «He buscado siempre el escándalo, y lo he buscado por sí mismo». No soy quien busca el escándalo, es el escándalo el que me busca a mí y termina algunas veces por encontrarme.

Llega el día en el que, en un mundo enteramente absorbido por el conformismo totalitario, en un mundo entregado enteramente al conformismo totalitario, el menor texto sacado de entre los más clásicos, los más tolerantes, los más humanos de nuestros pensadores —Montaigne, por ejemplo, o Montesquieu— resonará como un trueno en los oídos de los imbéciles y como una voz de alarma en los oídos de los tiranos. He pasado a veces, erróneamente, por un panfletario porque las ideas que propongo, por muy modestas que sean, no me han sido suministradas por ninguna fábrica oficial de productos alimenticios para el espíritu. He salido a buscarlas yo mismo, no sin fatiga y riesgo; se las puede encontrar un poco «silvestres», como los champiñones cogidos en el bosque. Expongo mis ideas tal cual son, querría hacerlo sin segunda intención —aunque esa segunda intención fuese la de convencer—. Las expongo con toda la humildad de la que soy capaz.

En efecto, un hombre razonable hoy no podría hacerse demasiadas ilusiones de poder utilizar su poder sobre las conciencias, pues hay una técnica para mentir, pero la verdad no tiene ninguna técnica.

Frente a la colosal industria propagandística nunca el hombre razonable se ha desesperado tanto de sí mismo y ha esperado tanto de la razón. Porque la razón se vale de los hombres razonables tanto tiempo como puede hacerse oír a

través de sus voces, pero hay en ella, en el momento en que la resistencia de los imbéciles le hace alcanzar su punto más alto de tensión, una especie de fuerza explosiva. De esta explosión de la razón es de la que Francia espera su salvación y la de la humanidad.

Los imbéciles juzgan este mundo como razonable porque su sabiduría, cuando la vida nos demuestra a diario que es de sabios totalmente irracionales, que la ciencia no confiere necesariamente ni el sentido común, ni la virtud. El mundo moderno que presume de sus excelentes técnicas es en realidad un mundo entregado al instinto, es decir, a sus apetitos. He aquí por qué se orienta por sí mismo hacia experiencias que no parecen tan audaces nada más que porque no son propuestas por la razón, sino inspiradas por el instinto. Se engríe ante la novedad de sus experiencias, sin preocuparse demasiado en saber si son realizables o no, puesto que se jacta de poder vencer todas las dificultades a través de sus técnicas. Si tales experiencias son irrealizables, las técnicas no permitirían seguirlas hasta el final, pero, sin duda, son capaces de llevarlas lo suficientemente lejos como para hacerlas irreversibles, es decir, como para comprometer nuestra especie en un callejón sin salida. La bomba atómica marcará quizá el triunfo decisivo de la técnica sobre la razón.

Entre ellos hay quienes no conciben demasiado bien esta oposición existente entre la técnica y la razón. Por lo menos se dicen que la razón estará siempre presente en las técnicas, por muy perfectas que estas sean. ¡Oh! seguro, la razón acabará por tener razón.

La técnica no puede nada contra la razón, pero puede mucho, por ejemplo, contra la humanidad razonable, puede destruir la razón humana aniquilando a la humanidad razonable, bien sea por una desgraciada experiencia, por algún accidente monstruoso, o por el comienzo de una guerra demasiado larga durante la cual —como un ilustre biólogo su-

damericano me planteaba el otro día la hipótesis— el manejo general y reiterado de la bomba atómica modificará profundamente el medio radioactivo convirtiéndole de este modo en maligno para la vida. Pero este doble peligro no es el peor.

La técnica puede exterminar a la humanidad, puede también degradarla hasta el punto de no merecer ya el nombre de razonable. ¡Oh! creedme. Aquí no hay sino otra hipótesis, no menos verosímil que la primera. Se nos invita sin cesar a calcular todo el provecho que vamos a obtener de una invención maravillosa que nos revela el secreto de la energía universal. Se nos dice que esta energía pronto se distribuirá por una perra chica. Es extraño que no nos preguntemos si los encargados de su distribución se contentarán con repartirla escrupulosamente, entre todos los hombres. Si alguno de los miles de técnicos, disponiendo de una fuerza capaz de hacer saltar por los aires el planeta, se conformarán con servir a la humanidad en lugar de esclavizarla.

Desde hace siglos, desde la institución de la Caballería, la organización de Comunas, la multiplicación de privilegios y libertades, la creación de Parlamentos provinciales, hasta le Revolución del 89 y la Declaración de Derechos, es verdad que mi país no ha cesado de pensar y de actuar para garantizar la defensa del individuo, la liberación progresiva de la persona humana. ¡Oh! algunos quizá se extrañarán al oirme hablar así del 89 y de la Declaración de Derechos. Pero es que he visto siempre en la Revolución del 89, tan rápidamente traicionada por los salvajes totalitarios de la Convención Nacional, —¿cómo no iba a hacer pensar Robespierre a Hitler, y Danton a Goering?— no el hundimiento, sino la plenitud de la vieja Francia, loca, casi hasta el delirio, de confianza en sí misma y de fe en el hombre. Esta era seguramente la opinión de Mgr el conde de Chambord, cuando escribía, poco antes de su muerte, a los obreros franceses:

«Juntos y, cuando queráis, reemprenderemos el gran movimiento del 89». Nuestra Revolución comenzó entre el polvo y las canciones de un alegre verano —el más soleado que se ha visto desde hace 50 años, escribirá más tarde Varangeville— con el litro de vino por dos monedas. Es inútil querer hacernosla ver como una insurrección de mujiis anclados desde hace siglos en la ignorancia, la esclavitud, la embriaguez, la miseria y, aprovechando cualquier circunstancia favorable para aniquilar mil años de historia, como un mendigo, por la noche, incendia la granja donde se le negó la limosna. No era contra la opresión del pasado contra lo que se levantaba un pueblo que por otra parte, por voluntad de sus mandatarios, pronto iba a arrojar fuego, en la noche del 4 de agosto, los títulos de sus privilegios; su presentimiento sublime le ponía en pie ante la amenaza de futuras opresiones. Esta amenaza está cumplida hoy. He aquí cómo el estado moderno se encuentra en posesión gracias a la técnica del más formidable instrumento de poder que ningún tirano desde el comienzo de los tiempos haya podido soñar jamás. Este es un desafío a la razón y si ha sido posible es que el pensamiento francés se ha doblegado. Se ha doblegado bajo el poder casi irresistible de una contra -civilización que para traicionarla mejor utilizó su vocabulario antes de que el pensamiento alemán le hubiera dado uno.

Creo que sería ridículo negar este doblegamiento por razones de prestigio. Que este doblegamiento del pensamiento francés haya coincidido con la ofensiva de la barbarie totalitaria y de los campos de concentración universal, que el doblegamiento del pensamiento francés marque también el doblegamiento de la libertad en el mundo, no es sino elogioso para mi país, conforme a su historia. Y si no convenimos fácilmente en esto es mucho menos, es infinitamente menos por una cuestión de prestigio de Francia, que por un temor, consciente o no, de los deberes que tal doblega-

miento nos impone. Un resurgimiento del pensamiento francés no exigiría menos sacrificios que un resurgimiento económico y no se trataría solamente de sufrir los sacrificios como los otros, con esa especie de falsa virtud, tan común hoy, y denominada resignación pasiva; sería necesario asumirlos —no ofrecerles las espaldas, sino hacerles frente—. Sí, nosotros consideramos conveniente el doblegamiento de nuestra potencia económica, porque podemos incluir este desastre en la lista de fatalidades de la historia. También podemos tirarnos cobardemente los unos a los otros las responsabilidades: mientras que, el doblegamiento del pensamiento francés es un hecho que no nos atañe nada más que a nosotros. No depende de nosotros el construir máquinas, no podemos construir máquinas sin carbón, pero sí depende de nosotros que en este momento decisivo en el que, según la opinión incluso no de escritores como yo sino de hombres de ciencia habituados a sopesar sus palabras, se va a determinar la suerte de la humanidad, Francia plantee el problema de la manera justa.

¿Por qué iba yo a intentar disimular lo que salta a la vista de todos, amigos o enemigos? Un mundo está construyéndose y lo menos que podemos decir acerca de él es que ciertamente no se organiza según los principios y métodos de nuestra tradición espiritual. La civilización francesa se ha fundado sobre una definición de hombre, común a todos nuestros pensadores, creyentes o no creyentes, la del hombre razonable y libre. Era esta libertad del hombre, esta absoluta solidaridad entre su razón y su libertad, lo que daba a la persona humana su carácter sagrado. Pero bien, el mundo en el que vamos a entrar, —quizá estamos ya en él, pero la puerta aún no se ha cerrado detrás nuestro— no conoce el tipo de hombre del que acabo de hablar. Aunque los bravos franceses puedan tomar para atravesar el umbral la apariencia falsamente indiferente del señor que no quiere dar la

impresión de haberse equivocado de piso, o los demócratas cristianos pueden instalar a la entrada una pila de agua bendita llena hasta el borde para poder santiguarse piadosamente antes de entrar, ¡bueno! hay millones y millones de miradas fijas sobre nosotros, desde todas partes, y no nos miran con curiosidad, sino con angustia. Porque... ¡No nos engañemos! Este mundo no inspira confianza realmente a nadie. La mayoría se deja llevar por no tener nada mejor, por faltarle otra salida, y porque nosotros hemos entrado. Entrarán detrás de nosotros lo que les dará, un día u otro, el derecho a pedirnos cuentas. Se podría decir que cada uno salga del apuro como pueda, éste es un lenguaje realista, lo conozco bien, todas las naciones lo hablan hoy, pero es que no han sido nunca, o no son ya, nada más que naciones. Francia es aún una Patria, esto no lo dudan un instante los que entre nosotros han viajado un poco a través del mundo, no pensando todo el tiempo en sus pequeños asuntos... Una patria, es decir algo totalmente distinto a esta *organización* económica y política que tiende a confundirse cada vez más con el Estado moderno, o al menos lo que conocemos como tal, medio-usurero, medio-civilizado, en el que el ojo está en todas las cerraduras y la mano en todos los bolsillos. Una patria, es decir un ser moral que tiene derechos y deberes, que puede pedir todo, pero que no podría pretender exigir todo en nombre de la misma ley que rige a los animales, que sacrifica una abeja por la colmena, al individuo por la especie. Una patria, una patria humana, sí esto es lo que Francia es aún para millones y millones de hombres que no son franceses. No piden siquiera admitir que una nación moderna tenga otra obligación que la de un crío en pañales: portarse lo mejor posible, engordar, que para un nacionalista el mejor de los mundos —o al menos el menos malo— sería aquél en el que cada nación, engrandecida lo más posible, la boca llena, sentada sobre el orinal, diría a la otra por encima de

las fronteras, con el dedo en el gatillo de la metralleta, la famosa frase por la cual el personaje de Proust, escribiendo a su criado de cámara, creía conceder la cortesía debida a un inferior, con el sentimiento de su propia dignidad: «Me comporto bien...». Lo admiten porque no se creen llamados a otra cosa, lo admiten para ellos, no lo admiten para nosotros. Y esta contradicción hace honor a su buen sentido común.

Si Francia es una patria, en el sentido en el que lo entendía antaño la Cristiandad, tiene una vocación sobrenatural; el egoísmo sagrado, por tanto, no puede ser para ella sino un engaño, al menos en ciertas circunstancias, y esas circunstancias serán precisamente circunstancias capitales. En ellas, nacionalistas e internacionalistas corren el riesgo, unos y otros, de equivocarse totalmente. Mientras los nacionalistas de derecha, por ejemplo, que aborrecían la Rusia soviética, proclamaban antiguamente, en la época de la guerra de Abyssinia o de la pretendida cruzada franquista, la primacía absoluta del interés nacional, no favorecían sino el nuestro, desarmaban moralmente Francia en beneficio de intereses nacionales al disponer de una fuerza superior que la nuestra, sin pensar que un día el más poderoso de todos sería el interés nacional soviético. En efecto, qué hacen hoy los comunistas sino retomar, en favor de la expansión rusa, los argumentos con los que los pobres necios de derecha me invitaban en 1935, luego en 1938, a considerar con un espíritu realista la expansión fascista y nazi, bajo pena de pasar por provocador de guerra. Sí, la idea de patria es una idea religiosa que la cristiandad ha sobrenaturalizado totalmente.

El amor a la patria como el amor a Dios está fundado en el don voluntario de sí mismo. ¿Cómo estaría la patria en disposición de exigir más de lo que Dios exige, El que no quiere sino servidores y no esclavos? Cuando se comprende esto se comprende que el nacionalismo realista de derecha

no se opone tanto como cabría suponer al antipatriotismo de izquierda.

Un cristiano como yo, por ejemplo, que cree como Péguy —y también como San Luis y Pascal— que la mayor desgracia para nuestro país sería verle, por una injusticia deliberada, aunque fuera aprovechable, constituido «en estado de pecado mortal», esto es tan extraño para un marxista como para un fascista. Según la consideración de uno y otro, la nación no es la patria, es el Estado, y puesto que el comunista sabe muy bien, en el momento dado, cómo servirse del Estado como de un aparato indispensable para vencer toda resistencia a la dictadura del proletariado, tiene tantas razones para ser nacionalista como Barrès o Maurras. Lo que detesta de la idea cristiana de patria, es que por ella la patria humana se incorpora al mundo de la gracia, se somete a la ley de la caridad. ¡Oh! Temo que de todo esto no quede, en el espíritu de algunos, más que un recuerdo, como el de una brillante paradoja. ¡No! ¡No! Esta concepción de la patria ha sido la de la cristiandad durante siglos. Durante siglos, por no tomar nada más que un ejemplo, el principio del reclutamiento obligatorio hubiera parecido monstruoso y ridículo. Al decretar el reclutamiento obligatorio, la Convención nacional traicionó la civilización e inauguró el mundo totalitario. Desde el momento en que es necesario un decreto para que todos los ciudadanos pertenezcan al Estado, ¿por qué no pertenecer a él para siempre, desde el nacimiento hasta la muerte? He aquí por qué un antipatriota puede muy bien convertirse fanáticamente en nacionalista, sin dejar de ver en la patria más que una superstición peligrosa, capaz de limitar los derechos del Estado. Cuando Aragón escribió antiguamente, en el n.º 5 de *«Revolución surrealista»:* «Más aún que el patriotismo, que es una histeria como otra cualquiera, —aunque más profunda y mortal que ninguna—, lo que nos repugna es el ideal de patria», un nacionalista de derechas,

más perspicaz que los demás, había debido comprender ya que esta profesión de fe antipatriótica no cierra, en absoluto, el camino del nacionalismo de izquierda a su autor.

Es cierto que el nacionalismo hizo estragos en el mundo entero —quiero decir, el egoísmo nacional bajo las formas más horrorosas y a veces más ridículas, pues la gran miseria universal terminó por abolir todo pudor; la humanidad todavía no está deshumanizada, pero los Estados voraces, insaciables, enfrentados los unos a los otros, apenas contenidos por las convenciones diplomáticas como perros hambrientos por el látigo de los cazadores, se parecen menos a hombres que a animales. La idea cristiana de la fraternidad de las patrias, que embriagó a los grandes universitarios de la Edad Media, no se ha olvidado, no se ha negado, pero lo poco que subsiste de ella en el corazón de los hombres —al menos en los países impregnados de nuestra cultura— queda misteriosamente unido al nombre, a la tradición, al espíritu francés...

¡Dios mío, me gustaría tanto decir estas cosas tan simples en un lenguaje simple como ellas mismas, tengo tanto miedo a que no encuentren más que un auditorio cansado, hastiado, como asqueado por la espantosa propaganda! El sentimiento del que hablo no es de los que congrega multitudes en las plazas públicas; no tiene nada que ver con el que, por ejemplo, una persona que vive en Sudamérica pero es de origen extranjero puede tener por el país de donde provienen sus antepasados y que naturalmente se traduce, si se presenta el caso, en ruidosas manifestaciones, en desfiles y oriflamas. Las personas que intento comprender, acercar más a nosotros, no están de ningún modo vinculadas por la raza, y el sentimiento que tienen de nuestro país es más bien de aquellos que uno prefiere guardar para sí mismo. Rechazan, sobre todo, expresarlo delante de franceses, porque tienen miedo de que se rían, de pasar por imbéciles. Al último al que tendrían ganas de decirle algo es en cualquier caso al

señor más o menos condecorado que ha atravesado los océanos para venir a alabarles a su país como uno alaba una marca de jabón cualquiera, con falsa bondad, modestia cordial y el guiño de ojos vencedor de un corredor de novedades de la época. He aquí por qué tantos de mis colegas regresan no decepcionados, sino engañados. Pues un conferenciante no se decepciona, lo sabéis, el organizador de la conferencia está ahí para eso: si el conferenciante es aplaudido todo va bien. Si no lo es, el caritativo organizador le dice entre bastidores, entre el jaleo, pero un patético apretón de manos: «¡Soberbio! ¡Han estado anonadados de principio a fin. Ni siquiera les habéis dado tiempo para aplaudir!». Los conferenciantes, por tanto, no se desesperan, pero los franceses de paso —e incluso los que no sólo han pasado sino que pertenecen a esa clase atrevida que no tiene tiempo que perder, a la que le importa un comino ser comprendida, que se toma aún más a broma comprender— vuelven de allí diciendo: «Nos habían dicho que las gentes de ese país apreciaban a los franceses. Yo me pregunto ¡de dónde se han sacado eso!». Pero precisamente no es a nosotros a quienes aman. Se abstendrán incluso de hablar de Francia porque se dan cuenta enseguida de que nosotros no hablamos de ella como ellos. Tomamos esta precaución erróneamente, les observamos justo lo suficiente como para darnos cuenta de que «no valen más que nosotros», que «no tienen nada que enseñarnos». Quizá, porque no valen más que nosotros necesitan precisamente que valgamos nosotros más que ellos. Francia les ha dado esa necesidad, la necesidad de un tipo de grandeza que no se asemeje a las demás, una grandeza sencilla, humana, *al alcance de cualquier hombre de buena voluntad.* Ellos creen, con razón o sin ella, haber encontrado el secreto de ésta en nosotros, en nuestra historia, o al menos en lo que conocen de nuestra historia, es decir, en nuestra leyenda. Aún cuando no valieran más que *nosotros*, ¡bueno!,

¡Dios *mío*!, ¡qué le vamos a hacer!, *no tendríamos* nada que reprocharles. Estas gentes no tienen leyendas, o al menos han preferido la nuestra a la suya. Nosotros tenemos una leyenda, Francia ha extendido este cheque sobre nosotros mucho antes de que naciéramos y tiene razón más que suficiente de esperar que hagamos honor a su firma. ¡Bueno! Entre muchas otras patrias, en la época en que existían las patrias —pues las naciones modernas, repito, ya no merecen (casi) llamarse patrias, se parecen a las patrias lo que un perro rabioso a un verdadero perro— en el tiempo en que existían las patrias, Francia fue patria por excelencia, una patria más patria que las demás, más abierta, más tolerante, más dulce, y es normal que millones de hombres piensen en ella por su miseria. Si creéis que piensan en ella como en una hermosa muchacha o en un objeto de arte es que no he conseguido hacerme entender. Y no piensan tampoco en nosotros como en su única posibilidad de salvación, seríamos demasiado ingenuos si lo creyésemos. El que la civilización francesa no sea nada más que un agradable recuerdo del pasado, un paraíso perdido, el que en un mundo tan duro —un mundo necesariamente sin patria, porque en él no existe fraternidad— Francia no tenga más elección que desaparecer o renegar, son ideas que les sobrevienen a menudo. Nunca han estado tan lejos de resignarse a un mundo tal, trataban de doblegarse antes que nada a su ley de bronce, de formarse una conciencia realista, sin darse cuenta muy bien de que el único medio de formarse verdaderamente una conciencia realista es no tenerla del todo... Cuando el moralismo americano o el cinismo marxista les ha llevado a un cierto estado de depresión les hacéis fácilmente confesar que en política el fin justifica los medios; pero lo confesarían, sin embargo, con mucha mayor facilidad a cualquier otro antes que a un francés. Y si el francés les da la razón golpeándoles cordialmente en la pierna y tratando de libe-

rarles, ¡bueno! ellos se sienten un poco molestos. Sí, uno no podría imaginarse con qué talante escucharían, por ejemplo, a un funcionario de Vichy, en 1940, explicarles el armisticio... *Entre los labios de este funcionario y sus oídos* atentos, había una leyenda, nuestra leyenda, esa leyenda satánica que deformaba los argumentos del funcionario hasta el punto de convertirlos en grotescos, como siluetas en la niebla. Incluso si se les hablara del vencedor en Verdun, el armisticio les recordaría inmediatamente a Waterloo, quiero decir a la leyenda de Waterloo, pues ha bastado el prestigio de mil años de historia para hacer este episodio, parecido a muchos otros, en resumidas cuentas, una especie de mito popular universal. Mil años de historia y ese endiablado viejo, el padre Hugo, que es también historia de Francia con sus decenas de miles de versos alejandrinos y su famosa novela *«Los Miserables»* que quizá ni 1 de cada 1000 franceses ha leído hasta el final, pero que es tan conocida como la Torre Eiffel... En una palabra, el funcionario de Vichy perdía el tiempo en elocuencias. ¡Ah! nuestras leyendas tienen una vida dura... Empleo la palabra leyenda a falta de otra mejor, pues a veces una leyenda no es lo mejor para deleitar la imaginación. La leyenda francesa no sólo ha deleitado la imaginación de los hombres, les ha defendido, protegido, alguna vez salvado.

Dios mío, si los franceses no admiten con irritación que se puede creer así de ese modo en su país, es que hacen una caricatura de esta fidelidad. La imaginan, de buena gana, fundada en simples prestigios literarios. No llegan a comprender del todo que la historia de un gran país tiene unas raíces profundas, y que crecen bajo la tierra, que el pensamiento de un gran pueblo no es una ideología abstracta sino un alimento vivo y su influencia una especie de fecundación. El ejemplo que voy a poner les iluminará quizá un poco en esto: Brasil ha intentado una experiencia humana extrema-

damente interesante, cerca hoy de su fin, consiguiendo fundir en una sola, en un espacio de tiempo relativamente corto, razas tan diferentes como la raza negra, la raza rojiza y *la raza blanca*. En el *momento más crítico* de esta experiencia, es decir a principios del siglo XIX, para millones y millones de jóvenes mestizos, mi país fue primero un garante, un fiador, una *magnífica garantía*. Los chicos de los que hablo eran normalmente hijos naturales de ricos plantadores portugueses, con sus buenos esclavos. Estos grandes señores del azúcar, del café, del cacao, se encariñaban con sus bastardos y les hacían instruir. Pero mientras los hijos legítimos iban para graduarse al otro lado del mar, a Coimbra, los otros, eran más modestamente instruidos en el mismo Brasil por los maestros por lo general franceses. Cuando en 1822 Brasil se separó de Portugal para convertirse en una nación independiente, estos millares de jóvenes mulatos —la verdadera «intelligenzia» brasileña— debieron abastecer repentinamente los cuadros de la administración, de la armada y de los grandes partidos del gobierno. Aún durante largo tiempo, por tanto, les fue necesario luchar contra la desconfianza o la hostilidad de la opulente sociedad portuguesa, que rechazaba a sus hijos. ¡No importa! El honor de pertenecer por cultura a la que consideraban como la primera nación del mundo, les vengaba suficientemente de todos los desdenes. Eran la razón francesa, ellos eran Francia, y se esforzaban por serlo realmente en espíritu, enseñaban a sus hijos Francia como se enseña una religión, realmente ella era su religión, la que proclamaba la primacía universal de la libertad de pensamiento, así como la igualdad de todo hombre libre. Esas personas no nos engañan. Ellos no esperan de nosotros sosiegos para su vanidad herida. No era en su vanidad donde estaban heridos, sino en su dignidad, en su honor. Nuestro pensamiento era el que les garantizaba esa dignidad, ese honor. Les ayudábamos fraternalmente a no dudar

de ellos mismos, y en seres tan sensibles y nerviosos la duda de uno mismo, el complejo de inferioridad que lleva consigo, toma frecuentemente el carácter de una obsesión mórbida. ¡Cuántos jóvenes intelectuales brasileños de aquel tiempo han terminado suicidándose¡ ¡Ah! nosotros fuimos su defensa contra la desesperación. ¡Oh! no, esto tampoco es literatura. En uno de los momentos más oscuros de la pasada guerra, en el transcurso de uno de mis pasos por Río, uno de los más ilustres brasileños de hoy, demasiado ilustre como para que yo pueda permitirme nombrarle, me decía una tarde, con los ojos llenos de lágrimas, mientras se extinguía por el micrófono la voz temblorosa de M. el Mariscal Pétain: «He aquí que los franceses tienen aspecto de desesperarse de sí mismos, cuando tienen siempre de donde suministrar esperanza al mundo entero. Parecían así a ese avaro que murió de hambre sobre un colchón repleto de billetes... Francia no parece darse cuenta de hasta qué punto la humanidad ha tenido necesidad de ella desde hace tantos siglos. Más aún ignora sin duda lo que nosotros mismos le debemos. Me gustaría que se lo dijeseis algún día. Es absolutamente cierto que en un momento determinado de nuestra historia los mejores de nosotros han podido preguntarse si nuestra experiencia racial no estaba avocada al fracaso, si la mezcla de sangres no nos resultaría fatal. La tuberculosis diezmaba nuestra juventud, en particular nuestras jóvenes élites de intelectuales, y los médicos achacaban tan excepcional mortandad a la debilidad de nuestra resistencia nerviosa, debida precisamente al cruce de razas. Sí, nuestros muchachos recién salidos de la adolescencia parecían tan felices de vivir como los otros, pero al primer síntoma de la enfermedad, no morían, se dejaban morir. Ciertamente, no les faltaban todas las razones para vivir, únicamente les faltaba una, y vuestro país se la ha dado. Cuando la vieja cultura portuguesa, privilegios de antiguos maestros, no era más que con-

formismo estéril, se han apasionado por el pensamiento francés, éste era para ellos a la vez, libertad, disciplina y más aún: una aventura, una embriagadora aventura. Cuando se conoce el poder de la moral sobre lo físico, es difícil reconocer el inmenso servicio prestado así a nuestro país por vuestros pensadores y vuestros poetas».

Refiero así lo mejor que puedo las palabras de mi amigo, os aseguro que respeto su sentido, sin embargo lo que no puedo daros, es el acento que tomaban para mí en la boca de aquel viejo hombre de Estado, tan atento normalmente a no dejar ver nada de sus sentimientos más íntimos y que, en el momento del armisticio, fingió estar enfermo y selló su puerta durante dos años con el fin de reponer su sangre fría y presentar de nuevo un frente impasible, en las recepciones oficiales, a los enemigos de mi país. «¡Bueno!, me decía otra vez, comprendemos muy bien que vuestro gobierno quiera retirarse, pero esa imagen reservada no le conviene a un gran país como el vuestro, que no puede dejar nada, porque está comprometido a fondo en todo... No soy ni soldado, ni poeta, pasaría antes por un realista muy tenaz, y un lema como: "Morir antes que rendirse" no tiene por qué seducirme a primera vista. Hecha la reflexión, sin embargo me pregunto si éste no os va mejor, si no es mucho menos peligroso que el otro, aparentemente más razonable: "rendirse antes que morir". Nunca sois mejores portadores que cuando morís antes de rendiros, en cambio podríais muy bien morir por haberos rendido». Y después de un largo silencio, con el rostro escondido entre sus manos, mi viejo amigo concluyó con estas palabras que me conmueven siempre desde hace tantos años, e hicieron reflexionar a otros quizá: «Bernanos, lo que nos destroza es que si Francia, por difícil que sea, renunciara estaríamos condenados a no sobrevivir a ello si no renunciando nosotros a nosotros mismos en un mundo donde Francia no existiría».

No es con el fin de conmoveros con el que evoco a estos millones de hombres para los cuales el pensamiento francés a lo largo de siglos no ha sido sólo un sentimiento del corazón, una diversión espiritual, sino la civilización francesa, una concepción total de la vida. Somos responsables de esta civilización, somos responsables de esos hombres al igual que somos responsables de nuestro imperio. No se trata de decir: «Veamos más tarde, cuando tengamos tiempo» o más aún: «Todo eso estaba muy bien, pero ya no conviene». Sois vosotros quienes no convenís ya. Millones de hombres han armonizado su conciencia con la nuestra, esos millones de hombres habían encontrado un refugio detrás de las fronteras invisibles de la comunidad cultural francesa como lo hubiesen buscado a la sombra de la bandera nacional. Al abandonar nuestras posiciones espirituales entregamos a esos hombres al enemigo. Y esto no es una metáfora. En un mundo en el que la única ley sería la eficacia, donde la colosal maquinaria de la propaganda sustituiría sin tregua, día y noche, al racionamiento persuasivo, la repetición mecánica, a la convicción que tienen los mártires, al automatismo inconsciente que tienen los verdugos, aquellos que verdaderamente han creído en un mundo de libertad y fraternidad apenas podían esperar otra suerte que la de víctimas indefensas. Les habríamos entregado, como los impostores de Vichy entregaron anteriormente los antinazis a Hitler, como sus adversarios de izquierda entregaron al día siguiente los trosquistas a Stalin... Estos hombres vacilan aún en traspasar el umbral de un mundo enemigo. Aún no entran en él; nos miran mientras, acercándose, esperan de nosotros una palabra, un signo. ¿Qué mundo es ese y por qué es su enemigo?

Tengo prisa por llegar con esto a lo que me parece lo esencial del testimonio que un francés debe hoy a aquellos de sus semejantes a quienes su tradición cultural protege mucho menos que a él contra ciertos errores de los que no

sabría librarse por sí mismo sino al precio de un esfuerzo ininterrumpido. Sí, el simple ejercicio de pensar se convierte en algo más difícil cada día, pues el mundo concentracionista en formación en el que vivimos nos impone ya pensar en masa, gracias al enorme desarrollo de esta propaganda frente a la cual el pensamiento libre se encuentra en una situación análoga a la del más modesto artesano ante la gran industria. Sí, llegará el día, si no tomamos precauciones, en el que la pretensión de un hombre de pensar libremente parecerá no menos absurda de lo que nos parecería la ilusión de un gran mecánico esforzándose en fabricar a mano automóviles con el fin de hacer la competencia a M. Ford. Y además, por la misma razón. Pues el pensamiento libre cuesta ya muy caro, y en algunos países no tiene precio, cuesta la vida.

Este doble poder de la colectividad sobre el pensamiento libre y el trabajo libres es hoy un fenómeno universal. No nos encontramos entonces ante una crisis política o social, sino ante una crisis de civilización. Incluso es absolutamente inútil oponer las dictaduras a las democracias, siendo ya las democracias dictaduras económicas, en espera de lo peor. Experimento incluso cierto embarazo al pronunciar la palabra democracia. ¡Bueno! Estuve en la guerra de 1914 –ruego que me disculpéis por ello– no lo hice en el estado mayor, era cabo como Hitler (es cierto que tenía menos futuro que él). De 1914 a 1918 vi morir mucha gente por las democracias. En 1941, dos de mis hijos y un sobrino al que quería como un hijo se trasladaron del Brasil a Londres con el fin de participar asimismo en la guerra. Así pues también ellos vieron morir a muchos por la democracia... Quizá porque la palabra no impresiona ya a su generación como a la mía...

Como dije al principio el hecho de que hoy día un francés tenga que mirar de frente, a fin de hacerse una idea clara y diferente de ello, es una crisis de civilización.

Esta expresión puede tener dos sentidos. ¿Estamos entre una civilización nueva en crisis de crecimiento? O se trata de una crisis de la civilización humana, es decir de una verdadera enfermedad de la civilización. Entre estas dos hipótesis los imbéciles son unánimes en escoger la primera. No digo que *todos los que la escogen son imbéciles, digo que los imbéciles la escogen*, hay un pequeño matiz. Los imbéciles la eligen porque es la más fácil, mejor dicho la más perezosa. Está claro que uno no puede andar contra corriente; cada uno se mete en el cauce y se deja llevar por la corriente. Unos se colocan en medio del río que fluye inexorablemente hacia el Océano aprisionador y totalitario y consecuentemente van más rápido y llegarán los primeros. Otros, como los demócratas cristianos, por ejemplo, se acercan lo más posible a orillas donde la corriente no es tan rápida, se dejan enredar adrede por las hierbas, chapotean en cada charco y ponen cara de haber perdido algo para obtener de los camaradas marxistas el permiso de volver a buscarlo.

Yo no soy un hombre que me deje llevar por la corriente. Quizá porque no sé nadar tan bien como M. Bidault. ¡No importa! Creo que las civilizaciones están hechas para los hombres y no los hombres para las civilizaciones. Por tanto, debo disculparme por emplear aquí la palabra civilización, a falta de otra, pues me parece de una significación demasiado vasta, demasiado universal, para designar una experiencia de la cual no se osa decir aún que ella ha carecido, porque su fracaso total sería una catástrofe sin remedio. Es ya una experiencia, en efecto. Esta supuesta civilización no pretende ser un refugio para el hombre, *arriesga al hombre,* se sirve de él como en una apuesta. No soy yo quien lo dice, es un sabio como Einstein, acostumbrado a medir sus palabras. Existe contra ella un inmenso movimiento de desconfianza y como de estupor en todo el mundo. ¿De dónde viene? ¿A dónde va? ¿Dónde nos lleva? Millones y millones de hombres se

preguntan con angustia cuál será mañana la suerte de una civilización mecánica, que de mecánica en mecánica conduce a la invención sorprendente de una mecánica destructora de todas las mecánicas, de una civilización que se dice civilización de masas, y que posee en estos momentos, con la bomba atómica, el mayor instrumento de destrucción de masas que el ser humano haya podido soñar jamás. Una democracia atómica, ¡dejad que me ría! ¿Por qué no la bomba atómica enviada a cada elector junto a su papeleta de voto?

Me pregunto por qué debería Francia solidarizarse hoy con una civilización tal, comprometer en esa experiencia insensata —insensata porque es irreversible— una tradición y una cultura que, precisamente, se oponen absoluta, totalmente a una concepción semejante de la vida. En nombre de esta cultura y de esta tradición, Francia es, por el contrario, la única capaz de declarar al mundo que una civilización como esta no merece siquiera el nombre de contra-civilización, sino que es una enfermedad de la civilización en general. Negarle el nombre de civilización sería absurdo. Un médico no deja de dar el nombre de hígado a un hígado diabético. El hígado del diabético es siempre un hígado, pero el diabético puede muy bien morir por su hígado. El exceso de azúcar es una consecuencia de la enfermedad funcional del hígado. El exceso de maquinismo aprisionante y totalitario, y todos los males que éste trae consigo, es una consecuencia de esta enfermedad funcional de la civilización humana, y no es culpa mía si se pretende dar a esa diabetes mecánica el nombre incluso de civilización, es decir el mismo nombre de aquello que está destruyendo.

No me pierdo, de ningún modo, en «el terreno político» como se dice en el argot de moda. No intento en absoluto oponer el capitalismo al marxismo, por la sencilla razón de que capitalismo y marxismo son los dos aspectos, o si preferís, los dos síntomas de una misma civilización de la materia,

de una civilización invadida por la materia, igual que un adiposo es invadido por la grasa —si por lo menos se me permite continuar mis comparaciones médicas, con el riesgo de ser denunciado por los médicos por ejercicio ilegal de la medicina—. El liberalismo capitalista como el colectivismo marxista hace del hombre una especie de animal industrial sometido al determinismo de las leyes económicas. «Sometido al determinismo de las leyes económicas» esto le da enseguida un pequeño aire filosófico y repelente que distrae la atención. El sentido de esta fórmula es por tanto muy simple y he aquí su equivalente: el hombre, como otro animal, no vive nada más que para su bienestar, no hay nada que sea más preciado para él que la vida, y nada en la vida que le sea más preciado que disfrutar. Esto es con frecuencia cierto, de acuerdo. Pero si no es verdad una vez entre cien, o entre cien mil, o entre un millón será suficiente para probar que el hombre es un ser capaz de ir más allá de sí mismo, y desde entonces, el mundo capitalista o marxista no será más que una experiencia falseada, porque parte de una falsa definición del hombre. La experiencia fracasará o degradará al hombre hasta el punto necesario para que ésta pueda continuar. Se trata, por tanto, de saber quién triunfará si la técnica o el hombre.

Francia apostará por el hombre, esto es lo que yo me permito decir, y lo que todos sabrán dentro de poco. Sí, Francia se negará tarde o temprano, mucho antes de lo que se piensa, a comprometerse nuevamente en el círculo infernal, en el que ha estado a punto de perecer, de la producción sin límite para la destrucción sin medida. La barbarie técnica no ha nacido en su suelo. Fueron los comerciantes de algodón de Manchester los que hicieron la civilización de las máquinas con las primeras máquinas tejedoras de algodón, lo hicieron sin saber lo que hacían; hicieron al mismo tiempo, sin saberlo tampoco, el Imperio inglés. Sólo querían sustituir la

industria de algodón inglesa por el artesanado francés de la lana, no veían más allá. Las máquinas aportaban dinero, el dinero aportaba otras máquinas y así el círculo infernal se cerraba. Sólo alrededor de medio siglo después la civilización materialista ha encontrado su justificación filosófica en Marx y Hegel, en el pensamiento alemán y no en el pensamiento francés. El pensamiento francés ha podido flaquear, pero no ha renegado. Ni Bergson ni Valéry son marxistas, no hay filosofía marxista francesa.

Mi pensamiento se dirige una vez más hacia esos millones y millones de hombres que corren el riesgo de escuchar de nuevo dentro de poco caer detrás de sí la puerta de hierro de un mundo sin libertad. Esos millones y millones de hombres creen en nosotros, esperan en nosotros. Pero también pienso en aquellos que no creen en nosotros. Que apuestan contra nosotros, contra el pensamiento y la fuerza francesa y que hacen la tontería de apostar, por el contrario, por ese mundo que acabo de denunciar, por ese mundo cuyo destino sería el de perecer. Pues los pueblos tienen su vocación como los hombres. Hay pueblos hechos para la libertad, ya sea porque son demasiado fuertes para soportar la vergüenza de la esclavitud moderna o porque son demasiado débiles para resistir, físicamente siquiera, a las duras obligaciones que aquélla impone. Fuertes o débiles, son razas nobles puesto que a ejemplo de los animales nobles, perecen por no poder vivir según su instinto. A estos millones y millones de hombres, amigos o enemigos, Francia puede decir que su suerte está unida a la suya, su libertad a la suya igualmente. ¡Oh! Desde luego, estos hombres pueden dudar de ella, como dudan de sí mismos, desfigurados, pues la prueba nos ha marcado tanto a los unos como a los otros. No reconocen Francia. Pero hay franceses que tampoco reconocen su país. Para reconocer a Francia hay que esforzarse en verla en su historia, es decir, en su espíritu; pero sucede que ya no

se ve ella misma. ¡No importa! Un pueblo se juzga por sus virtudes. Un pueblo no se juzga por la masa. La masa francesa que en 1940 renunció a la guerra es la misma que la que hoy está tentada de renunciar al Imperio, es decir, al honor, las cargas y el riesgo del Imperio. ¡Oh! Algunas marionetas parlamentarias pueden muy bien acusarme, cuando hablo de este modo, de perjudicar el prestigio de mi país. Defendiendo a esta masa, que es también la masa electoral, no defienden nada más que los intereses de su profesión. Sabemos todos que el Imperio no ha sido nunca obra de la masa electoral, sino la de un pequeño grupo de héroes, como por otra parte también lo ha sido la Resistencia. Es de hombres así, es decir de hombres que se parecen a éstos, de los que nosotros esperamos la salvación.

Nuestra salvación y la de esos millones y millones de hombres. Primero es necesario que Francia los congrege y los tranquilice. Es necesario que les haga ver con claridad que la colosal organización que les ha impresionado tiende a destruirse por sí sola, volviéndose contra ella los grandes medios de destrucción de los que dispone. La civilización totalitaria es una enfermedad del hombre desespiritualizado, así como el bocio es un mal del hombre falto de vitaminas. Los que pretenden confiscar esta civilización para su beneficio lo saben muy bien. Por eso no se atreven a hacer de esta civilización una permanente conspiración contra la vida interior. Pero observamos aquí una contradicción análoga a la primera ya señalada. La civilización que engendra catástrofes reconstruye al mismo tiempo en el hombre, por el sufrimiento, esa vida interior que se creía capaz de abolir. Los demás, cristianos o musulmanes, sabemos en efecto que el sufrimiento es una fuerza de redención, una verdadera sobrecreación.

La cuestión que se les plantea a esos millones y millones de hombres es saber en qué mundo deberán vivir, y yo

afirmo aquí con absoluta seguridad: ese mundo será alemán o francés. No es casualidad que en este momento decisivo Alemania y Francia se encuentren despojadas una y otra de una parte de su antiguo poder material, en beneficio de enormes construcciones económicas que no corresponden con la idea que nos hacíamos tradicionalmente de las verdaderas patrias.

Todo hombre razonable comprende que América y Rusia se oponen más económica que ideológicamente, una nación de *trusts* corre siempre el riesgo de devenir bruscamente totalitaria. Rusia se empeña cada vez más en la creación de un tipo de obrero de gran rendimiento lo más parecido posible al obrero de Detroit. Y el obrero sindicado de Detroit, o el labrador de las grandes cooperativas americanas, no difiere mucho del obrero de Estalingrado, o del de los koljoks. Para arriesgar una especie de imagen, un poco resumen que quizá dejará perplejo a algún filósofo, se puede decir que el mundo de mañana será cartesiano o hegeliano. Nunca ha pesado una responsabilidad tan grande sobre mi país. Pero sabemos que el pensamiento francés no capitulará.

Francia corre hoy el mayor riesgo de su historia. No sirve de nada negarlo. No depende de nosotros siquiera negarlo una vez más, como lo hiciéramos ya en Munich o en Rethondes. Debemos afrontarlo y afrontarlo con todas nuestras fuerzas, esto es lo que Francia espera de nosotros. Puesto que nosotros no somos Francia, o por lo menos somos esa Francia efímera y perecedera que pronto estará bajo tierra; la prueba de que no somos Francia es que ella continuará sin nosotros, ¿no es cierto? Hay por tanto millones y millones de hombres por el mundo que creen sinceramente dudar de Francia, cuando realmente sólo dudan de nosotros. Creen dudar de la fuerza francesa, cuando lo único que hacen es

preguntarse simplemente si somos aún capaces de utilizarla, si esta fuerza no corre el riesgo de agotarse entre nuestras débiles manos. Tal distinción me ha parecido siempre capital. Ha habido reyes mediocres. Suponed que uno de ellos, que llegara al trono en 1918, se ve responsable hoy del debilitamiento de nuestra antigua victoria, del hundimiento de nuestro poder militar y del peligro que corre hoy el Imperio, me atrevo a decir que le ajustarían las cuentas y que no pasaría a la historia sino como un triste imbécil. En una democracia evidentemente no hay reyes, pero hay reinos. La democracia que ha reinado a lo largo de treinta años, como la nuestra, quiero decir aquella que está constituida por un cierto número de generaciones, entre las que se encuentra la mía, con diversa responsabilidad cada una de ellas, prefiero reconocerla enseguida. ¡Bueno! se nace y se muere con el que se puede, no con el que se quiere. Puede suceder a veces que un rey mediocre, por azar o por suerte, tenga un buen ministro; sin embargo las democracias mediocres no pueden tener nada más que ministros mediocres, puesto que no es exagerado decir que ellas los eligen, los sacan de sí mismas, los engendran. Para comparar la Francia que estas democracias han recibido con la que corren el riesgo de dejar se puede decir que las generaciones de Munich y de Rethondes son probablemente las generaciones más mediocres que Francia ha conocido jamás. ¡Oh! sin duda un no-partidario de mi país preferirá decir bien alto que los valores franceses están en decadencia, y bastantes franceses se justificarán así a expensas de la Patria. Reniegan de las tradiciones que son demasiado cobardes para mantener, casi sin darse cuenta comienzan a pensar en alemán o en ruso porque ya no se sienten con la facultad y el coraje de pensar en francés. Cuando os invito a este examen de conciencia en lugar de lanzar con vosotros gritos de alegría, que por otra parte correrían el riesgo de resonar lúgubremente a través de un mundo ago-

nizante, no me hago ilusiones sobre la suerte que me espera.

... Probablemente estaréis decepcionados, quizá lo estábais ya. No creáis que no lo siento. Cuando uno vive y piensa, como yo, un poco alejado de los demás, a veces tiene ardientemente necesidad de simpatía, os lo aseguro. El sacrificio de esta simpatía no es el más fácil de soportar. ¡Qué más da! Al menos es necesario que sepáis que denunciando a generaciones que perjudican tanto a mi país no olvido que compartiré su misma suerte. Realmente no me enorgullezco en absoluto de haber tenido razón a veces en contra de ellas. En efecto, no se trata de tener razón contra el error, se trata de tener razón, no es suficiente resistir, es necesario vencer, puesto que la sola resistencia no ha justificado nada más que a los muertos. Más aún, cuando me examino a mí mismo como desearía que os examinárais vosotros a vosotros mismos, me veo un hombre muy parecido a vosotros, tentado por los mismos errores, solicitado por las mismas mentiras. Hay como un principio de mediocridad en cada uno de nosotros, en cada uno de los hombres de nuestras desafortunadas generaciones y uno lo descubre incluso en los más grandes, Claudel por ejemplo, o Valèry. Si no somos generaciones frustradas nos falta seguramente algo, pero ¿qué? ¿Qué pérdida hemos sufrido que no hemos sabido nunca reparar? ¿No se tratará de esos dos millones de camaradas que abandonamos antiguamente en el Marne, en el Somme, en Verdun? Pero es mejor no hablar de estos muertos, no les gustaría la publicidad, deben pensar que se ha hablado ya demasiado de ellos.

El mundo duda de nuestra fuerza. Pero no duda de nuestro derecho. Desgraciadamente duda del derecho mismo. No se trata ahora de ocultarle lo que salta a la vista, sino de revelarle lo que no ve. No hemos perdido nada más que una parte de nuestro poderío, el que se muestra. Nos queda el que se demuestra. En relación al que se muestra, más vale

hacer frente a la verdad. Hemos sido derrotados, ¿sí o no? Cuando nos buscábamos justificaciones y excusas, lo repetimos tantas veces a la gente, de tantas maneras que, aunque les hubiéramos mentido, no habrían podido evitar creernos. ¡Bueno! Una derrota de la nación militar más antigua de Europa no puede ocultarse a los vecinos, como el pecado de una chica hermosa. Y ¡hombre! ¿creéis que, por el hecho de que estemos a dos pasos del Mediterráneo, de este colosal anfiteatro de juegos náuticos, donde tantas veces a lo largo de los siglos se ha luchado por el Imperio del mundo, creéis que estos pueblos expertos, que han ocupado sus graderíos durante milenios, han olvidado tan rápidamente que allí, al otro lado, nuestra flota está en el fondo del mar?... Sí, sí, lo sé, quizá este no es un tema para tratar aquí, pero ¡bueno! El bichero no es solamente un instrumento útil para la navegación, es también un método de la mayéutica. La mayéutica, me permito recordarlo para provecho de quienes quizá lo hayan olvidado, es un método inventado por Sócrates con el fin de hacer reflexionar a la gente a pesar suyo, «de hacer renacer los espíritus», según la etimología misma de la palabra mayéutica. Que se pretenda despertar los espíritus con un bichero prueba que es necesario no andarse con chiquitas, ¿no es así? En una palabra que los alumbramientos de espíritus necesitan más maña que fuerza.

Sí, todos saben que hemos sido derrotados y se acuerdan mucho mejor de ello después de haber repetido muchas veces, torpemente nos hemos empeñado en hacerlo olvidar, que se nos ha visto pasar demasiado rápido del asombro de nosotros mismos a la más ridícula jactancia. En efecto, a nuestro entender hoy nosotros hubiéramos ganado la guerra. Sólo cinco años después de la derrota de nuestra armada en El Mosa, las divisiones acorazadas de la *Wehrmacht* se estrellaron contra las barricadas de la Liberación de París, formadas de insurgentes con los brazos al descubierto, las ma-

nos negras de polvo, tal como Eugène Delacroix nos los muestra en el Museo de Louvre. Mi amigo Guéhenno, que sabe a qué atenerse sobre este aleluya*, me decía el otro día que una leyenda como esta salvaba a Francia. Si lo creyera me callaría. Pero estoy aquí para deciros que estas jactancias no sirven nada más que para uso interno, que se parecen a esas monedas en curso forzado que no valen nada fuera de las fronteras. Hay millones y millones de hombres en el mundo que no nos han pedido permiso para sospechar que la Francia de 1940 –formada en su inmensa mayoría por petainistas y de un puñado de gaullistas– y la de 1944 –formada mayoritariamente por gaullistas y una pequeña parte de petainistas– realmente no forman nada más que una masa única, horriblemente dispuesta, a la que el acontecimiento de Munich había permitido ya medir el volumen y el peso, que se reunió casi en su totalidad en el Armisticio para caer en el petainismo, a causa de su torpeza, hasta que la invasión de Africa del Norte, rompiendo el equilibrio, la hizo caer por la otra pendiente. Hay millones y millones de hombres en el mundo que no ignoran que hubiera sido fatal que la resistencia, habiendo sido obra de un puñado de ciudadanos resueltos, que electoralmente no contaban mucho, hubiera sido reducida a nada en la reorganización de la Democracia parlamentaria. Sí, estos millones de hombres han visto demasiado tiempo en obras la masa de la que acabo de hablar, les ha sido denunciada demasiado tiempo por la propaganda, han sido sensibles demasiado tiempo al contraste desgarrador de esta especie de Francia con el hombre solitario que por su ridículo apartamento de Londres era calificado entonces, como ahora, de presuntuoso.

* (Pequeño grabado de una historia en imágenes).

De nada le sirve a Francia repetir a tontas y a locas que se encuentra bien, que nunca se ha encontrado mejor. Un parte facultativo sólo vale si está firmado por el médico, no por el paciente, ¿comprendéis lo que quiero decir? Nosotros nos encontramos bien, cada vez mejor, esto es lo que no cesan de repetir, en nombre de Francia, esos propagandistas celosos que nosotros mismos exportamos por todo el mundo. Es verdad que no he dado muchas conferencias,... pero he escuchado muchas. En cualquiera de esos países del confín de la tierra, ¡hombre! en Paraguay por ejemplo, a orillas de ese río enorme, tan ancho como un mar, que balancea sus olas de arcilla bajo un cielo también él de color barro, y que, una resaca deposita suavemente en la orilla siempre humeante unos cuantos cocodrilos, que otra resaca vuelve a llevarse, en cualquiera de ellos os aseguro que incluso la palabra de un fantoche como M. Maurois, por ejemplo, adquiere mal que bien un cierto aire misterioso —sí, por muy extraordinario que os parezca, un carácter casi religioso...—. Querría representaros una escena que se ha hecho para mí tan familiar... Hay en ella, como en cualquier sala de conferencias; hombres somnolientos y señoras que se han impuesto como obligación ir a ver un objeto venido de tan lejos, generalmente por vía aérea, y que pronunciarán tarde o temprano, en su idioma, la frase fatídica, la frase fatal: «Es igual, querido amigo, le creía mejor que eso...». Pero hay también esas miradas atentas, ansiosas, esos rostros tensos, que uno reconocería bajo cualquier color de piel, porque son rostros hechos para iluminarse de entusiasmo y de fe, donde la admiración defraudada se expresa con el mismo gesto doloroso que se ve en un ser sorprendido en su primera experiencia del mal. El señor venido por vía aérea se instala en su mesa como me habéis visto instalarme a mí —no hay dos maneras de situarse en una mesa de conferencias (o de acariciar la botella de agua una mano negligente o de limpiar las ga-

fas)— y comienza a explicar a los valientes tipos que le escuchan la suerte que tiene, él, de ser francés, de pertenecer a un país que proporcionó al Universo todos los artistas, todos los filósofos y todos los sabios que éste necesitaba, sin descuidar no obstante las pequeñas ganancias accesorias —nada despreciables— de la vida: la buena cocina, los buenos vinos, los sombreros de señora y el *camembert*. Nos encontramos muy bien, dice el señor, no pedimos nada más que vivir tranquilos, producir —¡oh! no tanto grandes hombres— pues el mundo moderno tiene otras aspiraciones y nosotros vamos con nuestro tiempo, es necesario caminar siempre con su tiempo, incluso si el tiempo no va a ninguna parte. Una vez restaurada nuestra economía, siempre que todos esos señores de la ONU se pongan de acuerdo para garantizar nuestra seguridad, nosotros nos encontraremos aún mejor que antes, os agradará mirarnos, os sentiréis orgullosos al mirarnos,... ¡Ah! A millones y millones de hombres les importa un comino saber que nosotros no nos desesperamos, lo que desean saber es si pueden esperar en nosotros. No hacen caso de nuestro optimismo. Nuestro optimismo no les tranquiliza en absoluto, al contrario. Nuestro optimismo les produce escalofríos. Si dudáis de ello es que dudáis de Francia, o, mejor dicho, teméis saber lo que ésta es aún para esos millones y millones de hombres de los que hablo, preferís libraros de ello con un encogimiento de hombros, decís con ese aire de superioridad, con ese aire arrogante que no impresiona ya mucho, ni siquiera a vuestras simpáticas compañeras, porque saben a menudo a qué atenerse con ello: «¡Basta! ¡no se nos ama tanto!». Y bien... sí, en cierto sentido tenéis razón. No se nos ama, al menos de la forma en la que imaginamos ser amados. No se dice de nosotros: «Esos valientes franceses, sin embargo, qué tipos más graciosos, nada orgullosos, y además aún llenos de sensatez, no se les ha subido a la cabeza, ellos nunca morirán por Dant-

zig. Es verdad que parecen un poco molestos por el momento, pero dejarles el tiempo necesario para recuperarse... Nada más ver la buena bola de M. Bidault se comprende que una vez más, de una forma u otra, saldrán a flote...». No, esta es una idea del francés que no se encuentra por ninguna parte. Alguno de vosotros, que haya recorrido mundo como yo, habrá tenido quizá la ilusión de encontrarla, pero es porque sin duda no han tenido suficientemente en cuenta ese mimetismo más o menos consciente que hace que se nos hable tan fácilmente en nuestro propio lenguaje, debería decir en nuestro propio argot, que imita hasta nuestros tics. ¡Bueno! la mayoría de los franceses en el extranjero parecen al principio terriblemente vulgares, y los que no lo son hacen todo lo posible por parecerlo. Uno se pregunta a veces si ese descuido no es una forma degradada, degenerada de esa cortesía antiguamente tan alabada, que los extranjeros se asombraban de que pudiera contentar a todos tan fácilmente y que hacía escribir al inglés John Moore, al viajar a nuestro país en tiempos de Luis XVI:

«La cortesía y la honestidad han pasado en Francia por todas las clases sociales y aunque no sean exactamente lo mismo se las encuentra tanto en el último trabajador como en los Grandes. Es un rasgo característico del genio de la nación francesa. El hombre en su cargo es cortés con los inferiores, el rico con el pobre, el mendigo incluso, al pedir ayuda, tiene a veces el tono de un hombre como es debido...».

Sí, después de tanto tiempo, sabemos poner a la gente cómoda, lo sabemos quizá demasiado bien. Les contentamos incluso tanto que nos hacemos ilusiones, nos dejamos atrapar por nuestro propio juego, quiero decir que nos equivocamos enormemente en nuestra consideración sobre sus sentimientos y sobre lo que esperan de nosotros. Nuestra mirada, nuestra sonrisa, nuestro apretón de manos significan: «No tengáis miedo. Nosotros los franceses rendimos

culto a la igualdad, preferimos incluso la igualdad a la libertad. Queréis tomarnos por tipos simpáticos, extraordinarios,... miradme, nosotros somos tipos como los demás, tipos valientes, tipos medios». Pero si precisamente lo que esperan de nosotros es que estemos por encima de la media, digámoslo claro: que seamos superiores a ellos. ¡Oh! no protestéis. La palabra superior nos pone malos, lo entiendo, provoca en nosotros inmediatamente un reflejo doloroso de desconfianza y, a la vez, de envidia. Repetida con demasiada frecuencia, empleada en grandes dosis, podría daros la ictericia, pero es porque nosotros padecemos particularmente del hígado. Un hombre superior no es siempre peligroso. El más determinado de los imbéciles, siempre que corra el riesgo de reventar, verá muy bien, momentáneamente al menos, que su médico sea netamente superior, no le encontrará nunca bastante superior... Sigamos por tanto razonando un poco sobre esto, ¿queréis?

En un mundo donde cada nación estuviera en su lugar y no deseara nada más que permanecer en él, el problema se plantearía de forma diferente. Pero los hombres de los que hablo saben muy bien que están amenazados. No solamente las naciones no permanecen en su lugar: desaparecen unas tras otras y se ven surgir bajo este nombre de naciones especies de monstruos económicos, antiguas patrias ahora irreconocibles, devoradas por el cáncer de la producción, cuya única legitimación es la de la fuerza –la fuerza al desnudo, sin vergüenza– aquí está justamente la razón de por qué ellos piensan en el prestigio que nos queda. Envidian el tiempo en el que se podía ceder a la fuerza sin convertirse en esclavos. No tienen miedo en absoluto de nuestro prestigio. Su temor es, por el contrario, que habiendo perdido la conciencia de ese prestigio y de los derechos que éste confiere, hemos perdido al mismo tiempo la conciencia de los deberes que implica. No, ellos no temen nuestro prestigio,

sino que hayamos llegado a ser incapaces de utilizarle para su bien, de comprometerle —o de comprometer lo que queda, todo lo que queda de él, toda la confianza que el mundo pone aún en nosotros— en esta aventura colosal que los sabios mismos dicen o escriben cada día que va a decidir, no el tipo de Democracia, sino la vida o muerte del género humano.

Hoy cuando se habla a los franceses en este lenguaje, cogen su sombrero y se largan. Nos gusta cada vez menos oír hablar de nuestro prestigio en el mundo, quizá porque hemos hecho todo lo posible por perderlo, sin duda no deliberadamente, sino de forma inconsciente. Hay muchas explicaciones a nuestra derrota de 1940, pero si un pueblo podía ser tratado con métodos del psicoanálisis, os aseguro —sí, verdaderamente os lo aseguro— que aquí estaría la prueba de este callado rencor contra nosotros mismos, contra el prestigio de nuestra antigua grandeza, que se ha convertido en una carga pesada. No teníamos muchas posibilidades de ganar la guerra, es cierto. Este es el motivo precisamente de que estuviéramos en el estado de ese jugador al que le queda aún un poco de dinero y que desea ocultamente perderlo, para terminar con ello de una vez por todas, para abandonar la sala de juego. La derrota debía ser ese hecho irreparable, esa ruptura definitiva después de la cual uno recomenzara su vida, por supuesto, pero sobre bases más modestas. La derrota no ha sido este hecho irreparable. Y la masa francesa, esta masa electoral suicida en la que ya apenas funcionan, y si lo hacen es a un ritmo lento, los reflejos de defensa vital, la masa que trabaja infatigablemente día y noche, los parásitos de la política, busca hoy a ciegas otro hecho irreparable. Lo encontrará quizá en el abandono voluntario del Imperio, en la dimisión imperial. Y mañana, como en 1940, encontrará todavía en alguna parte, en cualquiera —no se sabe muy bien dónde y con quién, pero ¡no importa!— a ese hombre que conocéis bien, del que no necesito decir el nombre, con ese

gran corpachón mal equilibrado sobre piernas demasiado largas, con brazos que no conocen nada más que el gesto un poco pesado del albañil que coloca una piedra, el rostro con rasgos toscos y como esbozados, cuya expresión normal es la de una terquedad casi inhumana, orgánica —la masa y el estar hecha para resistir en la masa, para calzarla al borde del abismo, como una piedra— el mismo hombre para la misma tarea.

La prodigiosa experiencia que se está llevando a cabo desde el centro de Europa hasta los confines de Asia, desde Alemania hasta el Pacífico, desde Trieste a Vladivostok puede parecer rusa a los imbéciles, pero es y será una experiencia alemana. Es la cultura alemana, habiendo encontrado después de siglos en el espíritu absoluto de Hegel y en el hombre social de Marx un instrumento a la medida de su ambición devoradora, de su perpétua inquietud, de su sentido vertiginoso del Futuro, la que se esfuerza en este momento en poner las bases de un mundo nuevo, lo más diferente posible de ese mundo cristiano donde se ha sentido siempre oprimida, como si su clima hubiera sido desfavorable a su crecimiento, hasta el punto de no haber conseguido realizar sino tarde, vergonzosamente tarde, su unidad nacional... En la perspectiva de un plan tan grandioso, el hecho práctico de la derrota militar alemana no es nada más que un episodio sin importancia. Como he dicho ya, una civilización se caracteriza por el tipo de hombre para el que está hecha, o que pretende formar. Pues el hombre hegeliano puede ser indistintamente nazi o marxista; el marxismo y el nazismo son los dos aspectos de la experiencia hegeliana. Si la experiencia hegelo-nazi ha fracasado no importa ya que la experiencia hegelo-marxista, a que Rusia desde hace treinta años sirve de conejillo de Indias, parece poder ser llevada hasta el final. ¡Oh! Sin duda, el conejillo de Indias rabioso final-

mente se ha sublevado bajo las manos del investigador, le ha mordido cruelmente y abatido, pero éste que yace en medio de sus aparatos y tubos de laboratorio puede decir entre dientes —si le quedan— a su terrible enemigo: «¿Qué me importa parecer haber sido vencido, si he conseguido injertarme un cerebro y un bulbo alemanes?». Dios mío, temo que estas imágenes puedan sorprender más que convencer. Sin embargo, no hacen nada más que ilustrar verdades de sentido común. Pero las verdades de sentido común se visten de gris, no se las ve bien, yo trato de poner sobre sus hombros un chal brillante, para verlas desde lejos... No se trata de condenar a Hegel o a Marx porque sean alemanes, grandes alemanes, los más grandes quizá. Digo que el hecho de que en menos de treinta años Rusia, con sus inagotables recursos, se haya organizado según las concepciones de Marx y Hegel nos debe parecer un fenómeno mucho más importante que la derrota militar nazi. En una civilización que sale ahora de esta derrota, Alemania encontrará tarde o temprano cien veces más de lo que había perdido. Y luego ¡cada uno lo que merece!

Las reflexiones que acabo de hacer no son del todo mías. Las he escuchado hace algunos meses de la boca de un joven profesor alemán, en el transcurso de un viaje a Alemania. Este joven profesor pertenecía a una de nuestras universidades antes de la guerra. Era entonces tan violentamente antinazi que tuvo por un momento la intención de alistarse en la legión extranjera. Estábamos en su habitación, una de cuyas ventanas, semiderrumbada por un obús, había sido cerrada con tablas. Bajo nosotros, aún bajo las bombas, la ciudad en ruinas, devastada, cubierta con una fina neblina de otoño, parecía echar humo. El me explicó algunas de las ideas que acabo de escribir y concluyó, dando la última calada a su cigarrillo: «Qué queréis que os diga, nunca me he sentido más orgulloso de ser alemán».

Con razón o sin ella, me parece que el tiempo está contado. Yo tenía esta impresión en 1936, cuando escribía *«Los Grandes Cementerios bajo la luna»*. No me ha engañado mucho... Hoy está de moda hablar siempre en nombre de algo o de alguien, generalmente en nombre de los muertos, sin duda porque los muertos no contradicen a nadie. Ayer, nos hablaban en nombre de los muertos de Verdun. Hoy, todo el mundo nos habla en nombre de los muertos de la Resistencia. Creo, espero, haber estado desde el principio en el espíritu de la Resistencia, incluso he sido soldado, lo sigo siendo un poco en el fondo de mi corazón. Precisamente por esto no puede confundir mis modestos trabajos de escritor con servicios de guerra. No me creo con el derecho de hablar en nombre de los muertos de la Resistencia sino para desear respetuosamente que, de alguna forma, encuentren cómo hacer callar a los explotadores de su sacrificio.

Después de los muertos de la Resistencia, la Resistencia de los muertos, ¿comprendéis lo que quiero decir? Pues los muertos no han muerto con el único fin de garantizar y justificar indefinidamente a los vivos. Cuando la Resistencia de los muertos ha cumplido su tarea, si la Resistencia de los vivos quiebra, haría mal en creer que puede llevar a los muertos al activo de la quiebra. Creo, por el contrario, que grabarían fuertemente el pasivo.

No hablo en nombre de los muertos, no hablaré más en nombre de una Francia contra la otra. La Francia de 1940 y la Francia de *1944*, ¿son realmente dos Francias? ¿Ha habido dos Francias y una única colaboración, o una única Francia y dos colaboraciones diferentes, es decir dos maneras de colaborar, dos colaboraciones oponibles y no superponibles, como un guante de la derecha y un guante de la izquierda? ¿Hay dos Francias o somos nosotros quienes vemos doble? ¿Sobre las democracias no ha caído, desde 1938, nada más

que un *Munich* (*), o el *Munich* de entonces no fue más que la primera gota de un aguacero que arrecia después de la paz?,... puesto que los *Munich* continúan «lloviendo», cada vez que los negociadores sacan la nariz fuera, la metan empapada. ¡Oh! no pido otra cosa que reconozcáis que estas reflexiones son de las que pueden, como se dice, llevar lejos; no pido en absoluto que se me siga hasta el final, sé perfectamente que cualquiera que se niegue hoy a ser engañado deberá un día u otro proseguir solo su camino, es por otra parte lo que yo hago desde hace mucho tiempo, estoy ya acostumbrado. Pienso incluso que no es pagar demasiado, por un poco de soledad, algún pequeño privilegio que nadie piensa disputarme, sería distinto tener que sacrificar el derecho de hablar, como yo hago, con absoluta franqueza, hablar en mi nombre, en mi nombre únicamente. Eso no cuesta mucho y debe contentar a todos...

He dibujado varias veces este mundo ante el que la humanidad vacila aún, preguntándose si nosotros nos comprometeremos con él o no, pues casi no tiene parecido con el que nosotros le habíamos prometido bajo el nombre de Mundo Nuevo. Es esta una expresión inexacta, como una concesión del vocabulario, análoga a la que nos permite decir que el sol asciende o desciende en el cielo. Puesto que este mundo no es nuevo. Capitalista o marxista, liberal o totalitario, no ha cesado de evolucionar hacia la centralización y la dictadura. El régimen de *trust* no podría de ningún modo imponerse al colectivismo de Estado, porque no es más que una fase de la evolución que señalo. Sería lo mismo que decir que el renacuajo se opone a la rana. Los *trusts* han concentrado poco a poco la riqueza y el poder en otro tiempo repartidos entre un gran número de empresas, para que el Es-

---

(*) *Munich:* Acuerdos de Munich (1938).

tado moderno, llegado el momento, abriendo su enorme boca, pueda engullirlo todo de una sola vez, convirtiéndose así en el Trust de los Trusts, el Trust-Rey, el Trust-Dios... No, este mundo no es nuevo. Es así desde que la desespiritualización del hombre —y particularmente del hombre europeo— ha alcanzado un cierto grado de gravedad, como un pobre diablo, por ejemplo, que no presenta los síntomas del escorbuto hasta el momento en el que su desvitaminación es demasiado profunda. No nos encontramos en presencia de una civilización nueva que ha aparecido de repente en la historia; es la civilización humana desviada de su camino por circunstancias excepcionales y que está metida en un callejón sin salida. No puedo evitar decir que no conseguirán esforzándose en hacernos creer que esta contra-civilización de la bomba atómica es una fatalidad de la Historia. Era fatal en efecto que el hombre construyera máquinas y éste las ha construido siempre. No era de ningún modo fatal que la humanidad consagrara toda su inteligencia y toda su actividad a las construcciones mecánicas, que el planeta entero se convirtiera en una inmensa maquinaria y el hombre en una especie de insecto industrial. ¡Entendedme bien! Nadie pretende negar al hombre de hoy el derecho de fabricar máquinas, pero sí se le niega el de sacrificar, de antemano, a la maquinaria universal la libertad de los hombres del mañana creyendo erróneamente que uno no puede salvarse de las máquinas nada más que por las máquinas. ¿Para qué multiplicar las máquinas si la energía necesaria para su funcionamiento está estrechamente controlada, día y noche, por un reducido número de técnicos? Accionar una simple palanca en el interior de una central eléctrica, ¿no basta para dejar sin luz y calor a millones de hombres? En estas condiciones, reconoced que resulta cómico oír hablar a los impostores de las máquinas con devoción religiosa. Nunca una sociedad habrá estado provista de medios tan eficaces para controlarlas y, en

caso de necesidad, aniquilarlas. Al famoso lema jacobino: «La libertad o la muerte», el mundo totalitario y opresor podrá responder muy pronto: «La esclavitud o la muerte».

¡Bueno! millones y millones de hombres esperan que Francia afronte el desafío. Millones de hombres no creen ya en una civilización que se vale de la ciencia cuando ésta no es más que la dictadura de una técnica en delirio y a la que los sabios mismos miran como una experiencia terriblemente peligrosa para la humanidad, una especie de cara o cruz. En definitiva, no es el Soberano Pontífice en una Encíclica, es Einstein mismo el que acaba de decírnoslo. ¿Qué remedio propone él? La construcción de un Super-Estado formado por tres controladores universales, un Inglés, un Ruso, un Americano. No falta en este *«triumvirat»* casi divino nada más que los tres superhombres indispensables para el funcionamiento de la más alienante dictadura que pensamiento humano haya podido concebir jamás: ¡la esclavitud o la muerte!

Francia no es responsable de esta civilización absurda. Esta civilización se ha formado sin ella, se ha formado contra ella. Respecto a este mundo Francia es libre. Creo que Francia es la única, absolutamente la única capaz de pensar en otro mundo distinto a este, quiero decir de pensar en él con esa sensibilidad prodigiosa de la inteligencia que aviva las ideas, que conduce a una verdadera encarnación del pensamiento. ¡Oh! Sin duda muchos de los que me leen se encogerán de hombros: «¡Para qué!». No es a ellos a quienes hablo. Ellos no me importan, tampoco importan a mi país. Están preparados para todos los *Munich* del espíritu. Pretenden ver entrar a Francia, lo antes posible, en el círculo infernal de la producción sin límites para la destrucción sin límites; quieren que construya de nuevo máquinas, cueste lo que cueste; por esta mecánica sacrifican desde hace dos años el pan de los ancianos, la leche de los niños y la moralidad

misma de nuestro pueblo minado día a día por el mercado negro, como si las grandes organizaciones económicas, los monstruos de la producción mecánica que no cesan de crecer al Este y al Oeste de Europa, nos debieran conceder el derecho indefinido de construir por cien mil francos lo que están en condiciones de vendernos por veinte mil, como si la guerra económica pudiera ser otra cosa que una guerra total.

LA LIBERTAD, ¿PARA QUE?

La libertad, ¿para qué? Igual podría decirse: Francia, ¿para qué? ¿Para qué, Suiza? Europa, ¿para qué? La civilización, ¿para qué? Y, resumiendo, en una palabra: el hombre, ¿para qué?

Suiza, enero de 1947

Señores, los periodistas que me han hecho el honor esta noche de venir a escucharme sienten temblar en la punta de su pluma la palabra «pesimista», estoy seguro. Cuando se habla de mí, una pequeña disgresión sobre el pesimismo tiene siempre la garantía de ser bien acogida por el lector medio. Pero desde 1930, es decir, desde que escribí *«El Gran Temor de los hombres de derechas (bien-pensants)»*, no es a mí, es a los acontecimientos a los que habría que acusar de pesimismo, porque han sido siempre peores de lo que yo los había anunciado... ¡Qué más da!

La prensa universal es optimista. Lo es siempre, hasta el último momento. Todo el asunto está en saber si también esta vez lo será un momento más. En un avión de transporte, el personal de la compañía trata de tranquilizar a los pasajeros mientras pueden, pero, si la situación continúa agravándose, no se le debería acusar de pesimismo porque

les invita a abrocharse el paracaídas —al menos, si es que los hay...—.

El gran novelista Wells ha escrito en su extraordinario testamento, de inspiración tan distinta a la de su obra, al fin y al cabo un tanto vulgar, que la crisis horrible que acaba de sacudir a la *humanidad* es una crisis de desesperación rechazada. Rechazada, pero no superada. Rechazada en el sentido freudiano de la palabra. Rechazada por la propaganda. Yo creo también que este mundo está desesperado, pero echa optimismo por las orejas. La expresión es la apropiada, porque la propaganda oficiosa y oficial le embute con él, le ceba como se ceba un pavo de Navidad. Si la operación de la ceba de los pavos es desagradable a la vista, por lo menos los granjeros de pavos no son tan crueles como para cebar los pavos enfermos... Embutir de optimismo a un mundo desesperado no es una tarea demasiado honrosa para nadie. No es tampoco, además, una tarea desinteresada, no veo inconveniente alguno en decirlo. Quienes han puesto la civilización humana en un peligro tal que hasta los mismos inventores de la bomba atómica dan la voz de alarma, están dispuestos a pagar lo que sea con tal de disimular su fracaso.

Recordemos el mundo de 1910, tan orgulloso de sí mismo, de su técnica, de sus técnicos. Bajo el menor pretexto, a la más mínima amenaza de cambiar lo que fuese, se convocaba una reunión de señores sesudos y condecorados, por lo general enfermos del hígado, que —después de una buena comida, ligeramente congestionados por la digestión, tras haber consultado sus cartapacios y haber puesto los nervios de punta a docenas de secretarios—, opinaban normalmente por el *statu quo*. Y de la noche a la mañana, ese mundo tan respetuoso de las competencias y los especialistas se halla entre las manos de un pintor fracasado, de un albañil socialista y de un ex-seminarista ortodoxo que empiezan por tirar a los señores condecorados por la ventana, y después se

dedican, por turnos o los tres a la vez, a las experiencias más increíbles, a las que sacrifican víctimas innumerables, y se hacen adorar como dioses, de un modo que no consiguió jamás ningún emperador romano. Los emperadores romanos, en efecto, no eran adorados más que por senadores serviles, o por complacientes funcionarios, y las más hermosas juventudes del mundo jamás habrían ido cantando, por ellos, hacia los osarios abiertos. ¡Oh, ya! Sin duda, el albañil y el pintor frustrado han desaparecido. Pero el ex-seminarista ortodoxo se mantiene, con la única diferencia de que ahora se ha hecho papa. Y los señores condecorados tirados por la ventana, que no se han roto la cabeza de milagro, pretenden volver a sentarse en su sillón, se niegan a toda explicación sobre unos acontecimientos tan increíbles, y afirman con una voz cada vez más grave, mientras se frotan los riñones, al fin y al cabo un poco doloridos de la caída, que el pequeño accidente no tiene nada de extraordinario, que es el resultado de un malentendido, y que con orden y trabajo todo se arreglará igual que antes.

¿Creéis que un hombre digno de ese nombre —aunque no sea más que un pobre escritor como yo—, por la dudosa ventaja de ver que los imbéciles y los explotadores de imbéciles le felicitan por su optimismo, puede hablar de ese modo a esos millones de pobres gentes a los que todos los estados del mundo invitan a que sacrifiquen su libertad por su seguridad, cuando la suerte que les espera tarde o temprano a esos desgraciados es el perder estúpidamente la una y la otra? A los que me acusan de pesimismo, les respondo que su optimismo produce un eco fúnebre. ¡Oh! Ya sé que las advertencias de un hombre como yo son motivo de befa, pero toda la prensa mundial reproduce piadosamente las inverviews de Roosevelt junior, sobre cuya moralidad la opinión americana tiene hecho su juicio hace mucho tiempo. ¡Qué más da! Al leer ayer las consideraciones tan moderadas,

tan decentes —casi se podría decir, tan llenas de unción eclesiástica— del mariscal Stalin, me ha parecido que el optimismo oficial sonaba más lúgubre que nunca. Y, ya que en ellas se trataba de un americano, yo me acordaba de la admirable novela de Hemingway, y me decía: «¿Por quién doblan las campanas?».

La libertad, ¿para qué? Es un buen título, indiscutiblemente, y lo confieso con tanta más libertad, porque no he sido yo quien lo ha inventado. *La libertad, ¿para qué?* es, como sabéis, una frase famosa de Lenin, y expresa, con una claridad y como con una lucidez terrible, esta especie de desafección cínica por la libertad que ha corrompido ya tantas conciencias. La peor amenaza para la libertad no es que uno se la deje quitar —porque quien se la ha dejado quitar puede reconquistarla siempre—, es que uno haya perdido el aprecio por ella, que ya no se la comprenda. Cuando, hace algunos meses, recorría en coche Alemania en ruinas, o, para ser más exactos, las ruinas de Alemania, esos montículos de piedras ennegrecidas que fueron antaño ciudades ilustres —las ciudades ilustres de esa vieja cristiandad de Alemania, cuyos servicios prestados antaño a Europa y a la civilización universal ningún francés, ningún cristiano puede olvidar, ni siquiera en este momento, y tal vez en este momento menos que nunca. (Y quien se extrañe de oírme hablar así estaría bien equivocado, porque no soy un hombre de odio, sino de fe)— me decía a mí mismo que de nada serviría, o de bien poco, el haber destruido tanto, si al mismo tiempo, y en la misma medida, no se exalta en las conciencias la idea de libertad, en cuyo nombre y por la cual se había llegado a destruir tanto. Ahora bien, todos sabemos que eso es un cuento. Todo lo contrario. La frase de Lenin se ha convertido en el slogan del estado moderno, se llame o no se llame demócrata, porque la palabra democracia se ha usado de tal manera que ha perdido toda significación, y es probable-

mente la palabra más prostituida en todas las lenguas. En casi todos los países, la democracia, ¿no es acaso antes que nada una dictadura económica? Eso es por sí mismo un acontecimiento inmenso, que basta para probar la degradación profunda de la sociedad moderna. Porque, en una sociedad normal, una dictadura económica ha sido siempre más difícil de llevar a cabo que una dictadura política o militar. Napoleón pudo decretar el servicio militar obligatorio, pero jamás se hubiese atrevido a negarse a pagar un céntimo de una deuda registrada en el Gran Libro, y garantizada por la firma del Estado. Puede ser hoy todavía más o menos difícil el pasar de una dictadura política a la dictadura económica, pero el pasar de la segunda a la primera no es más que un juego de niños.

Desde luego, no me hago ilusiones sobre el eco que vayan a tener mis palabras, y, ya que hablábamos hace un momento de las novelas americanas, tomaré el título de una de las más célebres para expresar un pensamiento sobre esto: *Lo que el viento se llevó*... Sí, ¡lo que se lleva el viento!...

No tengo el menor derecho a hablar en nombre de mi país, pero tengo tal vez el de hablar en nombre de un cierto número de franceses —un número mayor del que suele pensarse— que se parecen a mí, porque no tengo vergüenza alguna en confesarme un francés medio. Tal vez un poco mejor dotado que otros para expresar lo que piensa, pero que piensa según la tradición y el genio de ese viejo pueblo del que ha salido. Si es verdad que casi nunca está de acuerdo con los que se consideran, en nombre de la política, de los negocios o hasta de la literatura, los creadores de la opinión pública, cuando no son más que sus explotadores, nunca ha tenido la menor dificultad en hacerse comprender de cualquier hombre de la calle. No creáis a quienes os dicen que un francés digno de ese nombre no piensa más que en rehacer su país, en rehacerlo materialmente, su país antes que

nada, y sólo él, por el medio que sea, a costa de quien sea. Todo francés digno de este nombre sabe muy bien, al contrario, que para restaurar a Francia hay que restaurar con ella los valores espirituales que dan su significación histórica al nombre de Francia y al nombre de francés. Un cierto egoísmo nacional es, para todos los pueblos –pero más aún para el nuestro–, un engaño. Francia quiere un mundo justo. No puede ser libre más que en un mundo libre.

Mucho antes de que la libertad haya sido puesta en peligro por las dictaduras, la fe en la libertad se había debilitado progresivamene en las conciencias. Mucho antes de que las dictaduras hayan destruido los santuarios y profanado los altares de la libertad, el dios había perdido progresivamente sus fieles. Sin duda, la idea de democracia no era ya puesta en duda por nadie, el futuro de la democracia parecía asegurado en el mundo, y el hombre de 1900, por ejemplo, no podía separar la idea de democracia de la de un progreso fatal e indefinido. Se engañaba, sin embargo, grandemente sobre el sentido de la palabra democracia. La democracia significa mucho menos libertad que igualdad, la democracia es infinitamente más igualitaria que libertaria. Cada victoria de la igualdad le parecía, al hombre de 1900, una victoria de la libertad. De lo que no se daba cuenta es de que era, antes que nada y sobre todo, una victoria para el Estado. De cada victoria de la igualdad, todo ciudadano podía sacar algunas ventajas y una cierta satisfacción de su amor propio, pero el beneficio real no iba sino al Estado. Reducirlo todo a un denominador común facilita enormemente el problema de las dictaduras. Los regímenes totalitarios son los más igualitarios de todos. La igualdad total en la servidumbre total.

¡...Ciento cincuenta años después de la Declaración de los Derechos, ciento cincuenta años después de aquella explosión de esperanza! Hicimos, hace ciento cincuenta años, aquella declaración solemne al mundo, y un francés hoy

tiene el derecho de preguntar con amargura qué es lo que el mundo ha hecho de ella. ¡Bueno! No es que tengamos que reprochar nada a nadie. Habíamos indicado el camino, teníamos que seguirlo nosotros. Hemos seguido otro, y nos ha llevado a donde estamos ahora. Porque al mismo tiempo que proclamábamos los Derechos del Hombre y la llegada de una civilización de libertad, de igualdad y de fraternidad, aparecía en la historia otra clase de civilización, con la puesta en marcha, en Inglaterra, de las primeras máquinas de tejer el algodón. ¡No me hagáis decir que estas dos civilizaciones no hubiesen podido fundirse en una sola, que hubiera honrado a la humanidad! Pero no me hagáis decir tampoco que ésta, que acaba de conducir a las mayores destrucciones de la historia, concuerda con el genio y la tradición de un país. Mi país la ha servido, ha cometido el pecado de servirla, pero ella no ha servido a mi país, no ha dejado, al contrario, de perjudicarle. Con ella, se ha ido debilitando lentamente, se ha degradado, ha perdido su fe en sí mismo, hasta el punto de esperar hoy su salvación de ideologías absolutamente extrañas a lo que ha sido siempre su concepción del hombre y de la vida.

Después de ocho años de exilio —porque, dejad que lo repita de pasada, se olvida con demasiada frecuencia que dejé Francia unos meses antes de Munich; no me largué ante los alemanes, sino ante una especie de impostura generalizada como un cáncer, y de la que todo espíritu debía apartarse si quería seguir siendo libre—, después de ocho años de exilio he encontrado a mi país enfermo de otra impostura, a menos que no sea la misma y sólo haya cambiado de nombre. Los enemigos de mi país pueden decir que ha venido a menos, ¡qué más da! Si mi país va mal, la libertad no goza tampoco de muy buena salud en el mundo. Los amigos de mi país pueden reconocer con justicia que, desde hace muchos años, mi país pierde todo lo que pierde la libertad, que se

debilita con ella, que moriría sin duda con ella. Los mismos hombres que van por ahí diciendo: *La libertad, ¿para qué?* pueden decir igual: Francia, ¿para qué? ¿De qué sirve Francia? ¡Ya lo sé! Mi país puede decepcionar de mil maneras a los pueblos realistas y trabajadores. Es verdad que, en ciertos aspectos, parece como si renunciara a sí mismo. Pero es que mi país necesita comprender para amar. Necesita también comprender para obrar. No puede trabajar para un mundo al que ya no comprende, y que no le parece digno de ser amado. ¿Quién puede creer que este mundo merezca amor? ¿De qué sirve amar lo que se ha consagrado a sí mismo al odio? Dios mismo no lo consigue, y se resigna a dejar subsistir el infierno. El Hijo de Dios ha muerto, y pudiera decirse que el infierno sobrevive al Hijo de Dios. ¡Por supuesto, estáis en vuestro derecho de considerar escandaloso oírme comparar el mundo moderno al infierno! Pero seguro que es una impresión que los habitantes de Nagasaki no han podido dejar de tener... a menos que ni siquiera hayan tenido tiempo de ello...

¡Francia tiene razones para entusiasmarse con el plan de Monnet! Se le pide que construya máquinas, más máquinas y que se salve gracias a la maquinaria. Francia ya no cree en la multiplicación indefinida de las máquinas. Ningún hombre razonable puede creer ciegamente en la multiplicación indefinida de las máquinas, porque estamos empezando a comprender que toda la maquinaria va a conducir tal vez a una sola máquina, que es precisamente la máquina de destruir todas las máquinas. La bomba atómica es una máquina, en efecto. Si una maquina es un instrumento productor de energía, la bomba atómica de mañana contendrá en su torso de acero más energía de la que habrá sido necesaria para hacer funcionar todas las máquinas desde la llegada de la civilización de las máquinas.

No creáis que estas verdades tan simples están fuera del

alcance de un francés medio. La más antigua cristiandad de Europa puede muy bien acabar un día entregando su alma al diablo, pero no la entregará con los ojos cerrados. Podéis, claro, decirme que los franceses actuales, que se consagran a las actividades del mercado negro, están muy lejos de estas consideraciones más o menos metafísicas. Pero los pueblos actúan sobre la historia con una especie de movimientos elementales de su instinto nacional. Francia no es, sin duda, consciente de este rechazo que opone a una contracivilización de la que se siente cada vez menos solidaria. Pero no por eso deja de ser verdad que se opone. Empleando una expresión pintoresca del argot moderno, diríamos que «se niega a avanzar». Antes de reprocharle el que se niegue a avanzar, o el no avanzar suficientemente deprisa, corriendo el riesgo de introducir el desorden en la fila, habría que preguntarse hacia dónde se avanza.

Hay muchos jóvenes entre vosotros, los he descubierto entre la asistencia desde el primer momento. No me dirijo sino a ellos. Y por encima de sus cabezas, me dirijo a otros más jóvenes que ellos, porque pienso más que nunca que la infancia es hoy la última reserva del mundo, su última oportunidad. Los hombres de mi edad pueden servir todavía para conservar algunas cosas, pero sería necio contar con ellos para que se opongan a nada; han aceptado demasiado, han sufrido demasiado. Mañana, creerán que es una especie de mérito el aceptar una vez más, el sufrir una vez más. ¡Y es verdad que su capacidad de resistencia es enorme! Pero toda la energía que tienen no les sirve más que para durar, para vivir, para sobrevivir, y para encontrarse, después de las catástrofes más inimaginables, exactamente igual o casi igual a lo que eran antes. Creo que esta prodigiosa resistencia física se debe a una falta de imaginación que podría muy bien no ser sino la atrofia de esta facultad. Por muy absurdo que les parezca un mundo donde la civilización más técnica les hace

correr riesgos mil veces más altos que la barbarie –pero, permitidme que os lo haga notar, la civilización cuesta muy cara, terriblemente cara, mientras que la barbarie no cuesta un duro, se da gratis–, son absolutamente incapaces de imaginarse otro mundo distinto. Imaginaos que mañana, el ensayo desgraciado de una nueva técnica de fisión del plutonio hiciera saltar los dos tercios del planeta; podéis estar seguros de que en el tercio restante, se pondrían a reconstruir los laboratorios restantes a costa de los pocos contribuyentes que hayan sobrevivido...

Su idea –puede decirse que la única idea que les queda–, es que el mundo sigue su camino como una locomotora lanzada sobre sus raíles, y en el momento en que se les pide que cambien, sea lo que sea, hablan de retroceso, de involución. Suponed que mañana –ya que estamos haciendo suposiciones, vamos a seguir ahí– las radiaciones emitidas en todos los puntos del globo por las centrales atómicas modifican su equilibrio vital y las secreciones de sus glándulas con la profundidad suficiente como para hacer de ellos unos monstruos; bueno, pues se las arreglarán estupendamente para adaptarse a su condición de monstruos, y se resignarán a nacer jorobados, retorcidos, o cubiertos de un pelo espeso como los cerdos de Bikini, y dirán una vez más que uno no se opone al progreso. La palabra progreso será la última que saldrá de sus labios en el momento en que el planeta explote hecho añicos en el espacio. Su sumisión al progreso sólo se equipara a su sumisión al estado, y tiene además el mismo carácter. El progreso les dispensa de apartarse lo más mínimo del camino seguido por todo el mundo. El estado les descarga un poco más cada día de la preocupación de disponer de su propia vida, esperando el día, ya no lejano –bueno, que ha llegado ya, en este momento en que hablo, para millones de hombres, sí, para millones de hombres– en que les dispensará de pensar. Porque la pregunta: *la libertad ¿para*

qué? es el estado moderno el que la hace a sus ciudadanos, quiero decir a sus contribuyentes, porque casi en todas partes el contribuyente ha sustituido al ciudadano. *La libertad ¿para qué?* ¿Para qué, imbéciles? Dejadme un poco de tiempo, trabajad duro, y enseguida me ocuparé de vosotros por entero, os aseguraré contra toda clase de riesgos (excepto el de la pérdida de la libertad, claro), os casaré, educaré a vuestros hijos, ¿qué más podéis pedir? La libertad, ¿para qué? Ya que soy yo el que tomaré el trabajo de pensar por vosotros, podría muy bien ser libre en lugar vuestro.

La libertad, ¿para qué? Es precisamente esa la pregunta que el mundo moderno está a punto de hacer a nuestra especie. Yo creo, en efecto, cada vez con más claridad, que este mundo es un mundo totalitario y concentracionario en formación, que cada día ejerce una presión mayor sobre el individuo libre, como el hielo que empieza a agarrarse alrededor de un barco, hasta que hacer explotar el casco.

Leía estos días de atrás el artículo de un colega lleno de talento, que oponía el capitalismo al comunismo y daba a esta oposición el sentido de una lucha entre las fuerzas de la dictadura y el espíritu de libertad. Semejante idea seduce a muchos, porque parece una idea simple, cuando posiblemente no sea más que simplista. La dictadura me parece más bien como una corrupción del capitalismo, pero ¿no estaba el capitalismo fatalmente llamado a corromperse? ¿No está conforme a la lógica de las cosas, que los millares y millares de empresas del capitalismo naciente se hubiesen visto reducidas en número poco a poco mientras que aumentaban en poder y eficacia? Así han nacido los trusts, los mismos trusts se vuelven cada vez menos numerosos, hasta el día en que el Estado se sustituya por los últimos de ellos para hacerse el trust de los trusts, el único trust, uno e indivisible. ¿No ha llegado todavía el momento de preguntarnos si todas nuestras desdichas no tienen una causa común, si esta forma de

civilización, a la que nosotros llamamos la civilización de las máquinas, no es un accidente, una clase de fenómeno patológico en la historia de la humanidad, donde no se debe decir que es la civilización de las máquinas, sino más bien la invasión de la civilización por las máquinas, cuya consecuencia más grave no es solamente el modificar profundamente el medio en el que vive el hombre, sino el hombre mismo? No nos dejemos engañar...

La amenaza que pesa sobre el mundo es la de una organización totalitaria y concentracionaria universal que hiciera, tarde o temprano, bajo un nombre u otro, ¡qué importa! del hombre libre una especie de monstruo y con reputación de peligroso por todo el colectivo entero, y cuya existencia en la sociedad futura fuese tan insólita como la presencia actual del mamut en la orilla del lago Léman. No creáis que hablando así sólo hago alusión al comunismo. El comunismo desaparecería mañana, como ha desaparecido el hitlerismo, que el mundo moderno no perseguiría por eso menos su evolución hacia un régimen de dirigismo universal al cual parecen aspirar las mismas democracias. Ningún hombre razonable puede hacerse ilusiones en este punto. El aplastamiento de las dictaduras hitleriana y fascista ha sido comparable a lo que los cirujanos llaman una operación hecha en caliente, es decir, en pleno foco de infección. Estas clases de intervenciones corren el riesgo, como sabéis, de desembocar en septicemia. Está claro que quedan por todas partes focos de infección totalitarios en el mundo. El totalitarismo ha sido derrotado gracias a sus propios métodos, por métodos totalitarios. ¡No podía ser de otra manera!

Pero, confesándolo, se condena de una vez a una civilización de libertad que se había dejado invadir tan profundamente por el mal que para salvar su vida ha tenido que cortar por lo sano en su propia carne. Me atrevo a deciros lo profundo de mi pensamiento: el estado presente de Europa,

es sin duda una terrible acusación para las dictaduras, pero no condena menos a un mundo en el que las dictaduras han jugado el papel de uno de estos abusos que drenan todos los venenos de nuestro organismo. Las dictaduras han tenido los síntomas de un mal universal, del que sufre toda la humanidad. La civilización de las máquinas ha menoscabado considerablemente en el hombre el sentido de libertad. Las disciplinas impuestas por la técnica si no han arruinado poco a poco, al menos han debilitado considerablemente los reflejos de defensa del individuo contra la colectividad. Para convencerse de ello basta con apuntar el hecho considerable y al que estamos tan acostumbrados que pasa casi desapercibido: la mayor parte de las democracias, comenzando por la nuestra, ejercen una verdadera dictadura económica. Son verdaderas dictaduras económicas. La dictadura económica sobrevive casi por todas partes a las necesidades de la guerra, por las que se la pretendía justificar. Sería difícil negar que el cuadro de la actividad económica es hoy tan vasto que es indispensable un organismo coordinador. Ciertamente nos podemos preguntar hasta qué punto el Estado debe intervenir, y está claro que ese abuso de la reglamentación desemboca, en muchos casos, en preocupaciones administrativas que exasperan a los que son objetos de ellas.

No veáis en mí un economista ni un político, soy un novelista. No haré aquí el proceso económico o político del maquinismo, querría observarlo en el hombre, como un médico observa un veneno en el mismo organismo en el que ha sido introducido. Es muy cierto aún decir que ha sido la consecuencia de esta perversión, el mal estaba en el hombre desespiritualizado poco a poco.

He leído el informe de una sesión organizada por el centro protestante de estudios, en el curso del cual el profesor Jacques Ellul trazaba un excelente cuadro del mundo moderno y de todas las empresas de la economía sobre el hom-

bre, preguntándose finalmente lo que bien puede quedar de esto.

¿Qué es lo que bien puede quedar del hombre?... El hombre, según el eminente profesor, ya no está frente a la economía, su autonomía está desapareciendo, está englobado en cuerpo y alma en la economía, es la aparición real de una nueva especie de hombre, el hombre económico, el hombre (dice admirablemente) que no tiene futuro sino cosas. Y el Sr. Jacques Ellul observaba que la Iglesia de Cristo permanecía sola para defender al hombre, su poder de invención, de sufrimiento y de exigencia, en una palabra, su libertad.

¿Qué queréis? Es imposible permanecer insensible al nacimiento de un hombre nuevo, sobre todo, cuando este fenómeno conocido todavía poco, acaba de señalarse por primera vez como una crisis de *delirium tremens* que ha asolado la tierra. ¡Oh! Lo sé muy bien, esta palabra de hombre económico crea enseguida un malentendido. Piensan a pesar suyo en un valiente tipo ahorrativo que mete su dinero sin ahorros en una talega. Pero el hombre del que hablamos no es precisamente ahorrativo; acabamos de ver la prueba. No hay más pródigo que él. Acaba de malgastar, en pocos años de orgía sangrante, riquezas inmensas, un número incalculable de vidas humanas. Y sólo pide continuar. Siempre asistimos a la lucha del hombre contra la economía que pretende dominarle. La economía quiere controlar la paz, y por eso no se consigue la paz. Con el restablecimiento de la economía, continúan sacrificando por todas partes millones y millones de vidas humanas, ancianos y niños.

El hombre económico aparece fácilmente bajo los rasgos del hombre de negocios, del hombre práctico, opuesto al idealista o al poeta. Desgraciadamente, Alemania acaba de probarnos que el hombre práctico, el hombre que no hace caso de los sentimientos, el hombre de «los negocios son los negocios», puede volverse muy fácilmente una bestia feroz.

Pasan fácilmente, muy fácilmente de una técnica a otra, y las dictaduras totalitarias han producido, producen todavía una especie de técnicos sobre los que prefiero no insistir, para no turbar esta noche vuestro sueño.

El problema que se plantea hoy, porque de su solución depende la suerte de la humanidad, no es un problema de régimen práctico o económico —democracia o dictadura, capitalismo o comunismo— es un problema de civilización. Hablan con gusto de esta civilización inhumana. ¿Qué puede ser una civilización inhumana? Una civilización inhumana es evidentemente una civilización basada en una definición falsa o incompleta del hombre. Si esta civilización es inhumana, vosotros no la haréis humana, es ella quién hará inhumano al hombre. ¿Está hecha esta civilización para el hombre, o pretende hacer al hombre para ella, a su imagen y semejanza, usurpando así, gracias a las prodigiosas fuentes de su técnica, el poder mismo de Dios? Esto es lo que importa saber.

¡Oh! sin duda que esto todavía no tiene mucha importancia para nosotros. Pero no podemos más que pensar en nosotros. Se trata de saber si la técnica dispondrá de los cuerpos y las almas de los hombres del futuro, si decidirá, por ejemplo, no sólo sobre su vida o su muerte, sino de las circunstancias de su vida, como el técnico de la cría de conejos, dispone de los conejos de su conejera.

He viajado mucho desde hace nueve años. No podríais imaginar a qué se puede llegar ya, en ciertos países de América, con esta dictadura de la técnica, particularmente en lo que concierne a la orientación profesional de los niños. La orientación profesional de los niños ¡no parece nada! Pero es, en suma, la orientación de toda su vida, de su destino social que en muchos casos se confunde con su corto destino. Los tests sobre los que se basan los técnicos americanos para promulgar sus ucases son a veces de una incoherencia y de

un absurdo tan gratuitos que tendríais dificultad en haceros una idea de ello. He tenido la ocasión de conocer un gran número de ellos gracias a mi amigo el profesor Ombredarine al que se había confiado la cátedra de psicología experimental de la universidad de Río de Janeiro. El gobierno del Sr. Getulio Vargas, ganado por el ejemplo de los Estados Unidos, le había encargado adaptar ciertos tests, utilizados en la armada americana, a las costumbres y reflejos mentales de los soldados brasileños. Este trabajo le exigía mucho esfuerzo, pero también le proporcionaba innumerables ocasiones de reírse a carcajadas.

Debo decir en honor de los yankees que el humor americano no desperdicia nunca una ocasión para divertirse a costa de esta clase de técnicos, que decidían casi sin llamamiento la futura carrera militar de los jóvenes soldados. Cuentan por todas partes una historia que ha dado desde entonces la vuelta al mundo, la historia de una recluta a la que acaban de hacer 1.271 preguntas a cual más cómica. El examinador verifica naturalmente en su cronómetro el intervalo entre la cuestión y la respuesta:

—Pregunta mil doscientos setenta y dos: Si le cortaran una oreja, ¿qué le pasaría?

—Oiría menos.

—Muy bien. Pregunta mil doscientos setenta y tres: Si le cortaran las dos orejas, ¿qué le pasaría?

—Ya no vería claramente.

Dicho esto, el examinador mira a la recluta por debajo de sus gafas:

—Veamos, ha respondido muy bien hasta ahora, es una distracción. Vuelvo a empezar. Pregunta mil doscientos setenta y tres: si le cortaran las dos orejas, ¿qué le pasaría?

—Ya no vería claramente.

—Esto pasa de castaño oscuro, ¿por qué esa respuesta idiota? ¿Por qué ya no vería usted claramente?

—Tengo un casco demasiado grande, el casco me caería sobre los ojos...

Podemos reír muy bien a costa de esta civilización de la técnica, pues todo lo que es inhumano invita a reír. Nos reíamos en Francia de los andares del ganso que para nosotros, en efecto, es de un cómico irresistible. Ha dejado de ser cómico para los que miraban desfilar a los soldados alemanes bajo el Arco del Triunfo de la Estrella.

Creo que la pintura que yo hago de la civilización de las máquinas choca a algunos de vosotros, estoy seguro que le satisface a la mayoría pero el gusto que el hombre de hoy tiene por la crítica de las máquinas, no es posiblemente un sentimiento muy noble. A los esclavos les ha gustado siempre reírse de sus amos, y los alemanes de Hitler como los italianos de Mussolini no eran los últimos en propagar pequeñas historias, desagradables para el amor propio de los dictadores... El peligro que nos amenaza no se presta en absoluto a la ironía.

Pero la idea que se hacen los mejores —al menos eso creo— se queda un poco —¿cómo decir?— abstracta. Y este peligro mismo ¡qué difícil es darle un nombre! Parece hacer responsables a las máquinas de un cierto envilecimiento de la persona humana, cuando la invasión de la civilización por las máquinas no es más que una consecuencia de esta especie de despersonalización, un síntoma análogo y de idéntica significación a cualquier otra victoria de la colectividad sobre el individuo. Pues la máquina es esencialmente el instrumento de la colectividad, el medio más eficaz que pueda ser puesto a la disposición de la colectividad para forzar al individuo refractario, o al menos tenerle en una estrecha dependencia. Cuando las máquinas distribuyen a todos la luz y el calor, por ejemplo, quien controla las máquinas es dueño del frío y el calor, del día o de la noche. Sin duda, esto os parece muy natural. Os encogéis de hombros diciéndoos que quiero

volver a la vela. No quiero, en absoluto, volver a la vela; sólo deseo demostraros que las máquinas están entre las manos del Colectivo, un arma tremenda, de un poder incalculable. La cuestión no es la de volver a la vela, sino la de defender al individuo contra un poder mil veces más eficaz y más aplastante que ninguno de los que dispusieron antaño los tiranos más famosos.

¡Oh! Os lo ruego, no os dejéis engañar por los desarrollos fáciles sobre la vela sustituida por la luz eléctrica. Una vez más, no se trata de aniquilar las máquinas y tejer nosotros mismos nuestros trajes como Gandhi, aunque hagamos mal posiblemente en tratar tan ligeramente una noticia mística bastante poderosa para remover un pueblo inmenso y suscitar tantos mártires. Es fácil ridiculizar a los que no comparten nuestra concepción de la felicidad y de la vida, aunque después de todo, y sin querer hablar mal de nadie, la de un minero americano no sea posiblemente la más humana y la más refinada. ¡Qué importa! No se trata, repito, de destruir las máquinas, sino de hacer frente a un riesgo inmenso que es la esclavitud de la humanidad, no precisamente por las máquinas, así como querrían hacérmelo creer los imbéciles, como si esperásemos ser llevados un día al campo por un pequeño robot con ruedas, como gansos —y aún así, después de todo, ¿quién sabe?... No la esclavitud de las máquinas, sino la esclavitud de la colectividad propietaria de las máquinas.

Los imbéciles pueden reír. Me he pasado toda la vida con la aprobación de los imbéciles. No niego que las máquinas no sean capaces de hacer la vida más fácil. Nada prueba que tengan que hacerla más feliz. Sin duda que si comparamos la vida de un hombre de la civilización de las máquinas a la de un hombre de la edad de piedra, el argumento es cómodo. Sólo se puede comparar un civilizado a otro civilizado. Me pregunto si un civilizado de hoy provocaría la admiración de

un civilizado de Roma, de Atenas o de Florencia. ¡Oh! Sin duda que él hombre moderno utiliza mecánicos. Pero una prueba de que la costumbre de los mecánicos no hace al hombre civilizado, es que es extremadamente fácil transformar a un valiente negro en chófer, y mucho antes de ser chófer, le enseñaréis a afeitarse con una máquina eléctrica, o a montar en bicicleta, lo que después de todo es mucho más fácil que subir a un cocotero. Pero será necesario ciertamente más de una vida de hombre, será necesario variar generaciones para hacer de sus descendientes un tipo humano comparable a cualquier ciudadano de una ciudad del Renacimiento italiano. ¡Además qué importa! Mis adversarios tienen perfectamente el derecho de plantear el problema de otra forma diferente a la mía. Les pregunto cómo pretenden conseguir vivir libres mañana en un mundo tan perfectamente mecanizado por el Estado, disponiendo de algunas palancas de mando, ¿podrá decirse totalmente dueño de toda la actividad humana? Si los imbéciles llaman así a una civilización, no puedo contradecirles. Uno da a las cosas el nombre que quiere.

Pero, históricamente al menos, una civilización ha tenido siempre una clase de compromiso entre el poder del Estado y la libertad del individuo. Los imbéciles mismos deberían comprender que el futuro de las máquinas ha roto el equilibrio. Ellos a su vez pueden tratarme de imbécil. No pueden impedirse el admitir que el problema de la civilización moderna debe plantearse de nuevo. Cuando los ancianos socialistas hablaban de la socialización de los medios de producción, no pensaban bastante en la socialización de los medios de destrucción, por la razón de que en ese tiempo, la palabra destrucción hacía pensar en fusiles y bayonetas. El Estado podía muy bien monopolizar la fabricación de fusiles y bayonetas, por cada fusil necesitaría un hombre para sostenerlo. No se puede nacionalizar fácilmente la industria de la

reproducción, a menos que se consiga meter a los chavales en botellas. El Estado disponía de fusiles, pero no era libre para disponer de los hombres. El negocio se presentará de otra manera cuando controle, por ejemplo, la fabricación de las bombas atómicas capaces de borrar literalmente de la tierra una ciudad rebelde, aún cuando fuese de dos millones de habitantes.

El problema del Estado moderno es uno de los aspectos capitales de la crisis universal. El Estado todavía se llama Estado y por consecuencia continúa beneficiándose de la consideración ligada antaño a esta palabra. Estas cuestiones de vocabulario tienen una enorme importancia. Una palabra puesta hace mucho tiempo, puede tardar siglos en perder su significado, puede sobrevivir mucho tiempo a la cosa que nombra. Una palabra es un evocador de imágenes. Cuando la de Estado llega a sus oídos, un francés por ejemplo puede representarse enseguida a San Luis bajo el roble de Vincennes, el rey Luis XIV magnífico y que envejece la víspera de la victoria de Denain declarando al mariscal de Villars tan viejo como él: «Vamos a morir juntos o a salvar el Estado», los hombres de la Convención nacional decretando el levantamiento en masa, pero lo que subiste finalmente en el espíritu es una idea abstracta. El Estado es el guardián de las leyes, la garantía de la legalidad. Existe la palabra de los ministros, la firma de los ministros, pero, bien está sin ofender a nadie... Pues bien no, no quiero decir lo que pienso sobre esto, no quiero cerrarme la carrera política, todavía tengo tiempo de hacerme ministro, yo también, antes de morir. Había la palabra de los ministros, la firma de los ministros, pero había también la palabra voz y la firma del Estado que garantizaba las primeras como la del padre de familia o del tutor garantiza la del hijo menor. No me atrevo a deciros lo que vale hoy la palabra voz y la firma del Estado en un gran número de democracias probadas por la guerra.

A medida que se acrecienta el poder del Estado, tenemos que comprobar con disgusto —un disgusto respetuoso, desde luego, pues somos ciudadanos respetuosos— que este Todopoderoso no gana en moralidad lo que gana en poder. ¡Oh! sin duda que tal advertencia no puede aplicarse todavía a ciertos Estados prósperos, pero lo sabéis, la verdadera naturaleza de un hombre se revela en la pobreza. Son pues los Estados pobres los que conviene observar para hacerse una idea de lo que se ha vuelto el Estado. El Estado moderno sólo tiene derechos, ya no reconoce los deberes, es precisamente por este hecho por el que se ha reconocido siempre a los tiranos. Les gustaría hacernos creer que el Estado nazi fue una clase de monstruo imprevisto, imprevisible, un fenómeno totalmente fortuito, una especie de cosa caída de la luna. Pero este Estado hitleriano no difería específicamente de algunos Estados modernos presuntamente democráticos, en vías de evolución hacia la forma totalitaria y concentracionaria. Democrático o no, el Estado moderno tiene económicamente todos los derechos. Cuando un Estado pretende disponer, en ciertos casos, del 83% de los ingresos del ciudadano, con la promesa, por otra parte siempre revocable, de garantizarle lo que le queda, se tiene el derecho de preguntarse dónde se pararán sus pretensiones. Quien dispone de bienes termina siempre por disponer un día de las personas. Quien coge la costumbre de robar corre el riesgo de hacerse un asesino. Y por otra parte, las dictaduras económicas ya no se llevan mal, como sabéis, con las dictaduras a secas. Los Estados policíacos vuelven a ganar poco a poco el rango y los privilegios de los Estados libres; cambian seriamente unos con otros tratados y firmas protocolarios. ¿Verdaderamente son tan diferentes de naturaleza? Esta es una pregunta que uno se hace raramente, pero no tengo miedo a hacerla, me gustaría que vosotros no os la hiciérais demasiado tarde. Pues hace ya mucho tiempo, hace muchos

años que el Estado moderno se descomponía, pero no os dísteis cuenta. Las democracias se descomponían totalmente, pero se descomponían más o menos deprisa. Se descomponían en burocracia. Hacían con la burocracia lo que un diabético hace con el azúcar a costa de su propia sustancia. Y esta burocracia, en los más aquejados, se descomponía ella misma hasta la forma más degradada de burocracia, que es la burocracia policíaca. Al término de esta evolución, del Estado sólo queda una policía, una policía para el control, la vigilancia, la explotación y el exterminio del ciudadano.

A veces me reprochan el no concluir. Pero es menos un deseo legítimo lo que expresan, que un cepo lo que tienden. Todo el mundo ha comprendido que el mundo moderno es una especie de mundo al revés, ¡qué importa! la gente espera siempre acostumbrarse a vivir cabeza abajo. Soporta muy bien que le demuestren que esta posición no es normal, pero en cuanto se le habla de enderezarse, encuentra que no se observan las reglas del juego. Con este gesto es con el que cuentan algunos adversarios de mala fe para ponerme en ridículo delante de unos pobres tipos, un número inmenso de tipos valientes que el buen Dios no ha hecho para las aventuras, que no soportan la idea de cambiar de patrón, no trasladan el aparador de su comedor más que en último extremo, y son por lo natural muy dados a desconfiar de los Reformadores. ¿Cómo queréis que no tomen por loco al señor que les dice que hay una pequeña diferencia con el mundo moderno y que está muy decidido a continuar con este trabajo hasta el final? ¿Cómo queréis que les haga comprender que tienen razón, que un pobre hombre como yo no tiene en absoluto la pretensión de desviar el curso de la historia, por la razón de que la historia no es un río, que esto no es más que una comparación verdadera y falsa a la vez, como cualquier comparación?

También podríamos decir muy bien que cada civilización

es el hábitat de un cierto número de generaciones humanas que han arreglado para su uso, y conforme a la idea que se hacían de la condición humana y de su felicidad. Cada civilización es como una colmena. Pero la prueba de que las abejas están hechas para vivir, trabajar y morir, si no siempre en la misma colmena, al menos en colmenas siempre semejantes entre ellas, es que ninguna abeja ha tenido nunca la idea de modificar nada a la estructura general de su colmena. La prueba, por el contrario, de que la civilización está hecha para el hombre, y no el hombre para la civilización, es que el hombre es capaz de amar o no amar esta obra de su espíritu y de sus manos, incluso puede llegar a despreciarla, a odiarla. Puede perfectamente hacer la cuenta de las ventajas que tira y del mal que ésta le hace. Puede muy bien imaginar una especie de civilización pervertida, monstruosa, que ya no le protegería más, en la que se encontraba poco a poco sacrificado.

Sin duda, incluso en este caso esta civilización no se borraría en un instante como un mal sueño. Necesitaría mucho tiempo, trabajo, sacrificios innumerables. Pero el genio del hombre, que la ha construido, conseguiría rectificarla, reformarla, volverla a hacer humana. Al menos, si ha visto bastante pronto el error cometido por él. Pues también podemos imaginar muy bien una experiencia perseguida desde hace mucho tiempo, por medios demasiado poderosos, y hecha así irreversible, evolucionando hasta la catástrofe final, como un navío empujado irresistiblemente hacia la costa con su tripulación horrorizada.

Estas hipótesis hacen sonreír a la gente distinguida. Sonríen por costumbre más que por convicción. La sonrisa nunca ha servido como argumento, también hay la sonrisa de calavera. He visto en América calaveras viejas de no sé cuantos milenios y tan frágiles como la caja de cristal que las contiene. Su modo de suspensión es muy ingenioso al abrigo

de toda vibración, pues se desharían enseguida en polvo. Pues bien, sonreían siempre, eran más optimistas que nunca. Incluso el más optimista de los hombres sabe ahora que una civilización puede volverse peligrosa para la humanidad. Basta que haya sido constituida y desarrollada según una definición incompleta o incluso falsa del hombre. La civilización moderna se ha basado en una definición materialista del hombre que le representa como un animal perfeccionado. Pero no quiero insistir sobre el asunto por el momento.

Los imbéciles se han imaginado siempre que un atrevido que no cree en Dios, se toma a sí mismo y toma a sus semejantes por monos, no podía ser más que un feliz barbián, con la cara florida, buen comedor, buen bebedor, mujeriego, pero después de todo, como dice Rabelais, el mejor hijo del mundo. ¿Para qué liar en este punto a los imbéciles? Me responderían que este veneno de crueldad que circula en este momento como a través de las venas de la humanidad, esta temible septicemia cuyas manifestaciones aparecen de golpe aquí y allá, en Alemania, en Rusia, bajo la forma de enormes abscesos colectores de pus, en Buchenwald, en Dachau y en otras partes, no tiene ninguna relación con la desespiritualización que acabo de denunciar. ¡Que continúen creyéndolo y se preparen a estallar! Para convencerles del mal resultado de esta clase de atrofia de la vida interior que yo llamo con el nombre bárbaro e impronunciable de desespiritualización, sería necesario que un hombre se volviese animal feroz y un verdugo en cuanto dejase de ir a misa los domingos. Pero desgraciadamente, un gran número de los que van a misa los domingos no están menos desespiritualizados que los otros, aunque lo parezcan menos. Consumen un alimento que ya no son capaces de asimilar, como esos diabéticos que comen con mucho apetito cuando no hacen más que devorar su propia sustancia.

Los verdugos de la presunta Cruzada española, por ejemplo, que he visto operar en Mallorca, sufrían la misma enfermedad que sus adversarios. Su fanatismo no era más que impotencia para no creer nada de un corazón simple y sincero. En lugar de pedir a Dios la fe que les falta, la gente de esta clase ha preferido siempre vengar en los incrédulos las angustias, cuya humilde aceptación les daría la salud, y cuando sueñan con reavivar la hoguera, es menos para echar en ellos a los impíos que con la esperanza de ir a recalentar su tibieza —esta tibieza que el Señor vomita—. ¡No! La opinión clerical que ha justificado y glorificado la farsa sangrienta del franquismo no era exaltada en absoluto. Era cobarde y servil. Comprometidos en una aventura abominable, esos obispos, esos sacerdotes, esos millones de imbéciles no habían tenido, para salir de ella, nada más que rendir homenaje a la verdad. Pero la verdad les daba más miedo que el crimen.

No me disculpo de esta aparente disgresión a propósito de los asuntos de España, cuyas abominaciones de estos últimos años han borrado casi el recuerdo. Estoy contento, por el contrario, de haber encontrado el momento para recordarlos. Soy un escritor católico. Católico tiene el sentido de universal. El juicio que intento emitir sobre la civilización moderna no me ha sido inspirado de ningún modo por el deseo de echar la responsabilidad de la espantosa miseria del mundo sobre los que no comparten mi creencia, como si pudiéramos pretendernos marcados, a ejemplo de los ancianos judíos, el pueblo elegido, marcados por algún signo físico similar a la circuncisión. No nos creemos en absoluto al abrigo de los males que denunciamos, pero nos creemos en el deber de denunciarlos. Y ya que hemos recibido más que los otros, ya que nuestra vocación, para nosotros cristianos, era la de preservar al mundo de esos males, si hemos tardado demasiado tiempo, si ya no es posible para ahora la propaga-

ción de éstos, nos parecerá perfectamente justo satisfacer la deuda de los más pobres que nosotros, y perecer los primeros.

La mayoría de vosotros estaría seguramente de acuerdo conmigo sobre lo que cree el fondo de este debate, y que para mí sólo es lo accesorio. Están de acuerdo con que esta civilización es decepcionante y peligrosa, no pueden hacerse a la idea de que sea irreformable, se tranquilizan pensando que el hombre terminará un día por interiorizarla, se dicen que una experiencia humana puede ser continuada indefinidamente. Su error está en no preguntarse nunca si la experiencia en curso no podría proseguir a pesar del hombre, gracias a los enormes medios de que dispone. Si la humanidad no hubiera consagrado bruscamente todo su esfuerzo, todos los recursos de su genio a la fabricación de máquinas, con el único fin de hacer la vida más agradable y más fácil, con riesgo de sacrificar a la técnica sus valores extremadamente preciosos –pues en fin, no ha habido ejemplos de una civilización de técnicos, que lógicamente tendría que desembocar, no solamente en la primacía de la técnica, sino en la dictadura de los técnicos– el mal no sería tan grande. Se olvida siempre, se quiere siempre olvidar que la invasión de la civilización humana por las máquinas ha sido un fenómeno inesperado. Es la especulación la que ha impuesto las máquinas. La especulación se ha encontrado de golpe en posesión de este instrumento formidable del que apenas comprendía su poder. El especulador se hace una cierta idea del hombre. Sólo ve en él un cliente que satisfacer, unas manos que ocupar, un vientre que llenar, un cerebro donde imprimir algunas imágenes favorables a la venta de productos. La especulación disponía de máquinas, gracias a las máquinas disponía del poder. Así, en un tiempo fabulosamente corto, por el solo milagro de la técnica, de todas las técnicas, comprendida la que no sólo permite controlar la opinión universal,

sino de hacerla, ha creado una civilización a imagen de un hombre prodigiosamente disminuido, empequeñecido, no hecho ya a imagen de Dios, sino a la del especulador —es decir de un hombre reducido al doble estado, igualmente miserable, de consumidor y contribuyente.

Yo siento que estas verdades repelen, primero porque parecen muy simples; efectivamente lo son, pero no por eso exigen menos, para ser comprendidas realmente, no sólo un esfuerzo de la inteligencia, sino de la imaginación sensible. Las civilizaciones de antaño eran formadas poco a poco, a través de los siglos, por el esfuerzo más o menos consciente de todos los hombres. Esta ha sido como impuesta desde fuera. Y posee medios cada vez más poderosos para mantenerse contra la voluntad misma de los hombres, pues es capaz, o será capaz mañana, de actuar sobre esta voluntad, dominarla, dirigirla a su capricho. ¿No es esto lo que hace ya por su propaganda? La inmensa mayoría de los hombres, los que se llaman, no sin razón, hombres medios, no han nacido con la capacidad de recibir muchas ideas a la vez. Antaño no acogían de éstas, por un reflejo natural de defensa, más que el pequeño número indispensable para la conservación de su vida, para el ejercicio de su trabajo. La civilización de las máquinas fuerza esta humilde defensa día y noche.

Pues bien, por este signo es por el que la civilización que acabo de intentar definir revela lo que es en realidad. No una civilización, sino una contra-civilización, una civilización no hecha para el hombre, sino que pretende servirse del hombre, hacer el hombre para ella, a su imagen y semejanza, usurpar así el poder de Dios. ¡Oh! sé que para muchos de vosotros estas imágenes no son todavía imágenes. ¡Tanto peor! Acabáis de leer en vuestros periódicos el relato increíble de las experiencias intentadas por los médicos alemanes *in anima vili,* es decir, sobre los deportados puestos así a disposición de la técnica. Si no tenéis cuidado de ello, vendrá

un día en que los métodos actuales de la propaganda parecerán ridículamente anticuados e ineficaces. La biología permitirá actuar directamente sobre los cerebros, ya no se tratará de confiscar la libertad del hombre, sino de destruir en él hasta los últimos reflejos de libertad.

¡Oh! no se trata de destruir las máquinas, se trata de levantar al hombre, es decir, devolverle, teniendo conciencia de su dignidad, la fe en la libertad de su especie. Esta civilización os parece fatal, ineluctable, la creéis más fuerte que vosotros. Os encogéis de hombros con el pensamiento de una destrucción imposible de las máquinas, de un sabotaje universal de las fábricas. No se os ha propuesto nada parecido. La invasión del mundo por las máquinas, lo repito, no es más que el síntoma de una clase de enfermedad espiritual. No se trata tanto de destruir máquinas cuanto de destruir una a una las pústulas de un enfermo aquejado de viruela. Cuando uno se hace dueño de la infección, las pústulas desaparecen por sí mismas. Es muy bonito destruir las dictaduras. Pero por destruir dos de ellas, acabáis de destruir una parte enorme del patrimonio de la humanidad. Para destruir una tercera, os arriesgáis a hacer saltar el planeta, y si el planeta se salva, es posible que los vencedores se encontrarán a su vez contaminados.

La humanidad entera está enferma. Es necesario en primer lugar y antes que nada reespiritualizar al hombre. Para una tarea como esta, ya es verdaderamente hora de movilizar deprisa, cueste lo que cueste, todas las fuerzas del Espíritu. ¡Dios quiera que esta palabra de orden parta de mi país hoy humillado! El derecho que nuestro pueblo ha merecido a lo largo de su gran historia, es posiblemente el derecho de volver a coger hoy las ideas que antaño difundió abundantemente en el mundo y que el interés, la mala fe, la ignorancia y la necedad han explotado, deformado, gastado, hasta el punto de que él mismo ya no las reconoce. Recuperarla,

como antaño se devolvían las monedas de oro y plata a la fundición.

¿Cuál era, antes de nuestras discordias civiles, en el momento en que Francia tomaba conciencia de sí misma lo más claramente o al menos lo más apasionadamente, en plena explosión del tradicional humanismo francés, nuestra concepción de libertad? Esta es la idea que tenemos que recuperar. Pues todavía la creemos capaz de reconciliar a todos los hombres.

Hay entre vosotros, espero, un gran número, un grandísimo número de excelentes cristianos. Se dirán posiblemente que después de todo es menos perjudicial para la salvación eterna el ser comido que el comer –víctimas que verdugos– no estoy seguro de hacerles comprender la espantosa solidaridad que une a algunas víctimas complacientes con su verdugo quien por otra parte les parece un hermano, pues a menudo mata también por cobardía. Esta solidaridad, si me permitís una comparación, esta solidaridad, digo, se parece bastante a la que une a una bonita mujer demasiado coqueta con todos los transeúntes a los que despierta el deseo –suponiendo que el deseo, duerma algún día...–. Sobre este asunto hay una página admirable del viejo Bloy. Pues bien, digo que la cobardía de algunos cristianos frente al mundo de mañana que fingen no ver, o reconocer, es una tentación verdaderamente demasiado peligrosa para esta clase de humanidad feroz que precisamente está formando este mundo. ¡Oh! esto no es una simple broma, ¡os lo aseguro! No es cierto que la víctima tenga derecho a ofrecer su garganta al degollador, pues la vista de la sangre vertida corre el riesgo de despertar por todas partes los animales de presa que dormitan en las conciencias. ¿Creéis que las últimas masacres hayan agotado las reservas de crueldad del mundo? Todo hace creer que por el contrario las han hecho aumentar prodigiosamente.

Chesterton hablaba antiguamente de las virtudes cristianas que se habían vuelto locas. En efecto sucede que las virtudes cristianas se vuelven locas. Pero hay la locura furiosa. También la chochez. La resignación cristiana es una virtud viril, que supone una elección razonada entre el rechazo y la aceptación de la injusticia. Por lo tanto me parece que se encuentra muy lejos de estar al alcance de todo el mundo. La mayoría de las veces encontramos en su lugar una especie de indiferencia embrutecida por la desgracia de los otros. Hace siglos la resignación cristiana iba por todas partes con la cabeza alta, los ojos encendidos, las manos prudentemente cruzadas sobre su corazón, hacia los patíbulos y las hogueras. Ahí está sentada con las manos colgadas, los ojos vagos al amor de una lumbre que no la calienta. ¡Oh! sé bien que estas verdades actuales no son del gusto de los pastores que predican esta resignación como los sacerdotes de las catacumbas predicaban el martirio. ¡Tanto peor! Cuando nos repiten, como antaño los obispos y los arzobispos de la coalición vichyssoise: «¡Resignaos!...», no somos bobos, sabemos muy bien lo que esto quiere decir: «Resignaos con tener pastores como nosotros...».

Lo que acabo de decir sobre la resignación, podría decirlo también de la esperanza. El Sr. François Mauriac que quiere destinarme a veces, muy raramente, algunos aires de su gaita elegíaca, ha presumido un día de tener de la mano la niña esperanza, de la que habla Péguy. Si es cierto que el ilustre académico lleva a esta niña de paseo desde el Rond-Point de los Campos Eliseos hasta la Academia, ¡ésta no debe divertirse mucho todos los días! Dios quiera que ella no lea sus artículos del *Fígaro.* Al contacto con la casuística (de Mauriac) creo que se arrugaría muy rápido. No hago responsable en absoluto al Sr. Mauriac de una especie de timo universal a la esperanza, de la que mi célebre compañero sería más bien víctima; reconozco con gusto que está lleno de

buenas intenciones, rebosa de buenas intenciones, no desea otra cosa que compartir todo lo que tiene. La desgracia es que no tiene casi nada más que inquietudes. Así pues ofrece, cada día en el *Fígaro,* sus inquietudes a todo el mundo. Rechazo las inquietudes del Sr. Mauriac. Rechazo el coger esta complacencia a todas las inquietudes, esta clase de deleite taciturno para la esperanza. No soy víctima de los reproches que me hace llevar, por esa actitud inflexible, la gente a la desesperación. No llevo a la gente a la desesperación, quisiera llevarles a la fuerza a una resignación en la que se sientan en el fondo muy a gusto, porque ésta les evita el tener que elegir. Es esta resignación lacrimosa, abatida, la que es la verdadera forma, la forma tórpida de la desesperación. Empujo a la gente a la desesperación de la misma manera, y por las mismas razones que un buen camarada, compasivo con sus indecisiones y sus sufrimientos, hubiese tenido que precipitar en el vacío el paracaidista Schuman, presidente del M.R.P. En el balcón del *Fígaro,* el Sr. François Mauriac parece presentar los mismos síntomas y las mismas angustias que su amigo, está en el borde, nos llama, pero ya no salta.

La esperanza es una virtud heroica. Se cree que es fácil esperar. Pero sólo esperan los que han tenido el valor de desesperar de las ilusiones y de las mentiras en las que encontraban una seguridad que tomaban falsamente por esperanza. Sé bien que me habéis encontrado duro con el Sr. Mauriac. No tengo ninguna razón de animosidad personal contra el Sr. Mauriac, y Dios que conoce el secreto de las conciencias, sabe probablemente que el autor torturado por tantos libros en los que la desesperación rebosa en cada página, como un agua fangosa en los muros de un subterráneo, con más mérito por equivocarse que yo por ver claro. Pero no puedo, incluso por amor a él, dejar confundir el optimismo y la esperanza. La esperanza es un riesgo que correr. Incluso

es el riesgo de los riesgos. La esperanza no es una complacencia hacia uno mismo. Es la más grande y difícil victoria que un hombre pueda conseguir sobre su alma.

Explicándoseme así la resignación y la esperanza, puedo volver al mundo de mañana. No os invito a resignaros con el mundo de mañana. Evidentemente esta resignación o esta esperanza pueden ayudaros hoy en el trabajo. No me respondáis que no podéis, vosotros solos, decidir el porvenir, ni impedir a las piedras el caer del cielo, o a la tierra temblar. ¡Pero perdón! ¿Y si edificásemos en un mundo organizado de tal manera que lo que construimos en él se encuentra inevitablemente destruido a medida? ¿Y si los cimientos sobre los que construimos no valiesen nada? Todos los días oís decir que Francia se esconde del esfuerzo, se niega. ¿Pero y si este viejo pueblo, cargado con tanta experiencia, posiblemente más sensible que ningún otro por razón de la diversidad de razas por las que está formado, comenzase a entender, o al menos a sentir más o menos vagamente, oscuramente, que su misión histórica de mañana será precisamente la de renunciar y negar, el primero de todos, una civilización fracasada, que no es en absoluto una etapa de la historia de los hombres, sino una desviación, un error, un camino sin salida? Así el drama francés tendría, confesémoslo, otro significado, mucho más profundo que el que un observador superficial pueda darle. Sí, los enemigos de Francia le acusan más o menos hipócritamente de no atreverse a mirar de frente al futuro. ¿Pero y si, precisamente, comenzase a ver más claramente lo que perfila en él? Si la historia, repito, dijese un día que se ha parado en el último umbral, el que una vez atravesó ya no se vuelve a pasar, en el umbral fatal de una civilización que se ha vuelto común decir que es inhumana.

Francia ha sido traicionada por sus élites y sus élites intelectuales la han traicionado todavía más que las otras, pues

han traicionado su tradición y su genio, dudando sistemáticamente una de otra. Estas la han metido en el callejón sin salida en el que el capital y la democracia, al término de su evolución lógica y natural, van a absorberse en el marxismo, en el que los trusts, después de hacer fracasar al Estado, van a perderse en este trust de trusts, este trust único y sin responsabilidad, que se llama Estado moderno, a condición de que se vea bien dar este nombre de Estado al intervencionismo totalitario, simple ejecutor despiadado de todas las fatalidades del intervencionismo económico.

Francia ha sido traicionada por sus élites intelectuales de modo que, incapaz de concebir claramente el peligro que la amenaza, que amenaza la tradición universal de la que la más alta y pura expresión histórica, debe sólo presentirlo, o mejor todavía, sentirlo por las únicas fuentes del instinto, como un rebaño siente la tormenta. Pues bien, traigo el testimonio de esto. He hablado bastante francamente de mi país desde 1940 por tener derecho a decir sobre él todo mi pensamiento. Tengo fe, creo ardientemente que el mundo un día le hará justicia. Nuestro pueblo, la masa de nuestro pueblo ya no cree más en la contracivilización que disipa a medida todo el esfuerzo humano, lo engulle con catástrofes desmedidas. Por más que quieren los técnicos persuadirle de aportar sus bienes y su trabajo a esta civilización, no le deja tomar más que lo que no puede defender. Digo nuestro pueblo, la masa de nuestro pueblo, son esos miles de hombres que se abstienen, o votan a programas o partidos, no por cariño a esos programas o a esos partidos, sino porque esos programas o esos partidos les parecen precisamente bastante mediocres para no hacerles correr peligros inmediatos. Cuando se prevé que la carretera va a terminar bruscamente por encima de las paredes a pico de un precipicio, uno no piensa en subirse a un automóvil último modelo capaz de superar los cincuenta kilómetros por hora. Si es pre-

ciso, se preferiría una carretilla. Así me explico el éxito del M.R.P. En carretilla y con los acentos quejumbrosos de la gaita del Sr. François Mauriac, uno se dice —falsamente por otra parte— que todavía se tiene tiempo delante de uno, que todavía habrá tiempo para reflexionar antes de morir.

Cuando hablo así, los intelectuales marxistas me tratan —tímidamente por lo demás, pues en fin he escrito El Gran Miedo de los Bien pensantes y Los Grandes Cementerios bajo la luna— de reaccionario. Pero son ellos los que lo son. Persiguen, pretenden perseguir hasta el final, aún cuando fuese reduciendo el mundo a servidumbre, aún cuando fuese haciendo del mundo un presidio económico, una vieja experiencia de ciento cincuenta años. El error del liberalismo estaba en creer que la mecánica marcharía sola. El comunismo no cambia de mecánica, la hace girar a la fuerza; la hará girar a la fuerza, moler millones de hombres. Como los intelectuales liberales del siglo XIX, los intelectuales marxistas pretenden realizar un paraíso terrestre mecánico. Un paraíso terrestre mecánico es para mí tan irrealizable e inconveniente como un hombre mecánico. ¡Que por eso no quede! Por no abandonar su idea del paraíso mecánico, encontraron más simple construir el hombre mecánico, el robot. ¿Por qué esa gente viene a hablarnos de los horrorosos sacrificios de hombres hechos antaño por las ideologías del liberalismo económico a lo que llamaban el progreso? Por haber sido vuelto a coger por los marxistas, no por eso el mito del progreso se ha vuelto menos carnicero, menos ávido de carne humana. En veinte años la experiencia soviética y sólo en Rusia, el progreso según Marx ha devorado ya a más hombres que el progreso según Bentham en cien años, y por otra parte los dos monstruos no son más que uno.

Me da vergüenza decir que soy uno de los raros católicos que oso hablar así públicamente. Todo el mundo, y los cató-

licos también, sabe perfectamente que la experiencia que se persigue a través de la angustia y del terror de las naciones, y a la que la bomba atómica acaba de dar un nombre y un símbolo, todo el mundo, digo, sabe que esta experiencia es irreversible, que la humanidad se juega el todo por el todo, su libertad, su horror, su misma vida por una hipótesis de Karl Marx. Todo el mundo sabe que esta experiencia única y decisiva se inspira en una cierta concepción del hombre absolutamente opuesta a la del hombre cristiano, ya que no tiene en cuenta el pecado original. Porque creemos en el pecado original, se nos acusa de desesperar del hombre. Pero no es la parte degradada del hombre lo que hace imposible la organización de un paraíso mecánico, es más bien lo que tiene de libre, es decir, lo que tiene de divino. El marxismo niega o desprecia lo divino que hay en el hombre.

Para mantener y preservar lo que el hombre tiene de divino, hacemos los sacrificios que hagan falta. ¿Para qué hablar juntos de justicia, como si la palabra justicia significase para todos lo mismo? La justicia según el hombre marxista, esclavo de las fatalidades económicas, no puede ser la misma que la del hombre divinizado. El problema de la pobreza no se plantea de la misma manera para unos que para otros. Es natural que un marxista no vea en la pobreza más que una tara social de la que sólo importa acabar con ella, de la misma manera, por ejemplo, que con la sífilis y la prostitución. Pero no podemos dejar degradarse así en las conciencias la idea de pobreza. ¡Oh! sin duda, hablando como lo hago, tenemos pocas posibilidades de hacer una brillante carrera electoral, nos arriesgamos a recibir, uno de estos días, una bala en la nuca. Pero es cierto que hay un escándalo del Evangelio. La verdad del Evangelio es escandalosa. Esta ha puesto al mismo Cristo en la cruz. No podemos esperar razonablemente que nos haga merecer la cruz de la Legión de honor...

A pesar de todo los pecadores de optimismo, entre los que me da vergüenza contar tantos católicos guerrilleros de lo que llaman el mal menor, tenemos derecho a preguntarnos si tenemos que dudar de nosotros mismos, o dudar de una civilización de técnicos, cuyos técnicos reunidos en conferencias y congresos tienen que confesar cada día que han perdido el control, pues basta con abrir los periódicos para persuadirse de que nunca se ponen de acuerdo en nada. Se proclama en América y en otras partes que Europa está decaída. Es porque se deja decaer. Hay millones de hombres que sufren por el rebajamiento de Europa, que se sienten humillados en ella, pero que no han dejado de creer en ella. Dicen que aún no se ha dicho la última palabra, que la historia del continente más ilustre del universo no puede acabarse en este caos. Europa está asolada por la lepra totalitaria. Se preguntan si esta lepra que asola Europa es una enfermedad de los europeos, si su terrible gravedad no viene precisamente de que el microbio es nuevo para nosotros, como lo era el de la tuberculosis para los indígenas de Tahití. Comprendemos cada vez más claramente que la contra-civilización, esta civilización de masa, no puede proseguir su evolución hacia una servidumbre universal sin terminar de liquidar en primer lugar a Europa. ¿La dejaremos que liquide a Europa, o tendremos el valor de liquidarla? ¿Dejaremos la solicitud de organizar la paz de los hombres a un sistema que, haciendo del hombre una máquina, no puede darle más que la paz de las máquinas?

Los que piensan que los cristianos conseguirán tarde o temprano adaptarse al mundo moderno no tienen en cuenta un hecho abrumador para el espíritu: el mundo moderno es esencialmente un mundo sin libertad. No hay sitio para la libertad en la gigantesca fábrica mecánica que debería ser ajustada como un reloj. Para convencerse de ello, basta con tener en cuenta la experiencia de la guerra. La libertad es un

lujo que no puede permitirse una colectividad cuando ésta se propone comprometer todos sus recursos con vistas a un rendimiento máximo. Una colectividad libre, en el mundo moderno, está en condiciones de inferioridad con respecto a otra, y esta *inferioridad es tanto más grave cuanto más libre* es la colectividad. Suponed que en lugar de producir un número pasmante de máquinas, el mundo moderno se dedica a obras de arte desinteresadamente, acondiciona ciudades armiosas, construye palacios y catedrales, sería, por el contrario, indispensable para él el formar un tipo de hombre libre... El mundo moderno no reconoce otra regla que la eficacia. Por eso las mismas democracias han tomado su material humano de la red de un régimen tributario despiadado. En nombre de este régimen tributario les vemos reforzar hipócritamente cada día el poder del Estado. Los dictadores hacían que les ofreciesen la libertad de los ciudadanos, o si era preciso, la tomaban por la fuerza. La actitud de las democracias haría pensar más bien en la del usurero judío que en la antigua Rusia, siendo también tabernero, hacía afirmar a los monjik, con cada borrachera, un pequeño resguardo de deuda, con intereses. Un buen día, el monjik se dio cuenta de que su tierra, sus animales, su casa, e incluso la zamarra de piel de cordero que tenía sobre su espalda pertenecía a su benefactor. El equivalente de la borrachera, para el ciudadano de las democracias, es la guerra. Por cada guerra por la libertad, no cobran un 25% de las libertades que subsisten. Cuando las democracias hayan hecho triunfar decididamente la libertad en el mundo, me pregunto lo que quedará para nosotros...

La civilización de las máquinas no puede concebirse sin un material humano siempre disponible. El problema de la justicia social está íntimamente unido al de la constitución de un material humano; por eso las democracias, como las dictaduras, se interesan tanto por ella. Un material humano

debe estar convenientemente cuidado como cualquier material, pero la libertad, lejos de favorecer su rendimiento, no haría más que disminuirle en cantidad como en calidad.

La libertad ¿para qué? ¿Para qué puede servir en el mundo de las máquinas? Más aún, sólo puede volverse cada vez más peligrosa en él. A medida que las máquinas se multiplican y hacen crecer desmesuradamente su poder, el menor sabotaje puede tener consecuencias incalculables. El día en que un nuevo milagro de la técnica haya permitido a cualquier físico fabricar en su laboratorio algo de material fácil de desintegrar, poniendo así la destrucción de una ciudad entera a merced del primero que llegue, pienso que los efectivos de la gendarmería comprenderán a los nueve décimos de la población, y que un ciudadano ya no pueda atravesar la calle de una acera a la otra sin despojarse dos veces de sus pantalones delante de un policía deseoso de asegurarse de que no guarda ningún miligramo de la preciosa materia.

¡Oh! Lo sé, eso ahora es motivo de risa. Ese mundo extraño parece lejano. Es decir, que tendréis tiempo de verle venir. Ha llegado. Está con vosotros. Se forma en vosotros. ¡Qué diferentes sois ya de los que os precedieron al correr de los años! ¡Cómo os parece ya menos preciosa la libertad! ¡Qué fácilmente soportáis, qué bien sufrís! Pero desgraciadamente, vuestros hijos serán capaces de soportar más, de sufrir más. Pues vosotros ya habéis perdido vuestra libertad más preciosa, o al menos sólo conserváis de ella una parte cada día más reducida. Vuestro pensamiento ya no es libre. Día y noche, casi sin daros cuenta, la propaganda, bajo todas sus formas, la trata como un modelador, el bloque de cera que amasa entre sus dedos...

La descristianización de Europa se ha hecho poco a poco. Europa se ha descristianizado como un organismo se desvitaminiza. Un hombre que se desvitaminiza puede guardar por mucho tiempo las apariencias de una salud normal. Des-

pués, de repente, manifiesta los síntomas más graves, los más impresionantes. En este momento, no basta con darle lo que le falta para curarle al mismo tiempo. Ciertas formas de anemia espiritual parecen tan graves como la anemia profunda que, a pesar de todos los cuidados, terminaba por llevar meses después de su liberación, a los deportados de Buchenwald de Dachau.

Si me preguntan cuál es el síntoma más general de esta anemia espiritual, respondería ciertamente: la indiferencia ante la verdad y la mentira. Hoy, la propaganda prueba lo que quiere y se acepta más o menos pasivamente lo que propone. ¡Oh! sin duda, esta indiferencia oculta más bien una fatiga, y como un hastío de la facultad de juicio. Pero la facultad de juicio no puede ejercerse sin un cierto compromiso interior. Quien juzga se compromete. El hombre moderno ya no se compromete, porque ya no tiene nada que comprometer. Llamado a decidirse por la verdad o la falsedad, el mal o el bien, el hombre cristiano comprometía al mismo tiempo su alma, es decir, arriesgaba la salud. La creencia metafísica era en él una fuente inagotable de energía. El hombre moderno es capaz todavía de juzgar, ya que todavía es capaz de razonar. Pero su facultad de juzgar no funciona mucho más que un motor no alimentado. No falta ninguna pieza del motor. Pero no hay gasolina en el depósito.

A mucha gente, esta indiferencia hacia la verdad y la mentira le parece más cómico que trágico. Yo, la encuentro trágica. Esta implica una honorosa disponibilidad no solamente de espíritu, sino de la persona entera, e incluso de la persona física. Quien se abre indiferentemente a la verdad como a la falsedad está maduro para cualquier cualquier tiranía. La pasión por la verdad va a la par con la pasión por la libertad. No en vano siempre se ha mirado a la libertad de pensamiento como la más preciosa, la que depende de lás demás.

No hablo aquí solamente de la libertad de expresar su pensamiento. Millones y millones de hombres en el mundo, desde hace veinte años, no se han dejado solamente arrancar por la fuerza la libertad de pensamiento, lo han hecho, lo harán otra vez, como en Rusia, el abandono voluntario, consideran este sacrificio como loable. O más bien, esto no es un sacrificio para ellos, es una costumbre que simplifica la vida. Y, en efecto, la simplifica terriblemente. Simplifica al hombre terriblemente. Los asesinos de los regímenes totalitarios se reclutan de entre estos hombres terriblemente simplificados.

Pero la libertad de pensamiento ¿no existe todavía en las democracias? Está inscrita en sus programas. Pero sería preciso estar loco para no ver que el ciudadano de las democracias lo usa cada vez menos. Considerad, por ejemplo, en Francia, el régimen actual de partidos. Gracias a esta organización de trusts electorales muy limitados en número, el ciudadano de las democracias se acostumbra a pensar no ya individualmente, sino colectivamente. Mejor dicho, su partido piensa por él, esperando que el Estado nacionalice esta industria como las otras y termine por pensar por todo el mundo. Una vez más, pensar significa aquí para mí juzgar. El partido juzga en lugar de cada uno de los miembros del partido. Es el partido el que decide, por ejemplo, las injusticias que tienen que indignar y las que deben de dejar indiferente, las conciencias no se sublevan nada más que por de encargo, contra gente que ejecuta atrozmente mujeres y niños. Esto es desgraciadamente verdadero, tanto para los cristianos como para los otros. Los demócrata-cristianos ayer se indignaban todavía contra ciertos excesos, verdaderos o falsos, cometidos en Indochina por los soldados de la armada Leclerc, pero los cometidos todos los días en Europa central y en Polonia no parecen conmover su sensibilidad. O más aún no pierden ninguna ocasión para condenar, con un

retraso de cien años, a los miserables que justificaban, en 1840, en nombre de las leyes económicas, la miseria que diezmaba la clase obrera, pero aceptan, sin gran protesta, en nombre de las mismas leyes, el aniquilamiento progresivo por el frío y el hambre de la pequeña burguesía, pequeños funcionarios retirados, pequeños rentistas despojados vergonzosamente por el Estado de sus pensiones y de sus rentas. Hace un siglo, se proclamaban el Derecho divino de la burguesía, en nombre del Orden. Hoy se proclama el Derecho divino del proletariado, en nombre de la justicia social. La propaganda es la causa de todo. Por la propaganda es por la que se forma el hombre totalitario. La formación del hombre totalitario precede a la formación del régimen totalitario. Evidentemente que la especie de ciudadano de la que acabo de hablar es más cómoda de manejar que otras, y las democracias encuentran que es ese un material humano que facilita grandemente sus experiencias más absurdas de dirigismo, por no decir las más desesperadas. Las democracias, a golpe de reglamentos contradictorios, están creando muy lentamente un tipo de hombre perfectamente adaptado con anticipación a las dictaduras.

Un cristiano no puede desesperar del hombre... ¿Es lo que espero? Una movilización general y universal de todas las fuerzas del espíritu, con el fin de dar al hombre la conciencia de su dignidad. Con este punto de vista, la Iglesia juega un papel inmenso. Lo jugará tarde o temprano, se verá forzada a jugarlo. Pues la Iglesia católica ya ha condenado al mundo moderno, en un tiempo en el que era difícil comprender las razones de una condena que ahora justifican los hechos todos los días. El famoso *Syllabus,* por ejemplo, del que los cristianos demócratas de hoy son demasiado cobardes para atreverse a hablar jamás, ha pasado en su tiempo por una especie de manifestación puramente reaccionaria. Hoy aparece como profética. La tiranía no está detrás de no-

sotros, sino delante, y necesitamos hacerla frente, ahora o nunca. La humanidad entera está enferma. Es necesario curar a la humanidad. Lo primero y antes que nada, hay que reespiritualizar al hombre.

REVOLUCION Y LIBERTAD

Estoy dispuesto a hablaros más que nada de revolución.
De la democracia ya os hablaré otro día, por ejemplo, el martes de carnaval... O, más bien, por respeto a las tradiciones religiosas del Sr. Schuman y a las penitencias que nos esperan (la cuaresma universal), el miércoles de ceniza.
Las cenizas no faltan en el mundo. El miércoles de ceniza podía ser un día festivo en el mundo entero.

La Sorbona, 7 de febrero de 1947

La palabra «revolución» no es aún, para nosotros los franceses, una palabra de vocabulario técnico, una palabra de técnico. Nosotros creemos que la revolución es una ruptura. La revolución es un absoluto. La que esperamos se hará contra el sistema entero o no se hará. Digo sistema para no decir civilización. Cada día se ve más claro, en efecto, que el sistema que se nos ofrece (o, más bien, en el cual somos poco a poco absorbidos) no es una civilización, sino una organización totalitaria y concentracionaria del mundo, que ha cogido a la civilización humana como por sorpresa, aprovechando la mayor crisis espiritual que la historia haya conocido jamás. En su doble aspecto material y espiritual, esa crisis puede definirse así: la desespiritualización del hombre ha coincidido con la invasión de la civilización por la maquinaria, y la invasión de la maquinaria ha cogido por sorpresa a

una Europa descristianizada, a una Europa desespiritualizada, capaz de sacrificar, casi sin lucha, a la inteligencia práctica y a su brutal eficacia, a la inteligencia práctica monstruosamente hipertrofiada, todas las formas superiores de la actividad del espíritu.

Digo que esta organización ha sido totalitaria y concentracionaria desde el principio, incluso cuando se ponía la máscara de la libertad y usurpaba su nombre porque el liberalismo esclavizaba el hombre a la economía, para que el estado —la especie de parásito al que se sigue dando ese nombre— pudiese apoderarse a la vez, cuando llegara el momento, del hombre y de la economía. El capitalismo de los *trusts* preparaba así el camino al *trust* de los *trusts,* al *trust* supremo, único: al estado técnico divinizado, al dios de un universo sin Dios, como ya escribía en 1930 en ese *Grand Peur des bien-pensants* cuyo último acto se representó en Vichy.

El liberalismo ha preparado, pues, el camino al marxismo. Los grandes técnicos liberales, que sacrificaban tan friamente millones de vidas humanas a la técnica liberal, sacrificarían igual de friamente hoy otros millones de vidas a una técnica diferente, pero en nombre del mismo mito. Sí, yo creo firmemente que los técnicos liberales de 1830 serían hoy técnicos marxistas, y que para eso no necesitarían más que una modificación de vocabulario. Podrían seguir manteniendo la misma concepción del hombre: el hombre animal, en vías de evolución progresiva. Planteo así el problema como debe plantearlo un novelista: me río de las técnicas, lo que veo es el hombre. Veo perfectamente, por ejemplo, al proletario de 1830; no tengo que ir a buscarlo a las estadísticas. Nadie me hará creer que ese proletario ha sufrido la terrible dictadura de la ley de la oferta y demanda simplemente por ignorancia o por cobardía. El hombre de 1830 no era más cobarde que el siervo del siglo XII, a quien los inelectualuchos quisieran pintarnos con gorra en la

mano, presentándole al señor su mujer y su hija, y apretando las nalgas (¡caramba! poneos en su lugar...) ante la idea de que pudiese rechazárselas, de que pudiera ser obligado él mismo.

Cuando el obrero de 1830 se resignaba a reventar de hambre, es porque se le había metido en la cabeza que reventaba en aras del progreso. Reventaba por el progreso mecánico, por el paraíso mecánico. En el nombre de ese mismo paraíso, el progreso está hoy dispuesto a hacer reventar a otros. Puede que no sea el mismo instrumento el que se toca, pero sigue siendo la misma canción.

No he venido aquí a enseñar absolutamente nada. No me dirijo a las élites. Estoy de las élites hasta más arriba de la coronilla. O, mejor, digamos: me dirijo a las élites, pero es en calidad de modesto intéprete de millones de hombres del montón a los que conozco perfectamente bien, porque soy uno de ellos. Soy uno de ellos, no me haréis decir lo contrario, soy uno de esos hombres ordinarios. Pero, eso sí, pertenezco a una especie de hombres ordinarios cada día más rara; soy un hombre ordinario que ha permanecido libre, soy un hombre ordinario al que la propaganda no ha conseguido todavía enseñar a saltar por dentro de todos los aros que se le ponen delante. Al hombre ordinario le da miedo el técnico; el hombre medio, delante de un técnico, está como el perro puesto a dos patas delante del domador. Pero yo no estoy a dos patas, estoy simplemente de pie. ¡Soy un hombre de pie! No pretendo hablar en nombre de los votantes. Los votantes están a dos patas para el circo. ¡Claro, hay varios circos! El circo más grande de Francia ayer tenía un nombre, hoy tiene otro. ¡Qué más da! Los votantes están a dos patas para el circo. Pero, después de todo, hay un hombre dentro de cada votante, ¿no os parece? Pues bien, os hablo en nombre de ese hombre, al menos, de lo que habéis dejado de él.

Conozco a los hombres mucho mejor que los técnicos, porque un domador no conoce más que dos cosas en el animal que doma: su miedo y su hambre. Conozco a los hombres mucho mejor que ellos. Les he hecho vivir en mis libros, y si los técnicos, tan seguros de sí mismos, tratasen de hacer otro tanto, la mayoría de ellos no producirían más que estupideces.

¡Oh! No digo que los técnicos sólo sepan servirse de los hombres. Algunos de ellos hasta creen amarles, pero lo que hacen es amarse a sí mismos en ellos, es amar la idea a la que están siempre dispuestos a sacrificarles. Estáis ante el hombre con vuestras técnicas y vuestras estadísticas, vuestros tests y todos los instrumentos psicológicos de medida igual que otra clase de técnicos ante un poema de Baudelaire. Y cuando han terminado su trabajo —¡pobres necios!— viene un adolescente de quince años, al que acaban de cargar en el instituto, pero que ha recibido del cielo el don divino de la poesía. Abre los ojos, mira, y en un segundo el poema divino desmenuzado por los pedantes, reajusta milagrosamente sus fragmentos dispersos y se pone a cantar a su amigo.

¡Ay! pienso en esa palabra de Cristo, tan misteriosa, tan punzante: «En aquel tiempo, ¿tendré aún amigos entre vosotros?» ¡Sin duda, no está lejos el día en que la humanidad, convertida en el objeto pasivo de todas las experiencias de laboratorio, como un animal manso entre las manos de los vivisectores, tendrá cada vez más salvadores con las manos rojas, y ni un solo amigo!

La humanidad ha sido víctima hasta hoy de muchas experiencias, pero esas experiencias empíricas estaban hechas al buen tuntún, se contradecían unas a otras a cada paso. Es la primera vez que la humanidad entra en un laboratorio admirablemente equipado, provisto de todos los recursos de la técnica, del que puede salir mutilada para siempre. Si eso su-

cede, los cirujanos se secarán las manos en su bata escarlata, y el asunto será definitivamente liquidado. Tengo perfecto derecho a mirar a ese laboratorio cara a cara. Los cirujanos se dicen seguros de sí mismos. Pero ¿están seguros acaso de lo que tienen entre manos, extendido ante sus ojos en la mesa de operaciones? ¿Y si el hombre no fuese lo que ellos creen? ¿Y si su definición del hombre se mostrase un día falsa o incompleta? Le consideran, por ejemplo, un animal industrioso sometido al determinismo de las cosas y, sin embargo, indefinidamente perfectible. Pero, ¿y si el hombre estuviese realmente creado a imagen de Dios? Con que haya en él una proporción cualquiera, por muy pequeña que se la imagine, de libertad, ¿a dónde llevarían sus experimentos, sino a la mutilación de un órgano esencial? ¿Y si existiera en el hombre ese principio de autodeterminación, ese odio misterioso de sí mismo que llamamos pecado original, y que los mismos técnicos no han dejado de notar porque explica todas las horribles decepciones de la historia? Es verdad que ellos lo cargan a la cuenta, no del hombre, sino de la mala organización del mundo. ¿Y si se equivocan? ¿Y si la injusticia estuviese en el hombre, y todas las violencias no hiciesen más que aumentar su virulencia? ¿Y si el hombre no pudiese realizarse más que en Dios? ¿Y si la operación delicada de amputarle de su parte divina —o al menos de atrofiarla sistemáticamente hasta que caiga, seca como un órgano por el que la sangre ya no circula— terminase por hacer de él una bestia feroz? ¿O, peor aún, un anormal, un perturbado?

Porque quizá el maquinismo no es sólo un error económico y social. Tal vez es también un vicio del hombre, comparable al de la heroína o la morfina, como si los dos —o los tres— no hiciesen más que delatar un mismo fallo nervioso, una doble tara de la imaginación y de la voluntad. Lo verdaderamente anormal en el toxicómano no es que use un veneno: es que haya sentido la necesidad de usarlo, de practi-

car esa forma perversa de evasión, de huir de su propia personalidad, como un ladrón se escapa del piso que acaba de asaltar. Ninguna cura de desintoxicación podría curar a ese desgraciado de su mentira, reconciliarle consigo mismo. ¡Ya! Ya sé que esta comparación le parecerá ridícula a un montón de gente. Sin embargo, no tengo en absoluto la intención de condenar a las máquinas. Si el mundo corre el peligro de morir a manos de su maquinaria, como el toxicómano a las de su veneno favorito, se debe a que el hombre moderno espera de las máquinas, sin atreverse a decirlo, o tal vez ni siquiera a confesárselo a sí mismo, no que le ayuden a afrontar la vida, sino a esquivarla, a evitarla, como se evita un obstáculo demasiado rudo. Los yankees querían hacernos creer hace veinte años que el maquinismo era el síntoma de un impulso excesivo de vitalidad. Si hubiera sido así, la crisis del mundo estaría resuelta, mientras que no cesa de extenderse, de agravarse, de asumir un carácter cada vez más anormal. Lejos de mostrar una vitalidad excesiva, el hombre del maquinismo, a pesar de los inmensos progresos de la medicina preventiva y curativa, se parece cada vez más a un neurópata, pasando sucesivamente de la agitación a la depresión, bajo la doble amenaza de la locura y de la impotencia. La técnica operará tal vez mañana en un ser incapaz de defenderse. Eso es lo que quiero decir.

La especie de civilización que todavía recibe ese nombre —cuando ninguna barbarie lo ha hecho tan bien como ella, ni ha ido tan lejos en la destrucción— no se contenta con amenazar las obras del hombre: amenaza al hombre mismo; es capaz de modificar profundamente su naturaleza, y no a base de añadir, sino de amputar. Convertida ya en más o menos dueña de nuestros cerebros por su propaganda colosal, es perfectamente capaz de proporcionarse, muy pronto tal vez, un material humano hecho a su medida, apropiado a sus necesidades. Si sois lo suficientemente ingenuos como

para creer que las experiencias monstruosas de los sabios alemanes no van a repetirse algún día, aquí o en cualquier otra parte del mundo; si pensáis que no pertenecen al corazón de esta civilización técnica, no tengo más que recoger mis papeles y pediros permiso para retirarme. ¡Allá vosotros si queréis entrar en el laboratorio, y confiaros a semejantes manos!

Jóvenes que me escucháis, si contáis con los hombres de mi edad para que os ayuden a franquear ese umbral irreversible, os estáis preparando a vosotros mismos unas decepciones terriblemente crueles. Hoy os invitan a volver al trabajo como si la humanidad volviese de las vacaciones, en lugar de salir diezmada de la catástrofe más grande de la historia, de todas las historias. No quieren más que verdades tranquilizadoras. Pero la verdad no tranquiliza: compromete.

Lo que yo tengo que decir no es ciertamente tranquilizador. En el fondo de mi corazón, sin embargo, creo que es precisamente lo que un hombre de mi país debe decir, si quiere de verdad «hablar francés». He dicho siempre la verdad a mi país. Hasta en las horas más negras, más desesperadas, jamás he pretendido justificarle por medio de mentiras. Sé que en 1940 hemos decepcionado cruelmente a quienes creían en nosotros. Y tal vez les seguimos decepcionando ahora. Pero las generaciones responsables desaparecerán pronto de la tierra, y yo con ellas. No me queda más que el derecho a pensar que hubiese podido desaparecer en mejor compañía. ¡Y qué! Se nace y se muere, no con quien se quiere, sino con quien se puede. Las generaciones de franceses a las que pertenezco llevarán ante la historia la responsabilidad de una inmensa derrota civil y militar, en la que se han sepultado los prestigios y los instrumentos de nuestro poder. Pero a este país le quedan las reservas, acumuladas desde hace siglos, da un inmenso prestigio espiritual, y yo os anuncio con una seguridad tranquila que, más tarde o más

temprano, los pondremos en juego en una lucha que está cercana, no por la conquista del mundo y de sus mercados, sino por su salvación.

Lo menos que puede decirse de la civilización actual es que no encaja en absoluto con las tradiciones y el genio de nuestro pueblo. Al tratar de ajustarse para vivir en ella, es muchísimo, es una inmensidad lo que ese pueblo ha perdido. Corre el riesgo de perderlo todo en este esfuerzo contra sí mismo, contra su historia. La civilización totalitaria y concentracionaria le ha debilitado progresivamente; amenaza con degradarle; pero no le impondrá el tener que renegarse a sí mismo.

A la hora en que la civilización de las máquinas —que se puede muy bien llamar, sin ofender a nadie, «anglo-americana», porque si es verdad que América ha producido su expresión más acabada, donde nació fue en Inglaterra, con las primeras máquinas de tejer el algodón—; a la hora en que esta civilización comenzaba la conquista del mundo, Francia lanzaba el último mensaje que el mundo haya recibido de ella: esa *Declaración de los derechos* que era un grito de fe en el hombre, en la fraternidad del hombre para con el hombre, y que hubiese podido ser igualmente el grito de maldición para una civilización que iba a intentar someter el hombre a las cosas. La historia dirá un día que Francia ha sido conquistada por la civilización de las máquinas —esta civilización capitalista predestinada desde su nacimiento a convertirse en la civilización totalitaria—, exactamente igual que un pueblo es conquistado por otro pueblo. El mundo, o al menos una parte del mundo, ha sido conquistado también por ella, tomado por la fuerza. La conquista del mundo por la monstruosa alianza de la especulación y de la máquina aparecerá un día como un acontecimiento comparable, no sólo a las invasiones del Gengis Khan o de Tamerlan, sino a las gran-

des invasiones de la prehistoria, tan mal conocidas aún.

Es ésta una idea que quisiera imprimir en vuestras mentes antes que nada. Observad, en primer lugar, que todas las civilizaciones del mundo se han heredado unas a otras, se han pasado la antorcha. Las que pretenden haber nacido en el mismo suelo en que se han desarrollado, pueden siempre ponerse en relación con las demás por analogías y concordancias profundas. Incluso la de los mayas en América del Sur puede recordar a las de las orillas del Eufrates y del Ganges. Mientras que, si la invasión de la civilización humana por las máquinas crease verdaderamente una civilización del tipo ordinario, se podría decir que no tiene relación directa con ninguna otra. Sería la primera civilización materialista, la primera civilización de la materia. Ha aparecido en un mundo que no la había preparado ni deseado, que se había preparado incluso para otra distinta.

¡Una organización totalitaria y concentracionaria universal! Os imagináis lo que habrían pensado de esa pesadilla Montaigne, Pascal, o Jean-Jacques Rousseau. La civilización de las máquinas es un acontecimiento que se podría calificar de imprevisto, casi fortuito, y cuando hablo de invasión, creo que sé de lo que estoy hablando. Ya he dicho que esta civilización ha salido de Inglaterra. La invasión de la civilización por las máquinas ha coincidido exactamente con la fundación del imperio inglés. Quiero mucho a los ingleses, y hasta les he escrito una carta a la que, por lo demás, no han respondido nunca; pero eso no es una razón para no decirles lo que pienso. El genio de la especulación ha nacido en Inglaterra. Por supuesto que siempre ha habido entre nosotros especuladores, de esos a los que Grecia llamaba ya «hombres de dinero» («siempre tendréis a los pobres con vosotros», dice el Evangelio, y es lo mismo). Es posible que esas personas hayan pensado siempre más o menos en convertirse un día en los dueños del mundo, pero se desconfiaba

de ellos, se sospechaba de ellos. Recordad lo que la Edad Media pensaba del usurero y de la usura... En la antigua monarquía, casi todos los grandes adinerados, desde Jacques Coeur a Fouquet, han terminado mal. Pero tal vez esas personas aguardaban su hora. Bueno, la esperasen o no, su hora ha llegado. La invención de las máquinas les ha dado de golpe, bruscamente, el instrumento que les faltaba. Las máquinas no tienen la menor responsabilidad en el asunto, eso está claro. No pretendo mandar a las máquinas de Nürenberg, los costos del proceso serían demasiado altos. Las máquinas no se han multiplicado según las necesidades del hombre, sino según las de la especulación, ese es el punto clave. No se puede confundir una empresa honesta de agencia matrimonial con una organización de prostitución. La ciencia ha puesto las máquinas, la especulación las ha prostituido, y le pide cada día más a la ciencia en vistas a un proyecto que quiere extender a toda la tierra. Finalmente, el estado moderno se ha hecho cargo de todo el asunto. Uno podría imaginarse —que eso no cuesta— unos gobiernos prósperos, unos príncipes amigos de las ciencias (como tantos otros lo fueron de las artes y de las letras), alentando a los ingenieros a construir maquinaria. La maquinaria hubiese seguido siendo un medio, no un fin. No habría desquiciado la vida humana, ni habría confiscado casi toda la energía humana, más bien habría facilitado y embellecido la vida, sin usurpar el terreno de las demás artes. Ella misma habría sido un arte. Pero, lo repito, la especulación universal ha visto inmediatamente en las máquinas el instrumento de su poderío. No ha habido esta lenta evolución de una civilización antigua hacia otra forma de civilización, sino una especie de golpe de fuerza. Los especuladores se han encontrado en la situación de un hombre armado frente a una tropa desarmada. Repito que la civilización de las máquinas, a sus comienzos, haría pensar más bien en una especie de *gang*. Se ha

organizado primero para explotar y sacar tajada del mundo, después ha organizado el mundo a su propia imagen, poco a poco. Hoy sigue conquistándolo. Se olvida con demasiada facilidad que aún no la ha conquistado del todo.

Sí, quisiera ayudaros a revisar un cierto número de ideas convencionales. Hay millones y millones de hombres, continentes enteros, que no se abren tan voluntariamente como se cree a la civilización de las máquinas. Son conquistados por ellas, o lo van a ser, en el sentido más exacto de la palabra. Las máquinas les serán impuestas, aunque sea por la fuerza, aunque sea por la guerra, como los ingleses impusieron en otro tiempo a los chinos el uso del opio para dar salida en el mercado chino al opio de la India. Pensemos en el ejemplo del Japón, que me parece típico. Japón había formado, en el correr de los siglos, una de las civilizaciones más expresivas, más refinadas que el universo haya conocido jamás, superada tan sólo por la civilización china, aún más acabada. Desde los comienzos del siglo XIX, el *gang* europeo de las máquinas se ha esforzado por obligar al Japón a que abriera sus puertas. El Japón se resistió durante 40 años, luego se entreabrió apenas, pero ya era demasiado tarde: la civilización de las máquinas había plantado ya el pie entre la puerta y el dintel. El contagio del maquinismo le ha invadido. La propaganda y el ejemplo han creado necesidades nuevas. El frenesí de la especulación se ha apoderado de ese pueblo. El resultado ya lo sabéis. Sus antiguos educadores e iniciadores han tenido que venir a curarle a base de bombas atómicas de la locura que ellos mismos le habían comunicado.

Frente a esta civilización de la materia, a esta organización totalitaria y concentracionaria que absorbe a las mismas democracias, Francia parece estar completamente sola. Porque las democracias tienden hacia las dictaduras, ya lo sabéis, son ya dictaduras económicas. Las democracias han ganado la

guerra y perdido la paz con los mismos métodos que la dictadura. Los imbéciles dicen que no podían hacer otra cosa. Les responderé que el papel de las democracias no era el de hacer la guerra, sino el de haberla evitado a tiempo. En vez de eso, toleraron y hasta favorecieron a las dictaduras, mientras creyeron que podían utilizarlas para sus fines, tras lo cual tuvieron que ir a Munich en camiseta y con la soga al cuello. Son los hombres de Munich los que tendrían que haber ido a sentarse entre Ribbentrop y el mariscal Goering, para oir al representante del mariscal Stalin hablar, en nombre de la conciencia universal, de los derechos sagrados de la persona humana. ¡Bah! Frente a esta colosal organización totalitaria y concentracionaria, Francia puede parecer más débil que Atenas frente a Roma. Pero, ¿y si esta civilización gigante llevase precisamente en sí misma la tara del gigantismo? Decís que dispone de medios poderosos frente a los cuales una civilización como la nuestra está sin defensa. Pero ¿y si esta civilización fuese una contracivilización, una especie de monstruo destinado a ser cada vez menos capaz de controlar el uso de los medios de que dispone? ¿Y si estuviera poco a poco condenada a servirse de esos medios contra sí misma? Al fin y al cabo, no hay ni uno sólo de nosotros que no haya tenido el sueño, o la pesadilla, de una explosión total de los continentes por una bomba atómica defectuosa. ¿Creéis acaso que las inauditas destrucciones de la última guerra van a tener ante la historia otro sentido distinto del que acabo de darles? El valor de una civilización se mide por la seguridad que da a los hombres, y nunca, desde que existen las civilizaciones, los hombres se han visto reducidos a la miserable condición de habitantes provisionales de un planeta que tal vez estará mañana a merced del primer técnico que llegue...

Sé de sobra que en este momento os violento a un esfuerzo difícil, a que adaptéis vuestro pensamiento a un as-

pecto nuevo de las cosas, a una interpretación diferente de acontecimientos que están demasiado cercanos a vosotros y que no podéis observar con la distancia suficiente. Os agarráis a esa idea confortable, simple y simplista, de que no puede haber dos civilizaciones humanas, que todas las civilizaciones no son, no han sido nunca ni serán jamás más que una sola civilización, revestida de formas diferentes. ¡Perdón! ¿No se podría decir lo mismo de la barbarie? ¿No podría la barbarie asumir formas diferentes? ¿No podríamos encontrarnos, dentro de nada, en plena barbarie técnica? Porque la barbarie es algo muy distinto a la ignorancia. No hay que confundir al bárbaro con el hombre primitivo. El bárbaro no es un bárbaro sino porque ignora o *rechaza* las elevadas disciplinas espirituales que hacen al hombre digno de llamarse hombre. Uno puede perfectamente imaginarse una humanidad que ha retrocedido y vuelto a la barbarie —esto es, al culto único de la fuerza—, sin haber perdido ni una sola de sus adquisiciones técnicas. ¿En qué puede la técnica preservar de la barbarie? No son los técnicos del mundo moderno los que mantienen esas disciplinas a que acabo de referirme. Ellos lo saben de sobra. Por eso no tienen excusa cuando garantizan y ratifican la opinión de los necios, para los que la idea de civilización es inseparable de la de confort, aunque tengan que pagar ese confort con guerras y catástrofes innumerables, como un animal que se pega una última comilona, y «se pone morado», como se suele decir, antes de ir a sentarse a la silla eléctrica.

¡Jóvenes! ¡Jóvenes! ¡Jóvenes que me escucháis! Los impostores os invitan a tratarme como a Casandra, y os hacen creer que es una cuestión de honor el aceptar alegremente, virilmente, este mundo moderno, como si fuera vuestro, vuestra obra, como si no lo recibiéseis de nuestras manos. Bueno, tal vez sí es vuestro mundo, puede perteneceros

como una tumba. Si dura, si nadie le detiene en su evolución implacable, tendréis derecho a un puesto en sus osarios. Cristianos sin cerebro, pobres curas sin conciencia, aterrados ante la idea de que puede tenérseles por reaccionarios, os invitan a cristianizar un mundo que se organiza deliberadamente, abiertamente, con todas sus energías, para prescindir de Cristo, para instaurar una justicia sin Cristo, una justicia sin amor, la misma en cuyo nombre el Amor fue azotado y crucificado. Pienso que hay entre vosotros, jóvenes, muchos que son realmente cristianos, que viven su fe. Se apela a vosotros en nombre de la justicia, es así como se ejerce sobre las conciencias ese chantaje ante el que tiemblan hoy esos desgraciados que acabo de nombrar. A los pobres no les falta ni virtud ni celo, sino carácter y, sin darse cuenta, dan síntomas de la misma ceguera, y cometen la misma falta que ese clero del siglo XIX que, en nombre del orden, terminaba reconociéndole a la burguesía una especie de derecho divino. Como el poder ha cambiado ahora de manos, esos tipos de que hablo dejan que se forme hoy la idea de otro derecho divino, esta vez del proletariado.

«Reconoceréis al árbol por sus frutos», eso es lo que la Escritura nos enseña. Nosotros reconocemos una cierta clase de justicia por sus frutos, incluso si se esconde bajo el apelativo de «social», igual que antes, en Mallorca, en el tiempo de la impostura de la Santa Cruzada española, reconocimos por sus frutos un cierto orden que se llamaba también «social»; aquel se llamaba además «cristiano». En nombre de la «justicia social», como ayer en nombre del «orden social», se mata, se deporta, se tortura a millones de hombres, se esclavizan pueblos enteros, se les trasplanta de un lugar a otro como rebaños. Se mata y, sobre todo, se miente. Se miente con una desvergüenza tal que ya no se trata ni siquiera de abusar de la opinión pública, porque la opinión pública ya no es abusada por semejantes mentiras. Está tan desganada

de la verdad que ya no tiene interés por conocerla.

La justicia que no es según Cristo, la justicia sin amor, se vuelve muy pronto un animal rabioso. Sería de locos pensar que la justicia, incluso desbautizada, descristianizada, vaciada de todo su contenido espiritual, sigue siendo algo que se parece a la justicia y que por lo tanto, puede todavía valer... Es como si me dijérais que un perro rabioso no deja de ser perro, un compañero fiel que uno puede conservar junto a uno mismo. Se ha soltado a la justicia sin Dios en un mundo sin Dios, y no se detendrá —lo digo sin elocuencia, y quisiera encontrar palabras más simples para decirlo—, no se detendrá hasta que haya arrastrado la tierra.

Antes de conseguir de los hombres de hoy que se pongan a trabajar con entusiasmo a rehacer una civilización humana, habría que ayudarles a superar el complejo de inferioridad que les produce una especie de atrofia del juicio y de la voluntad frente a esta civilización. Su poder material ha estado alucinando vuestras imaginaciones desde la infancia. Su propaganda colosal os alimenta día y noche. Muy pronto seréis absolutamente incapaces de concebir otra distinta. No sois vosotros los que hacéis esta civilización, los que la mantenéis, es ella la que os forma, la que hace de vosotros poco a poco una «cosa» suya. Constantemente vuestros cerebros son violados por ella. Os pido, os suplico, que al escucharme hagáis el esfuerzo necesario, doloroso, de imaginaros el mundo sin ella. Tal vez eso mismo os resulta tan difícil como el representaros mentalmente, por ejemplo, la cuarta dimensión del espacio. Por lo menos, trata de convenceros de que puede parecer, y perecer a sus propias manos. Porque —dicho sea de paso— esta civilización del optimismo ¡no es precisamente optimismo lo que engendra! Mirad, por ejemplo, cómo la literatura de América —su Roma, su Meca, su san-

tuario más sagrado—, es esencialmente una literatura desesperada.

¡Oh! ¡Ya sé lo que estáis pensando! Estáis pensando que no se da marcha atrás. ¿No es cierto? Porque esta civilización tiene su filosofía, y el primer axioma de esa filosofía es negar la libertad del hombre, afirmando su servidumbre a la historia, que a su vez está sometida a lo económico. Jóvenes cristianos que me escucháis, vosotros no razonáis como marxistas, pero algunos de vuestros reflejos mentales son marxistas. Concebís espontáneamente la sociedad humana como una locomotora disparada sobre los raíles, cuando haríais mejor comparándola a una obra de arte, que la imaginación del artista en su trabajo recompone constantemente. Si vuelve a una idea anterior, esa idea no podrá ser exactamente la misma. No es atrás donde la busca. Le vuelve enriquecida, renovada por las experiencias hechas entre tanto. También vosotros pensáis: la humanidad no puede olvidar lo que ha aprendido una vez. «Lo que la ciencia ha adquirido una vez, queda adquirido para siempre». E inmediatamente hacéis, para reiros de ella, la hipótesis de una destrucción general de las máquinas. De ese modo simplificáis el problema hasta el absurdo, para no tener que resolverlo. Observad, sin embargo, que vuestra hipótesis es absurda lógicamente, pero no en la historia. Muy al contrario, uno se imagina perfectamente, después de una experiencia desgraciada, que habría diezmado la humanidad, semejante noche de San Bartolomé de máquinas, y hasta de técnicas, por las masas, fuera de sí de cólera y desesperación. Después de todo, es ya un síntoma bien claro de la degradación profunda del hombre moderno ese escandalizarse tanto ante la idea de la aniquilación de sus preciosas máquinas, de sus máquinas adoradas, cuando es capaz de considerar con tanta frialdad la masacre de millones de hombres por esas mismas máquinas...

Digo que planteáis el problema al revés, porque el mal no

está en las máquinas. Está o estará en el hombre que la civilización de las máquinas está a punto de crear. La máquina desespiritualiza al hombre al mismo tiempo que acrecienta monstruosamente su poder. Hay ahí una contradicción que hace temblar. Es al hombre descristianizado, inclinado más que nunca a creerse un animal irresponsable, al que acaba de entregarse el secreto de la fisión de plutonio y el medio de destruir a su especie entera. Por mucho que me digáis que es Dios quien le ha hecho ese regalo, ¡no os creeré jamás! «¿Qué padre, dice el Evangelio, si su hijo le pide pan le dará una serpiente?». Tal vez no reflexionamos bastante en esta última advertencia de la providencia. La civilización de las máquinas nos prometía cada vez más máquinas, y he aquí que aparece de golpe la máquina de las máquinas, la reina de las máquinas, la máquina que concentrará pronto en sus flancos de acero más energía de la que ha sido necesaria para hacer funcionar todas las máquinas desde que las máquinas se inventaron. En una palabra, la máquina de destruir en un abrir y cerrar de ojos todas las máquinas...

... Tendremos que aceptar que el único superviviente en una catástrofe planetaria grabe un día con un cuchillo en una roca pulimentada, antes de morir, esta inscripción, que será evidentemente la última de las inscripciones lapidarias, (en caso de que sea capaz aún de escribirla en latín): «la civilización humana seguía su curso, pero las máquinas la invadieron, se multiplicaron y acabaron por destruirla».

Podría ponerse esa frase en boca del mono imaginario, dibujado por no sé que caricaturista americano (porque yo también leo las revistas americanas...). La última guerra ha acabado con todos los hombres, menos dos aviadores enemigos que acaban encontrándose sobre una isla desierta del Pacífico. Se precipitan el uno sobre el otro, y en ese momento, en la punta de un cocotero, están un mono y su compañera, que ven a los dos aparatos caer ardiendo al mar.

Y el mono murmura con una voz pensativa: ¡Bueno! ¡A empezar de nuevo...!

Aceptar este mundo es aceptar ser el objeto pasivo de una experiencia terrible, irreversible. Ya os he dicho bastante en qué consiste esta experiencia, cuyo éxito no tiene absolutamente ninguna garantía, ya que hasta ahora no ha conducido sino a catástrofes cada vez más terribles. Algunos os decís todavía a vosotros mismos que la máquina os libera. Os libera provisionalmente, de una forma, sólo de una, pero resulta sugestiva para la imaginación: os libera, en cierto modo, del tiempo, la máquina hace «ganar tiempo». Eso es todo. Ganar tiempo no es siempre una ventaja. Cuando se va al cadalso, por ejemplo, es preferible ir a pie.

La posesión individual de ciertas máquinas cuyo uso es sólo vuestro, que no sirven más que a vosotros, puede todavía engañaros, pero esas máquinas dependen ya, y seguro que van a depender cada vez más, de la máquina totalitaria y concentracionaria que está en manos de los técnicos del estado. Podéis tener en casa mil aparatos eléctricos de iluminación, cada cual más ingenioso, y más caro también. Si la máquina os niega la corriente eléctrica estás a oscuras, y si la máquina ha prohibido la venta de velas, porque tiene necesidad de todo el sebo para su propio uso, no os quedará más remedio que acostaros sin luz. Igual que la luz, mañana podría negaros el calor.

Leéis en los periódicos que por todas partes se crean laboratorios de desintegración atómica, siguiendo el modelo de esas prodigiosas fábricas americanas, ¡y dormís, sin embargo, tan tranquilos! ¡Es pasmoso, dejadme que os lo diga...! ¿Pensáis acaso que quienes van a controlar esas colosales fuentes de energía no abusarán nunca de ella contra nadie? ¡Allá vosotros! En caso de abuso de poder, por lo demás, siempre podréis dirigiros en ese momento a poner una denuncia en la comisaría del barrio.

Estamos ante ese mundo o, mejor, a las puertas de ese mundo, puesto que la puerta no se ha cerrado aún detrás de nosotros. Lo que quiero decir es que muy pronto no necesitará para nada de vuestra aceptación, pero que hoy por hoy teme aún vuestro rechazo. No nos pide que le amemos, no pide el amor, no quiere sino que le acepten. Tratando de someter las fuerzas de la naturaleza, espera que nos sometamos a él, a su determinismo técnico, igual que nos sometemos a la misma naturaleza, al determinismo de las cosas, al frío, al calor, a la lluvia, a los terremotos y a los huracanes. Tiene miedo de nuestro juicio y de nuestra razón. No quiere ser puesto en discusión. Pretende saber mejor que nosotros lo que somos, nos impone su concepción del hombre. Nos invita a producir, a producir ciegamente, a producir cueste lo que cueste, cuando acaba de demostrar de modo terrible su capacidad de destrucción. Nos manda, nos ordena, nos fuerza a producir, para no dejarnos tiempo de reflexionar. Quiere que tengamos la mirada baja sobre nuestro trabajo, para que no la levantemos y la posemos en él. Porque, igual que los monstruos, este mundo tiene miedo de la fijeza del mirar humano.

El coloso no es tan fuerte como parece. La experiencia acaba de demostrarnos, y nos lo va a demostrar pronto más y más, que esta barbarie técnica tiene cada vez más la tendencia a volver contra sí misma los enormes medios de destrucción de que dispone. Es imposible no ver en las últimas catástrofes los síntomas de una especie de locura suicida. Sin duda, podríamos esperar que en una crisis aguda de la neurosis que le roe, el monstruo se salte la tapa de los sesos con un revólver a su medida y de su talla, un revólver cargado con una bomba atómica, claro... Pero si eso sucede, desgraciadamente, no le sobreviviremos. Esta civilización tiene su punto débil: es el Estado. Semejante civilización, en efecto, no sería capaz de soportar la existencia de estados dignos de

ese nombre, en el sentido en que se daba antaño la palabra estado. El Estado moderno tiende a convertirse en un *trust*, es un *trust*, y este *trust* tiene la moralidad de los *trust*; es decir, todos los medios le vienen para acrecentar su poder y llenarse las arcas. Y, sin embargo, es a la vez muy potente y muy frágil, debido a su complejidad extraordinaria, monstruosa y siempre creciente. El Estado moderno es una dictadura administrativa dispuesta siempre a transformarse en dictadura policial. La resistencia de los ciudadanos al estado asume así poco a poco, al menos en ciertos países, el carácter de una acción liberadora. En Francia, el mercado negro, en uno de sus aspectos, cuando se le observa sólo en la persona de sus beneficiarios principales, puede recordar a la América de la ley seca. Pero hay otro mercado negro: el de los millones de ciudadanos que no han buscado en él sino pequeñas ventajas y pequeños beneficios, pero que terminan por sacarle el gusto a esta lucha cotidiana contra la tiranía del estado omnipotente, a este sabotaje, a este roer una autoridad pejiguera, falta de doctrina y de responsabilidad. Es así como han comenzado siempre las revoluciones. Porque esta revolución se está preparando. El espíritu revolucionario ha dejado de animar a los partidos que presumían de él, pero el tiempo nos apremia.

Jóvenes que me escucháis, os decís a veces que no hay nada que hacer. Eso es lo que quisiérais creer, para no tener que actuar. Las revoluciones se preparan en las conciencias. Es la idea revolucionaria la que hace las revoluciones. La revolución comienza en cuanto se la desea. La especie de orden inhumano con que estamos amenazados comenzará a doblegarse en cuanto dejéis de creer en él. Los que pretenden imponerla al mundo no son, en definitiva, más que un puñado de gentes. Supongamos que Europa ha sido destruida. Supongamos que el hombre de Europa ha sido reducido a la impotencia por un cataclismo cualquiera que él

mismo ha provocado, ¿creéis que el resto del mundo repetirá la experiencia, o que la repetirá de la misma forma? ¿Creéis que la civilización de la materia no desaparecería, junto con esos hombres insaciables, borrachos de orgullo técnico, rabiosos por esa especie de avitaminosis espiritual que no he dejado de denunciar? Porque el hombre de Europa no es el hombre materialista, es el hombre desespiritualizado, es un cristiano corrompido. Sus crímenes son precisamente los de una espiritualidad pervertida. Las dictaduras de derechas o de izquierdas explotan esta espiritualidad, o al menos llenan el vacío que ella ha dejado en las conciencias. ¿Pensáis que el resto del universo se resignará —si es que puede evitarlo— a la dictadura de un alucinado capaz de destruir en unos años el trabajo de varios siglos? Porque el hombre de Europa no es el hombre materialista, es el hombre desespiritualizado, es un cristiano corrompido. Sus crímenes son precisamente los de una espiritualidad pervertida. Las dictaduras de derechas o de izquierdas explotan esta espiritualidad, o al menos llenan el vacío que ella ha dejado en las conciencias. ¿Pensáis que el resto del universo se resignará —si es que puede evitarlo— a la dictadura de un alucinado capaz de destruir en unos años el trabajo de varios siglos? Porque el hombre que acaba de aterrorizar a la Tierra era un alucinado. La alucinación había ocupado en él el lugar de la fe.

El hombre moderno es un angustiado. La angustia ha ocupado el lugar de la fe. Todas esas gentes se consideran realistas, prácticos, materialistas, rabiosamente volcados a conquistar los bienes de este mundo. No nos es nada fácil sospechar la naturaleza del mal que les roe, porque lo único que observamos es su actividad delirante, sin caer en la cuenta de que esa actividad es precisamente la forma degradada, envilecida, de su angustia metafísica. Dan la impresión de correr en pos de la fortuna, pero lo que hacen no es correr en pos de la fortuna, sino huir de sí mismos. En estas

condiciones, es cada vez más ridículo escuchar a unos pobres curas ignorantes y perezosos tronar desde lo alto del púlpito contra el orgullo de este perpetuo fugitivo, contra el apetito de placer de este enfermo que no es capaz de gozar de nada sino al precio de los mayores esfuerzos, que tiene una súbita voracidad de todo porque no tiene realmente hambre de nada.

El hombre de las máquinas es un anormal. Cuando se habla de desequilibrio entre las necesidades espirituales y la multiplicación de las máquinas, se razona como si para remediar los males que engendra ese desequilibrio bastase con imponer al hombre un empleo del tiempo mejor y más racional, según las reglas de la pedagogía: recreos más cortos, clases más largas. ¡Bah! Esas son ideas de bedel. El hombre moderno no es simplemente un estudiante perezoso que se entretiene jugando con las máquinas en vez de hacer sus deberes o de rezar sus oraciones. Las máquinas le distraen, si se toma esa expresión, que se ha vuelto banal, no en su sentido ordinario, sino en su sentido exacto, etimológico: *distrahere.* Lo que le pide a las máquinas es que rompan el ritmo antiguo, tradicional, el ritmo humano del trabajo, que lo aceleren de tal manera que sea imposible que las imágenes temibles se formen en su pensamiento, igual que los cristales de hielo no pueden formarse en un mar quebrado de escollos. Y no hablamos aquí sino de las máquinas utilitarias. Las que el hombre de las máquinas ha preferido siempre, aquellas por las que no se cansa de agotar los recursos de su genio inventivo, y cuyo perfeccionamiento absorbe sin duda las cuatro quintas partes del esfuerzo industrial humano, son precisamente las máquinas que corresponden, que se ajustan exactamente a los mecanismos de defensa del angustiado: el movimiento que embriaga y enajena, la luz que reconforta, las voces que tranquilizan.

Jóvenes, se os dice que las naciones volverán a encontrar

la prosperidad con que se pongan de nuevo a construir máquinas, y así rehacéis el sueño imbécil de vuestros padres de 1900, cuando se creía que la paz universal estaba asegurada por la concurrencia pacífica del comercio y de la industria. ¡No seáis ingenuos! Vuestra nación, igual que la mayoría de las otras, podrá construir máquinas mientras el gigantesco monstruo económico, cuya fuerza crece y se organiza cada día al este y al oeste de Europa en ruinas, no haya alcanzado su pleno desarrollo. El día que ese desarrollo esté conseguido —os lo aseguro—, vuestro sueño de un mundo rehecho según el modelo del que acaba de derrumbarse, no tendrá el más mínimo sentido. No se necesitará de nosotros para construir máquinas, y se nos negará el derecho a ello. Lo único que podremos hacer será comprárselas a los que hayan conquistado el monopolio de la producción y se hayan asegurado el mercado. Toda la potencia técnica del universo está, pues, destinada a pasar, más tarde o más temprano, a manos de la organización económica más potente y mejor equipada. La civilización totalitaria y concentracionaria se habrá cerrado sobre vosotros.

Hay que darse prisa en salvar al hombre, porque mañana no podrá ser salvado, por la sencilla razón de que no querrá. Si es verdad, en efecto, que esta civilización está loca, también lo es que hace locos. Jóvenes que me escucháis, vosotros os creéis libres con respecto a ella. Eso no es verdad. Vivís, como yo, en su aire, la respiráis, entra en vosotros por todos los poros. Se os dice: «La libertad no puede morir». Sí que puede morir, en el corazón de los hombres. ¡Acordáos! Miles y miles, millones de jóvenes como vosotros, han perdido de golpe el gusto por la libertad, igual que se pierde el sueño o el apetito. Con la diferencia de que quien ha perdido el sueño o el apetito desea encontrar el uno y el otro. Ellos, en cambio, no habían perdido la libertad, sino que la habían dado, la habían entregado, y estaban orgullosos de

ello. Presumían, por una extraordinaria, por una prodigiosa contradicción, de haberse librado de ella... ¡liberados de la libertad! Jóvenes amigos, esos muchachos no eran salvajes. Eran hijos de la antigua e ilustre cristiandad alemana, vuestros vecinos, que hubieran podido ayer ser compañeros vuestros, los herederos legítimos de una de las más altas culturas de la humanidad. Y, sin embargo, han hecho de un hombre un dios. Han muerto por él, para dar testimonio de que habían renunciado a su libertad, de que la habían puesto en sus manos. Su muerte no ha sido un testimonio en favor de la libertad, sino un testimonio contra ella. Sé que Alemania estaba tal vez más predispuesta a estos descarríos que otras naciones. Péguy la llamaba —lo sabéis— una «cristiandad malograda». Pero nadie me hará decir que el mal venía sólo de ella, de su propio fondo. Ese mal ha alcanzado con la misma gravedad a otros pueblos, y aún sigue amenazando a otros. Alemania ha sido corrompida por la civilización que estoy denunciando, y ninguno de nosotros puede estar seguro de no estar igualmente corrompido.

No se trata sólo de maldecir a esos pobres descarriados, cuyos cadáveres rebosan ahora en todos los osarios de la guerra, de esa guerra que ellos habían deseado. Se trata de formar hombres capaces de dar por la libertad todo lo que estos desgraciados habían comprometido en contra de ella, de darle a la libertad toda la fuerza de sus brazos, todo el entusiasmo de sus corazones, una implacable lucidez, una voluntad inflexible. ¡Se trata de comenzar desde mañana mismo, desde hoy, esta revolución de la libertad que será también, que será esencialmente una explosión de las fuerzas espirituales en el mundo, análoga a la de hace dos mil años, la misma! ¡Quiera Dios que salga de él ese mensaje que el mundo aguarda, y que dará por doquier la señal de la insurrección del Espíritu!

EL ESPIRITU EUROPEO Y EL MUNDO DE LAS MAQUINAS

Hay que hacer un mundo para los hombres libres.

Encuentros Internacionales de Ginebra,
12 de septiembre de 1946

En el fondo, no tengo ningún título serio para hablarles sobre el espíritu europeo, tema grave, siempre reservado hasta ahora a un pequeño número de doctrinarios u hombres de Estado. No soy un hombre de Estado, creo que basta con mirarme. Tampoco soy un doctrinario, un profesor de doctrinas, y menos todavía uno de esos jueces monstruosos que dan a la agonía de este mundo un carácter de farsa macabra. Los medios de Molière sobre la agonía del mundo, eso es lo que veis todos los días y estáis tan habituados a ello que sin duda mañana os parecerá natural el morir vosotros mismos, en medio de esos guiñoles, como un viejo señor cardiaco herido de muerte una noche de carnaval en los salones de un lugar de mala nota y cuyo último gesto se refleja de espejo en espejo según baja en la camilla por la escalera, a cada escalón... ¡oh! Sin duda nos es muy hábil el ha-

cer que os detengáis desde ahora en una imagen tan desagradable, pero es que yo no presumo de ser hábil.

No, no presumo de ser hábil, además prefiero poneros a la defensiva enseguida, contar desde ahora las caras, al principio abiertas, que, a medida que avanzo en mi charla se cerrarán poco a poco, lentamente, silenciosamente, como la puerta de una caja fuerte; contar las miradas que, ocultas un momento, huyendo hacia arriba o hacia abajo, terminarán por fijarse de nuevo en la mía, pero con una diferencia implacable.

¡No importa! ¡No importa! No se trata ni de imponernos los unos a los otros ni de dárnoslas de listos. Es preciso que sepamos bien que la amenaza que pesa sobre nosotros no es solamente el morir, es el morir como imbéciles. La catástrofe que se anuncia y cuya sombra está ya sobre los vivientes tiene ciertamente que ser tomada como trágica, puesto que consumaría nuestra ruina. Pero ningún espíritu libre, ningún espíritu realmente formado en las libres disciplinas del espíritu, aceptaría humillarse delante de ella hasta el punto de tomarla en serio. Será el fin, pero no la conclusión, ni siquiera la solución de la historia. Un punto final no es más que un punto final, un punto y nada más, incluso si ese puntó es la bomba de Bikini. El último día de este mundo, si va a venir pronto, merecerá ser llamado el Día de los Inocentes mucho más que el 11 de noviembre de 1630.

Esta es la gran palabra descuidada, y no creo que os guste. ¡Qué importa! Vivimos en plena inocentada, somos unos necios. Antes incluso de intentar responder a cualquier pregunta, y especialmente a la que aquí se plantea, nuestro primer deber es reconocer ese carácter esencial común a cada uno de nosotros. Desde hace demasiados años ese mundo al que Péguy, con una especie de ingenuidad punzante, llamaba el mundo moderno, porque no encontraba otro nombre, y porque a decir verdad tal vez no merece todavía nin-

guno, representa a sí mismo la comedia de intentar resolver periódicamente ciertos problemas que cada vez es menos capaz de plantear, falto de ánimo, sin duda, pero sobre todo falto de tiempo. El tiempo, en efecto, es precisamente lo que más le falta, como si hubiese reducido diabólicamente sus límites en la misma proporción en que ha acortado con sus absurdas máquinas volantes, los del espacio. ¡Ay! Estamos abrumados de mentiras, y no hay peor mentira que un problema mal planteado. Estamos abrumados de mentiras, pero, desde hace mucho tiempo, ya no podemos distinguir la parte que nos corresponde en cada una de ellas, pues nos vemos forzosamente conducidos a servirnos de ellas, aceptamos mal que bien veinte veces al día, esos cheques sin fondo.

Somos unos inocentones, pero, repitiendo aquella palabra atroz de Collot d'Herbois, al que se le suplicaba en favor de la joven marquesa de Léris, de diecisiete años: «No hay inocentes entre los aristócratas», afirmo que no hay inocentes entre los crédulos. No existen víctimas totalmente irresponsables del engaño, se es a la vez, casi siempre, víctima y cómplice, y hay un cierto principio de engaño que es común al embaucador y al engañado. En una palabra, todo incauto tiene en sí mismo el poder de volverse embaucador. Sí, el incauto es ordinariamente el parásito de aquel que le engaña, eso es lo que debemos saber. Pero tenemos que ir todavía más lejos, tenemos que rizar el rizo.

Los hombres se engañan unos a otros, pero no pueden hacerlo durante mucho tiempo, a menos que se engañen a sí mismos. Este autoengaño es posiblemente, a fin de cuentas, el móvil secreto de sus mentiras. Así disminuye cada día el número de hombres capaces aún de tener buena fe, es decir, capaces de discernir en sí mismos la mala fe, o solamente ¡ay! de buscarla, aunque fuese con el temor de encontrarla. Nunca se ha hablado tanto de buena fe, y nunca la buena fe

ha sido tan rara, hasta que se acabe volviendo, para nuestras conciencias rígidas, una especie de ejercicio de voluntad imposible. Este endurecimiento, esta rigidez, esta esclerosis de la conciencia, este agotamiento de las fuentes profundas del alma, es un fenómeno universal. Hace trece largos meses que lo observo en mi país, entre los míos, con una angustia íntima como religiosa, con un pánico sagrado. Dios se va, Dios se retira de nosotros, ¡cómo nos deja a la vez vacíos y pesados!... Esta libertad interior que era nuestro privilegio hereditario, en la que nuestros enemigos veían, no sin razón, una incorregible ligereza,... y es verdad que ella nos hacía ligeros, libres y ligeros, incluso en el error, en el pecado, en la injusticia, éramos más ligeros que ellos, flotábamos en su superficie, —esta libertad interior era El: la hemos perdido, y es Dios a quien hemos perdido con ella, y para encontrarla no nos basta con desearla de nuevo o con llorar su pérdida, ni con buscar en el fariseísmo de la justicia social una especie de coartada de la que Dios no es cómplice—.

Antes de atreverse a hablar de la justicia social, comenzad por rehacer una sociedad, ¡imbéciles! Acabáis de derribar, bajo las bombas, la civilización cuyo fundamento habíais ya destruido en las conciencias, y la justicia social, para vosotros, no es más que un pretexto para liquidar lo que queda de este mundo y para saquear hasta los osarios.

No creáis que, al hablar como acabo de hacerlo, me aparto del tema de nuestra conversación. Es ciertamente poco probable que lleguemos al final de nuestra tarea; pero se trata de saber si esta tarea tiene un fin, y en el caso de que tenga varios, como es —por desgracia— probable, se trata de tomarla por el bueno. Cuando decía hace un momento que las peores mentiras, las más corruptoras, eran los problemas mal planteados, pensaba justamente en el que tenemos la pretensión de examinar juntos, pues es el ejemplo mismo de un problema mal planteado. Hubo en otro tiempo una Eu-

ropa, es decir, una civilización europea, y en aquel tiempo no se hablaba, o se hablaba lo menos posible, del espíritu europeo. No valía la pena hablar de eso, habría traído la desgracia a Europa. En aquel tiempo las grandes democracias no habían inventado todavía el nacionalismo y si los pueblos no tenían ya muchas razones para amarse, no conocían todavía más que una muy pequeña parte de las que tenían para odiarse. La llegada de los nacionalismos democráticos ha sido para la civilización europea un golpe fatal, la han hundido. No estaba hecha para llevar semejantes monstruos, y ha comenzado a caer bajo su peso. Los imbéciles podían decir que sin duda no era bastante sólida, y yo les respondería, si tuviera ganas de responderles, que una civilización ha sido siempre precisamente un ingenioso reparto de cargas a llevar, o de problemas a resolver. Una civilización humana no puede resistir con cualquier cosa, soportar cualquier presión. La civilización no es solamente una obra de hombres, es el hombre mismo. No se puede exigir de ella, aún haciéndolo bajo el pretexto de la justicia, más de lo que no es razonable exigir del hombre. Pero los técnicos no se azoran por tan poco. Sobrecargan la civilización humana, como los ingenieros sobrecargan los arcos maestros de un puente, con el fin de probar su punto de ruptura. Una vez encontrado, estimarán sin duda que han cumplido a conciencia los términos de su contrato y nos presentarán la factura de los gastos.

La civilización europea, igual que todas las civilizaciones que la han precedido en la historia, era un compromiso entre lo bueno y lo malo del hombre, un sistema de defensa contra sus instintos. No hay instinto en el hombre que no sea capaz de volverse contra el hombre mismo y destruirle. El instinto de la justicia es posiblemente el más destructor de todos. Cuando pasa de la razón al instinto, la idea de justicia adquiere una prodigiosa capacidad de destrucción. Deja

entonces además de ser justicia, igual que el instinto sexual no es el amor. No es ni siquiera el deseo de justicia, sino la concupiscencia feroz, una de las fuerzas más eficaces del odio del hombre hacia el hombre. El instinto de justicia, disponiendo de todas las fuentes de la técnica, se dispone para devastar la Tierra.

Las civilizaciones corrompidas engendran mitos. Se trata primeramente de destruir estos mitos, estos monstruos. Es ridículo pretender construir o reconstruir lo que sea en un mundo donde los mitos van y vienen en libertad, haciendo temblar el suelo bajo sus enormes pies. Si creéis verdaderamente que es posible edificar una civilización a la medida de estas bestias colosales yo me pregunto qué demonios hacemos aquí. En la hipótesis de que un tipo de civilización totalmente nuevo, una civilización de las masas, esté surgiendo de la anarquía moral e intelectual de una sociedad casi totalmente desespiritualizada, ¿para qué discutir entre nosotros del espíritu europeo? El espíritu de la antigua civilización europea está condenado para siempre. Y en cuanto al espíritu de la nueva, mejor ni hablar. Por el momento no se trata más que de una técnica. Nosotros no somos en modo alguno técnicos. Los técnicos no tienen necesidad de nosotros. La cuestión es saber si la Historia tiene algún sentido, o si es la técnica la que se la da. O, para hablar todavía más claramente, se trata de decidir si la Historia es la historia del hombre o solamente la historia de la técnica. Volveremos sobre eso dentro de un momento.

Estas dos palabras, «espíritu europeo», no voy a permitirme ocultároslo evocan siempre para mí una época un poco lejana en la que prefiero no pensar. Entre 1920 y 1930 —tal vez os acordáis—, un cierto número de intelectuales se habían propuesto también la tarea de definir este espíritu, pero, antes de haber encontrado la definición, les vimos otorgarse generosamente, para empezar, el título —entonces

envidiado— de Europeos. ¡Europeo, eso estaba entonces a buen precio! Bastaba con decirse sinceramente desapegado de prejuicios nacionales. ¡Ay! Nada hay tan peligroso como un hombre esclavo de sus prejuicios nacionales, excepto el hombre que se da, gracias a una especie de fácil disponibilidad, la ilusión de estar realmente desapegado de ellos. La disponibilidad no es la libertad, como lo fácil no es lo natural, ni la credulidad la fe. Trataban de comprenderse unos a otros, como si para entenderse bastara con intercambiar ideas entre sí, igual que se enseñan las fotos de familia en una tarde lluviosa de verano, en la sala de un hotelito de la costa, frente a un mar muerto de aburrimiento, antes de acabar siendo socializado él también. Esos intelectuales creían que era buena fe lo que no era más que curiosidad, comparable a una especie de comezón del espíritu, de la que suelen presumir, con una seguridad ridícula, los intelectuales mediocres, que mantienen cuidadosamente en ellos este picor, a fin de tener, supongo, el placer de rascarse unos a otros. En las páginas rosas del Larousse, podéis encontrar esta idea expresada en latín... Nada es más raro que un hombre realmente inteligente, y el gran número, el número creciente sin cesar de intelectuales nos inclinaría más bien a creer que es necesario distinguir entre las dos especies. ¡No importa! Los intelectuales de los que hablo han fracasado. Lo menos que se puede decir es que paradójicamente jamás se han puesto de acuerdo sino sobre sus diferencias, y estas diferencias eran irreductibles precisamente porque no llegaban al fondo de las cosas; no eran más que incompatibilidades. Estas incompatibilidades no tenían, por otra parte, ninguna analogía con el drama histórico de una Europa no dividida, en el sentido estricto de la palabra, sino dividida del mismo modo que un compuesto orgánico cuyos elementos se separan; de una Europa menos dividida que descompuesta.

El drama de Europa es un drama espiritual, el drama de Europa es un drama del espíritu. Hay varias clases de dramas espirituales; y el más grave de todos, el que decide todo, es seguramente aquel en el que cada ser da, tarde o temprano, y una sola vez, el espectáculo de cómo se aleja de él el soplo del espíritu. ¿Europa vive todavía este drama, o lo ha pasado ya? Es muy difícil decirlo, pues en esto no puede uno fiarse de las apariencias materiales. Ni que decir tiene que un cadáver es esencialmente una cosa inanimada, privada de alma. Pero no es algo inerte. El cadáver está, por el contrario, todo lleno de temblor de la vibración, del hormigueo de mil combinaciones nuevas cuya absurda variedad se manifiesta en los iris y los tornasoles de la corrupción. Estas historias no constituyen a pesar de todo una historia. El cadáver en descomposición se parece mucho —si es que un cadáver puede parecerse a algo— a un mundo donde la economía ha prevalecido decididamente sobre la política, y que ya no es más que un sistema de intereses antagónicos inconciliables, un equilibrio sin cesar destruido, cuyo punto debe buscarse siempre más abajo. El cadáver es mucho más inestable que el ser vivo, y si el cadáver pudiese hablar, presumiría ciertamente de esta revolución interior, de esta evolución acelerada que se traduce en fenómenos impresionantes, en derrames y gorgoteos sin número, en una fundición general de los tejidos en una igualdad perfecta. El cadáver podría echar en cara al ser vivo su relativa estabilidad, le trataría de conservador, e incluso de reaccionario, pues, hay que hacerle justicia, toda reacción le es esencialmente imposible... Sí, ocurren muchas cosas, muchísimas cosas en el interior, o hasta en el exterior de un cadáver, y si le pidiérais su opinión a los gusanos y éstos fuesen capaces de dárosla, os dirían que están enrolados a una prodigiosa aventura, la más audaz, la más total, en una experiencia irreversible. Y, sin embargo, no es menos cierto que un cadáver no tiene histo-

ria, o –si lo preferís–, que su historia es una historia admirablemente conforme a la dialéctica materialista de la historia. No hay sitio en él para ninguna clase de libertad, el determinismo es en él absoluto. El error del gusano de cadáver, por todo el tiempo en que el cadáver le alimenta, es el creerse que una liquidación es la Historia.

Las civilizaciones son mortales, las civilizaciones mueren como los hombres, y, sin embargo, no mueren de la misma forma que los hombres. En las civilizaciones, la descomposición precede a la muerte, al contrario de lo que pasa con nosotros. Cuando digo que Europa no está solamente dividida, sino descompuesta, no desespero por eso de su salud. Trato de marcar así, lo más claramente y lo más fuertemente que puedo, una distinción capital, una verdad muy simple y casi de apariencia humilde, pero que no deja de ser una verdad de vida o muerte. Si Europa no estuviese dividida más que por un cierto número de malentendidos, bastaría con aclarar estos malentendidos. Bastaría, según la fórmula académica, con distinguir cuidadosamente los intereses generales de los particulares como si, hecha tal distinción, millones y millones de hombres del tipo medio, con la mano en el corazón en señal de fe, golpeándose con la otra la frente con el fin de marcar su alegre sorpresa y su pavor retrospectivo, fuesen a exclamar todos juntos: «¡Dónde íbamos, Dios mío! ¡Ya era hora! «Sin duda, lo único que piden es distinguir mejor entre los intereses generales y los particulares, y nos están incluso muy agradecidos por facilitarles esta tarea, pero, creedme, no tienen la menor intención de sacrificar los segundos a los primeros, ¡No seáis, pues, tan ingenuos! Si desean conocer bien, conocer a fondo sus intereses particulares, es para estar bien seguros de no emplear su tiempo en servir, por error, a los intereses generales; es para agarrarse mejor, a la primera, sin vacilación, a los intereses particulares, a los queridos intereses particulares, para agarrarse con

uñas y dientes con el náufrago a un trozo de tabla, como una alimaña a su presa viva.

Hubo antiguamente, se ha contado en la Historia con un cierto número de grandes europeos, de hombres superiores que tenían la reputación de pensar en europeo. De pensar, razonar, actuar a la escala europea, puedo usar esta expresión. Pero esos hombres no fueron más que un número muy pequeño, un número ínfimo. Pensaban en europeo porque entonces había una Europa, quiero decir una Europa inteligible. La Europa actual ya no es inteligible. Los hombres de los que acabo de hablar, si existen todavía, no podrían, pues servir hoy para nada, y sería ridículo lloriquear sobre sus tumbas, pues les despertaríamos en vano. Si resucitasen de milagro, se encontrarían enfrente de la Europa actual como el más hábil pianista delante de un piano destripado por una bomba, un piano sin cuerdas, como un pianista golpeando desesperadamente sus acordes en un teclado mudo. Es Europa la que ha hecho a los grandes europeos. No son los grandes europeos los que han hecho Europa. Así, los críticos aumentan el esplendor de un gran siglo literario, pero los grandes siglos literarios no se han hecho por las críticas. Lo mismo que con los críticos, sucede con los hombres de Estado, los hombres de Estado no hacen el Estado. Mirad, por ejemplo —pues si no estáis aquí para entenderlo todo, yo sí que he venido para decirlo todo—: fuerza es reconocer que el general de Gaulle tiene una alta, muy alta idea, una idea tradicional del estado. Pero la alta idea que se hace del estado, desgraciadamente no puede cambiar nada de la profunda y posiblemente irreparable degradación del Estado moderno. Para restituir algún prestigio al estado moderno, ahora envilecido por todas las bajas tareas diarias de la estafa, el chantaje, el fraude y la usura, no basta con hablar en nombre del Estado —por otra parte, más bien por tradición escolar que por verdadera convicción— el lenguaje de Luis XIV,

como si la causa de tal envilecimiento no estuviese sino en el debilitamiento de la capacidad de respeto de los ciudadanos, cuando los ciudadanos ya no respetan el estado por la sencilla razón de que el estado ya no es respetable. Eso recordaría mucho más, por las payasadas que ha de improvisar sin cesar para rellenar sus alforjas siempre vacías, a Scapia que a Luis XIV. En esto, el general de Gaulle no puede nada. El estado moderno es un usurpador y un impostor o, mejor dicho, una empresa de explotación y de control policial desmesuradamente hinchada por la degeneración de todos los organismos sociales antiguamente independientes. El estado moderno no tiene su origen en el estado tradicional, como un cáncer no ha nacido del órgano al que sustituye poco a poco con sus monstruosas proliferaciones celulares. El Estado moderno ha desfigurado a Europa, si es que se puede decir así, al mismo tiempo que la ahogaba bajo su peso enorme, su peso muerto, y la intoxicaba con sus venenos. El estado totalitario era totalitario desde su nacimiento, como un cáncer es cáncer desde que ha brotado su primera yema. Si Luis XIV quisiera hoy repetir su célebre fórmula, estaría forzado a modificar un poco los términos, y a decir: «¡El cáncer, soy yo!».

Y, sin embargo, no nos engañemos. El estado totalitario es menos una causa que un síntoma. No es él quien destruye la libertad, más bien se organiza sobre las ruinas de la libertad y, si aún puedo añadir una imagen más, le veo como un hongo gigante que se fortalece y crece sin medida con todos los jugos prítidos de la descomposición de las libertades. Esta descomposición es antigua, aunque en el curso de estos últimos años, el proceso se haya acelerado prodigiosamente. Podemos seguir fingiendo creer que las guerras totales se parecen a las demás, con la cínica diferencia de que muere más gente gracias al perfeccionamiento de las técnicas de destrucción. Sea cual sea el esfuerzo que hagamos para glo-

rificar el espíritu de sacrificio de las víctimas en estos gigantescos cataclismos, todo el mundo sabe de sobra, sin atreverse nunca a decirlo, que las guerras modernas no son guerras militares, sino crisis cada vez más violentas cuya verdadera naturaleza no nos es todavía conocida exactamente, crisis que no se pueden impedir ni controlar, y a las que ni siquiera es posible poner fin, como demuestra más que de sobra el fracaso de las supuestas negociaciones de paz. ¡Es lo mismo que negociar el fin de una epidemia de peste negra! Estas guerras se parecen, en efecto, mucho más a epidemias que a guerras, —epidemias en las que sucumben los mejores, como si la humanidad, por una selección a contrapelo, intentase formar poco a poco un tipo de hombre lo bastante superficial, lo bastante burdo, como para sobrevivir, mal que bien, en el desmoronamiento universal de los derechos de la persona y de todas sus libertades.

Este es el drama de Europa. No es el espíritu europeo el que se debilita o se oscurece desde hace más de cincuenta años, es el hombre europeo el que se degrada, la humanidad europea la que degenera. Degenera endureciéndose. Corre el riesgo de endurecerse hasta el punto de ser capaz de resistir cualquier experiencia de las técnicas de esclavitud, es decir, no sólo ser capaz de sufrirlas, sino de conformarse a ellas sin demasiados prejuicios. Porque esta descomposición de la que hablaba hace poco, tendrá evidentemente un fin. Lo que se descompone actualmente a nuestros ojos son los elementos más preciosos y, por consecuencia, los más frágiles, de la civilización. Desgraciadamente, no está prohibido imaginarse una civilización privada de estos elementos en el transcurso de una evolución regresiva, y finalmente estabilizada en su punto más bajo. Esta estabilización en su punto más bajo fue imposible antiguamente porque el hombre medio no habría aceptado vivir en una civilización de esta clase; se habría debatido en ella como un animal capturado

en una trampa. Probablemente no hubiese logrado mejorarla, habría terminado arrojándole en el caos. La cuestión que hoy se plantea es saber si las técnicas modernas son capaces de actuar sobre la opinión de una forma lo bastante poderosa, lo bastante continua, como para destruir a la larga, uno por uno, los reflejos morales que antaño hacían intolerable al hombre medio una sociedad desespiritualizada hasta el extremo.

Sé que la explicación que os propongo está hecha para chocar a la mayoría de vosotros y lo menos que puedo decir es que no es, en efecto, de lo más tranquilizador. Se suele decir que la nueva sociedad, la sociedad capitalista, ha sustituido a la antigua, cuando a decir verdad lo que sucede no tiene nada que ver con esto. La sociedad capitalista no se ha tomado todavía la molestia de organizarse realmente, se ha desarrollado sobre la antigua como un parásito, al precio de catástrofes inmensas, pues la única organización capitalista posible es la organización totalitaria, y para que esa organización llegase a ser realizable o incluso concebible, había que esperar a que el hombre totalitario hubiese nacido. La invención de las máquinas no ha creado, pues, la civilización de las máquinas, solamente ha cogido a la sociedad humana de improviso, ha sacudido tan brutalmente la estructura económica que ha deformado al mismo tiempo su organización política y social. Se ha pretendido que eso no era más que una crisis pasajera, que vendría un día en el que esta sociedad tradicional trastornada volvería a encontrar su equilibrio. Este día no ha venido todavía. Por otra parte era vano esperarle. La civilización parasitada no podía curar sus heridas, se agrandaban sin cesar bajo el formidable empujón de las codicias bruscamente desencadenadas que agrietaban toda armadura religiosa y moral. Porque no es la invención de las máquinas la que ha dado el golpe fatal al mundo antiguo, sino el enorme maremoto que ha roto sobre él, cada

vez más altas y más en sucesivas oleadas, poderosas, barriendo todos los prestigios y los privilegios que no fuesen los del dinero, y creando así en la cristiandad un espíritu de pánico que la ilusión del progreso hacía confundir con el temblor del entusiasmo.

Denunciar el dinero como la causa de todos los males es todavía una impostura. Desde hace 150 años no ha sido más que el signo y el símbolo del desmoronamiento de los valores espirituales y de la desesperación de los hombres, que se ha revelado de golpe en las guerras sin principio ni fin. El siglo XIX ha podido todavía hacerse la ilusión de una prosperidad que se parecía a la felicidad como el ruido de un camión cargado de viguetas de hierro se parece a la música. Ha sido, sin embargo, el siglo de la desesperación: no de la desesperación consciente, sino de una lenta impregnación del fondo del alma humana por la desesperación, que el romanticismo ha traducido en un lenguaje semirreligioso, que el realismo ha exaltado extrañamente sin reconocer ni nombrar, y cuyo significado se ha escapado por una grieta en un cielo de teatro que se nos invitaba a tomar por el cielo de verdad. León Daudet, que era un hombre del siglo XIX, —que lo era hasta la médula por todos sus hábitos de sentir o pensar, contraidos desde la infancia cerca de un padre adorado, en ese curioso ambiente, en ese mundillo literario tan brillante, tan luminoso que hoy parecería un mundo verdadero al lado de nuestra austera burocracia intelectual—, ha calificado a su siglo de estúpido. No podía menos que ser estúpido, en efecto, a los ojos de un hombre que olfateaba en él ese olor fúnebre, y para el que el optimismo era como una necesidad psíquica, un reflejo de defensa vital contra los desórdenes, reales o imaginarios, de una herencia morbosa locamente temida. Pero estúpido tiene que ver con estupor. El siglo XIX inculcaba su desesperación con este estupor indefinible que es como el aliento epiléptico. El hombre del

siglo XIX, cortado ya de sus raíces espirituales, pero viviendo todavía de su savia, acababa de agotarla, como un fruto separado de su vástago, como una flor cortada puesta en un vaso. Estos fanáticos del progreso ya no tenían en su dios más que esta fe que es capaz todavía de llenar los templos o de encender las velas, pero que es impotente para alimentar los corazones. ¿Habría podido ser de otra manera? El hombre de 1900, el hombre de la última Exposición universal ¿habría podido no presentir, aun cuando fuese oscuramente, aun cuando fuese en el fondo de sus entrañas, los formidables acontecimientos cuya sombra estaba ya sobre él, —pues al tiempo en que se abría esta feria—, ya habían nacido Stalin y Hitler? Pero lo importante no era que hubiesen nacido. El drama, el verdadero drama, el único drama, que una nueva especie de hombre acababa de nacer con ellos.

Sé muy bien que estas verdades llegan demasiado tarde. Es demasiado tarde para anunciaros la llegada de una cierta especie de hombres, está ahí; ahora tenéis que experimentar su poder, y para deciros francamente lo que pienso, es poco probable que salgáis bien parados de la experiencia, ya que, para no atenerme más que al ejemplo más conmovedor, ha acabado con el mismo Hitler.

No, no se trata de volver a poner el mundo y Europa en orden, a la manera en que un experto contable pone orden en sus cuentas, porque no son las operaciones las que están torcidas aquí, sino las cifras, que ya no se combinan entre ellas; son las cifras las que se vuelven locas. Si la paz no es negociable, la culpa no es de los negociadores, es que la paz que se busca a ciegas no corresponde en absoluto a la imagen que se hace uno de ella, es que la única clase de paz posible estaría necesariamente hecha a la imagen, o, al menos, tendría el espíritu de una humanidad degradada, cuya existencia esa paz consagraría y legitimaría. La guerra totalitaria

no puede resolverse más que en una paz totalitaria, y una paz totalitaria abriría la historia a una humanidad totalitaria, marcaría el derrumbamiento de la civilización europea y la desaparición del hombre europeo.

Si creéis todavía en Europa, hay que salvar al hombre europeo. Ya es hora. El tiempo nos está angustiosamente medido. La civilización europea está en las bibliotecas, sin duda, pero como escribía Paul Valéry algunos días antes de su muerte, las bibliotecas son cementerios. La civilización europea es el hombre europeo. Primero hay que salvar al hombre de Europa. Palabras como estas parecen a simple vista tener más de poesía que de ciencia, pero ¡qué importa! Un grupo de sabios pueden muy bien encontrarse reunidos en una casa amenazada de incendio y no darse cuenta del peligro que corren. Si el bedel es el primero en oler a quemado, los sabios deberán a este modesto colaborador el poder saltar por la ventana a tiempo. Hay que salvar al hombre de Europa. Me responderán posiblemente que el hombre de Europa tiene que conseguir salvarse solo, por sus propios medios, y que, si no es capaz de ello, el último servicio que puede hacer todavía a la especie humana es el de desaparecer dando paso a las leyes despiadadas de la selección natural. Pero las leyes de la selección natural no son iguales para el hombre que para los animales o las plantas. La valía de una clase de hombres no puede medirse por su capacidad de devorar a sus semejantes o de ahogar su crecimiento. Si el hombre nuevo está a punto de hacerse con el hombre de Europa, no es porque, venido de otro continente diferente del nuestro, sea más joven que nosotros o más simple. Ignoro si el mundo ha conocido alguna vez brutos verdaderamente simples, puesto que el pitecántropo de Java no era más que una mitificación, y no sabemos realmente gran cosa todavía de la existencia de intermediarios entre el mono y el hombre. Desde hace muchos milenios, puede ser que desde

siempre, el bárbaro no es más que un civilizado degradado. Aunque los torturadores de Dachan y de Buchenwald sólo tenían un número muy pequeño de los reflejos psíquicos superiores propios del hombre normal, no eran por eso más simples, sino al contrario. Lo que en ellos parecía abolido, no estaba en realidad más que rechazado, alterado, desfigurado, pervertido. La fuerza de esa clase de seres humanos no radica en su simpleza, sino en su crueldad profunda, y la crueldad es la menos simple de todas las perversidades del hombre. El hombre feroz sólo aparentemente se parece al animal feroz. La actitud del animal feroz que devora una presa viva es la misma que la del aficionado de Bourgogne que lleva su copa con un Romanée-Conti, o la de un normando que extiende sobre el pan un pedazo de camembert. Pero el hombre que tortura o que mata con la misma gula, lejos de aproximarse así al animal inocente, es decir, a la naturaleza, viola su propia naturaleza de hombre y se convierte en un monstruo.

Los monstruos son capaces de destruir mucho, muchísimo, pero llevan en *sí mismos* el *principio de la muerte*. El hombre totalitario no sobreviviría mucho tiempo a la civilización que había destruido, y por consiguiente la habría destruido para nada, esto es lo que hay que comprender. Los imbéciles se dicen con gusto que, después de todo, unos tipos atrevidos, liberados de toda inquietud metafísica, de todo escrúpulo moral, pero deportistas, trabajadores y disciplinados, harán, mal que bien, una excelente mano de obra. Y esa especie de imbéciles propia de ciertos ambientes católicos piensa que, una vez bien equipado el planeta, según las mejores técnicas, con estos animales industriales, siempre habría tiempo para convertirles y bautizarles, es decir; para devolverles lo que les falta. ¡Error profundo! El hombre totalitario es un excelente instrumento de trabajo o de guerra, de rendimiento enorme, pero no puede servir por mucho

tiempo. La existencia del hombre totalitario, obra maestra de una técnica sin alma, no será más que un accidente en la historia de los hombres, y este accidente de la historia también corre el riesgo de ser el último. Antes de alcanzar el paraíso imaginario, ese paraíso de confort universal para animales perfeccionados, el hombre totalitario habrá muerto de sed en el transcurso de la travesía de un desirto espiritual en el que no tendrá para beber más que la sangre de sus semejantes. Beberán la sangre, lamerán la sangre como los perros, por haber secado las fuentes de aguas vivas. Morirán de sed, masticarán los últimos coágulos de una sangre negra, con la oreja pegada al suelo, con el fin de intentar oír mientras mueren el ruido de las aguas bajo la tierra.

Desde mi vuelta de América, se me ha reprochado que tengo a menudo razón, pero que no concluyo. ¿Qué quiere decir concluir? ¿Adoptar un sistema? ¿Adherirse a un partido? Los sistemas y los partidos no sirven más que para tranquilizar a los imbéciles. Tu vocación en la tierra no es la de tranquilizar a los imbéciles, que, por otra parte, acaban siempre por tranquilizarse a sí mismos, ya que tienden a la seguridad como un bloque de hierro tiende a la inmovilidad. ¡Ahí está el engaño! Este mundo se cree en movimiento porque se hace del movimiento la idea más material. Un mundo en movimiento es un mundo que sube la pendiente, y no un mundo que se viene abajo. Por muy rápido que se ruede por una pendiente, no se hace nunca más que precipitarse, nada más. Entre aquellos que piensan que la civilización es una victoria del hombre, del hombre que lucha contra el determinismo de las cosas –y en primer lugar contra esta parte del determinismo universal en la que él mismo está cogido, como la punta del ala de un pájaro en la liga– y los que quieren hacer del hombre una cosa entre las cosas, no hay sistema de conciliación posible. Los sistemas y los partidos, sin embargo, no existen más que para hacer creer

que esta conciliación es realizable. En el momento actual, no conozco sistema o partido al cual se le pueda confiar una idea verdadera con la menor esperanza de volverla a encontrar, al día siguiente intacta, o incluso simplemente, reconciliable. Dispongo de un pequeño número de ideas verdaderas a las que tengo cariño. No las enviaría jamás a la Beneficencia pública, por no decir a la casa pública, ya que la prostitución de las ideas se ha vuelto en el mundo entero una institución de Estado. Todas las ideas que dejamos solas por la calle con su cartera a la espalda y un cestito en la mano como Caperucita Roja, son violadas en la primera esquina de la calle por cualquier slogan con uniforme. Todos los slogan van con uniforme, todos los slogans pertenecen a la policía.

Europa se descompone, y los sistemas que se nos airean son sistemas de descomposición, incluso cuando fingen inspirarse en una fórmula de reconciliación. Después de todo, descomponer es también, en cierto sentido, reconciliar. La reconciliación en la corrupción no es una mala idea, pero los sistemas son incapaces de realizarla. El mercado negro lo ha conseguido a la primera, precisamente porque no es un sistema. El mercado negro no ha nacido en una oficina de técnicos. El mercado negro se hace a sí mismo, es la obra de todos. No hay una constitución del mercado negro igual que no hay una constitución inglesa, pero Inglaterra y el mercado negro funcionan bastante bien. El mercado negro, como tiene sobre los sistemas la enorme ventaja de no existir solamente sobre el papel no puede ser abolido, ni siquiera controlado seriamente por todo el esfuerzo de los técnicos, el mercado negro es la verdadera imagen del mundo moderno, la imagen popular, la imagen de Epinal del mundo moderno. Es el mundo moderno en acción, y si el planeta debiera desintegrarse mañana mismo, la última forma, un poco grosera sin duda, pero esta vez realmente eficaz, esta vez, de la democracia. La democracia del mer-

cado negro no tendrá su Munich. Contra la democracia del mercado negro, todas las recetas del intervencionismo se han mostrado vanas, y cuando el mercado negro muera, morirá con su propia muerte, como ha vivido con su propia vida. Podemos comparar muy bien —¡no protestéis antes de oirme!— el pueblo del mercado negro con el pueblo de las catedrales o incluso de las cruzadas. Las catedrales y las cruzadas son una obra colectiva, inspirada por la fe, y que ha hecho por un momento la unión de todos. El mercado negro no está inspirado por la fe, por supuesto, pero el impulso ahí está, sin embargo. No es un salto de altura, es un salto en el vacío, pero no obstante es un salto, no podemos decir lo contrario. El mercado negro ha reconciliado todas las clases, todas están representadas en él. Existe el mercado negro de los barones, existe el mercado negro de Pierre l'Ermite y de Gautier-sans-avon, existe incluso la cruzada de los niños, el mercado negro de los institutos... si, todas las clases están presentes en el mercado negro, y si la clase campesina se halla en la primera fila, la clase obrera no está en la retaguardia, os lo aseguro. ¡Desgraciadamente! Permitidme que lo diga de pasada: esta corrupción del pueblo, que denunciaba Péguy, en 1913, con menos cólera que angustia con una especie de gemido sordo y profundo como el de un soldado herido de muerte, ya no hace ahora dudar a nadie. Hubo en mi país un hombre del pueblo, hubo un obrero del suburbio, hubo estos campesinos de los que nos habla Péguy, pero hoy habría que rehacerlos. Y, sin embargo, no serán rehechos. Sería ridículo rehacerles. La Historia no rehace nunca nada. El pequeño burgués de quince años, más o menos degenerado, que se desenvuelve en el instituto, que conoce todos los trucos y festeja en familia su primer millón, se parece como un hermano, por el ingenio, la astucia, y el optimismo abyecto, a su compañero obrero que también juega sucio, aunque con manos más duras.

Desde mi vuelta de América, el mercado negro se me aparece bajo esta figura de las manos. Manos, siempre manos, manos por todas partes. Este siglo de manos, como decía antaño Rimbaud, todo manos... Manos duras y manos blandas, manos negras y manos blancas, pequeñas manos de terciopelo rosa, con las uñas pintadas, o fuertes manos de cuero, manos gorditas, manos rechonchas, manos largas, manos pálidas, manos de escolar manchadas de tinta, manos de modistilla con las uñas mordidas, manos velludas, manos lisas, las vemos comer por todas partes con sus cinco dedos ágiles, saliendo de un bolsillo para entrar en otro, vivas como el relámpago, agazapadas en un rincón oscuro, o arrastrándose dulcemente sobre la mesa, trepando a lo largo de las murallas, pegadas al techo como las moscas, con el fin de caer en el momento justo sobre el mantel y huir con su botín. Manos que se apelotonan en la acera y que se corre el riesgo de pisar continuamente sin darse cuenta, manos cuyo recuerdo te atormenta al final de la jornada, hasta el punto de que no teme verlas caer del bolsillo del pantalón junto con la calderilla, al acostarse cada noche, al meterse en la cama.

El mercado negro, sí, es para mí este hormiguero de manos; esta imagen no me deja reposar, Francia se ahoga bajo el espesor de estas manos más codiciosas que las langostas o las hormigas, manos humanas que parecen separadas del hombre —quizá para siempre—, viviendo su propia vida, su vida de manos, de manos no bautizadas, de manos humanas que se vuelven como extrañas al hombre, al hombre pensante de los manuales de filosofía. Las manos de una futura civilización de manos, de una civilización de termitas, edificada por manos termitas. Una catedral de manos elevada a la gloria del Pulgar, del Indice, del Corazón, del Anular y del Meñique, los cinco dioses.

Esta pesadilla de manos trastorna todavía pocos corazones e incluso pocas digestiones. La gente piensa que una ci-

vilización de manos tendría la ventaja de realizar con seguridad esta especie de justicia que es a la verdadera justicia lo que el mineral al ser vivo organizado, el cristal al hombre —quiero decir la justicia igualitaria, la igualdad—. ¿Qué es más parecido a una mano que otra mano, con tal que hagan las dos el mismo trabajo? Una mano no tiene más que cinco dedos. Las manos ejecutan y no discuten. Es cierto que ejecutan: ejecutan incluso muy bien. El verdugo no es una mano sin cabeza. Una mano no tiene piedad. No se razona con las manos. La verdadera civilización totalitaria, el verdadero mundo concentracionario es una civilización de manos.

Posiblemente os parece que todas estas manos nos han arrastrado muy lejos del mercado negro. Os equivocáis. Como decía hace un momento, es cierto que el mercado negro parece estar en lucha contra la ley. Pero esta oposición no es más que una apariencia, pues ya no existe la ley. El mercado negro no está ni siquiera en lucha contra el Estado, son dos bandas enemigas, o, mejor dicho, como dos especies de manos, tan semejantes entre sí como la mano derecha de la mano izquierda, en pleno trabajo sobre una civilización descompuesta, igual que un triple espesor de cangrejos sobre un cadáver.

¿Pero por qué he pronunciado esta palabra de civilización demasiado abstracta a mis ojos? La civilización humana, lo hemos dicho ya, es el hombre entero, cerebro, corazón y tripas, alma y cuerpo. Aquí tenemos delante de nosotros al hombre entregado a sus propias manos, sus manos rebeldes, sus manos multiplicadas de repente casi hasta el infinito por los técnicos y los mecánicos, el hombre atacado por sus manos, despojado por ellas, pero desnudo como un gusano impotente, esperando ser despedazado poco a poco, trozo a trozo, fibra a fibra, desintegrado. La bomba atómica, en efecto, no os engañéis, sigue siendo una mano, pero tan fina, tan sutil que desgrana los átomos como otra los guisantes de

una vaina. Aquí la técnica, la ciencia de las manos, ha sido cogida en flagrante delito, como la mano ágil del ladrón en el bolsillo de un turista despistado. Pues aquí ya no se trata de dominar la naturaleza, sino de aniquilarla. Como el vino, la leche, la carne, el pan, todas las cosas necesarias para la vida se desvanecen de intermediario en intermediario, —es decir, de mano en mano—, la materia misma se escapa en humo, la última cabriola del diablo hace estallar la lona del circo. Por la gracia del nuevo Sacramento, del sacramento de Bikini, —pero de otra manera a como lo había soñado—, el hombre se vuelve realmente Espíritu... En el nombre del Pulgar, del Indice, del Corazón, del Anular, del Meñique, —cinco personas en solo dios— ¡Amén!

¡Claro! Sé muy bien lo que pensáis, os decís sin duda que estas son historias ridículas. Pero precisamente, la desgracia de los hombres ha perdido toda dignidad religiosa, todo carácter sagrado. Antes de intentar hacerle feliz, de orientarle hacia la felicidad, sería muy necesario arreglárselas para que pueda ser desgraciado sin ser a la vez grotesco. Si la desgracia del hombre no es sobrenatural, no tiene su principio en lo sobrenatural, hasta el exceso de esta desgracia le vuelve cómico. Si la historia de este mundo terminase esta noche —después de mi conferencia, por supuesto—, por algún accidente de laboratorio, terminaría como una mala obra de teatro, como una chapuza, o peor todavía: como una obra tan mala que el público invade el escenario, aporrea a los actores, rompe las arañas y prende fuego al teatro. Y todavía, esta comparación expresa mal el absurdo profundo, substancial, de unos acontecimientos que nos abruman por su dimensión y su peso, —lo que hace decir a más de un pequeño mal estudiante, no sin un orgullo ingenuo—, que se hallan a nivel mundial. En efecto, están a nivel mundial como lo estaría cualquier cataclismo universal. Incluso, puede ser que estén mañana a nivel de nuestro sistema solar

entero, si la desintegración en cadena hace por azar de la Tierra y la luna un nuevo sol capaz de modificar las condiciones de vida sobre los planetas vecinos. Estos acontecimientos son formidables, pero su importancia real, su importancia con respecto al Espíritu, no está en absoluto en relación con su masa. Tal desproporción provocaría la risa, según unas leyes bien conocidas, si la enormidad de la caricatura no congelase la risa en los labios. Nada puede evitar, por ejemplo, que la experiencia de Bikini no haya cumplido a las mil maravillas las condiciones de una farsa, de una verdadera farsa. Si hubiera salido lo bastante mal como para aniquilar nuestra especie entera, al mismo tiempo que las cabras y los cerdos de la escuadra americana, eso no le habría quitado nada de su fuerza cómica. Esta historia es una historia llena de borrones. Todas nuestras historias son historias emborronadas. ¿No se escribía el otro día, en una de las revistas más serias de Europa, que el gobierno de los Estados Unidos explotaba aquí y allá algunas bombas de plutonio, con el único fin de poner a punto unos ingeniosos procedimientos de detección capaces de informarle en el futuro sobre los trabajos de desintegración del átomo perseguidos lo más secretamente posible en todos los laboratorios del mundo?

La palabra civilización evocaba antaño la de seguridad. Es fácil imaginar la especie de seguridad de una civilización forzada a mantener contra sí misma, con unos gastos inmensos y al precio de lo que le queda de libertad, esta prodigiosa red de espionaje, con el fin de ser avisada, al menos cinco minutos antes de su aniquilamiento total. La humanidad está visiblemente obsesionada por imágenes de muerte, por la imagen de su propia muerte, multiplicada mil veces como en los ojos a facetas de los insectos. La humanidad tiene miedo de sí misma, miedo de su sombra, miedo de sus manos sobre la mesa, miedo del cajón entreabierto en el que

brilla dulcemente el cañón bien engrasado del browning. Cuando la humanidad reduce poco a poco, voluntariamente y como inexorablemente, su parte heredada de libertad, afirmando que hace este sacrificio para su felicidad futura, ¡no la creáis ni un momento! Sacrifica su libertad por el miedo que se tiene a sí misma. Se parece a un obseso del suicidio que, dejado solo por la noche, se hará atar en la cama por no caer en la tentación de abrir los grifos del gas. Pero, a la vez que se tortura a sí misma, aprendiendo a odiarse mejor, como el autor responsable de sus propios males, su genio de invención multiplica los instrumentos y las técnicas de destrucción. Este aspecto demencial de la historia contemporánea atormenta evidentemente a todo el mundo puesto que el principio de esta locura está desgraciadamente en cada uno de nosotros. La especie de pánico provocada y mantenida por el Absurdo se parecería más bien al estupor, al estupor del animal fascinado. A esta forma crónica de angustia, a esta anemia perniciosa del alma, la antigua ideología del Progreso, del buen Progreso, del Progreso bueno como Dios, no traería más que un veneno más. Igual que un tendero acosado por sus deudas, la víspera de la quiebra, y que ya no puede esperar más que el milagro del premio gordo, la masa humana recibe pasivamente de sus proveedores de optimismo una esperanza tan desmesurada, tan absurda como su propia desdicha. Ya no se trata de evolución progresiva —progresiva o regresiva, qué importa—. Se deja persuadir de que si todo va mal, es que irá mejor dentro de cien o mil años. Hasta entonces, ninguna decepción podrá molestar el trabajo de los impostores porque, lejos de predecir el próximo fin de sus males, le anuncian, al contrario, esta «lucha a muerte» de la que saldrá tarde o temprano, de una montaña de cadáveres chapoteando en su espuma, la humanidad marxista regenerada, fresca como el ojo.

Al hombre medio le tiene totalmente sin cuidado la humanidad regenerada, y no pide, en el fondo, sino un pretexto para renegar de las libertades cuyo riesgo ya no quiere correr. Digo que los impostores totalitarios no se proponen otra cosa que favorecer esta renuncia, esta entrega de la humanidad media. Digo que las calculadas extravagancias de una propaganda que no busca convencer sino embrutecer, mantienen en la masa este escepticismo resignado, este estado nauseabundo del espíritu lleno de slogans hasta las orejas. ¡No! Los impostores totalitarios no aspiran en absoluto a ser creídos ni a dar a las masas, aún cuando fuese por puro interés, el beneficio de una creencia cualquiera, sino a asquearles de toda creencia y finalmente de su misma incredulidad. Los impostores no se equivocan, conocen al hombre. Saben perfectamente que la negación de toda creencia no puede abolir la necesidad de creer. Al contrario, termina por alterar profundamente la naturaleza de esa necesidad, y la cambia poco a poco en una especie de angustia análoga a esas hambres mórbidas características de los histéricos y que se satisfacen, cuando se presentan, con los alimentos más raros o los más repugnantes. El impostor totalitario quiere masas serviles. Todavía la palabra servil no conviene aquí más que a medias, estamos demasiado tentados a darle el sentido de flojo. Las masas totalitarias no son flojas, no tienen que serlo, porque los impostores, tarde o temprano, reclutarán soldados de entre ellas. No son flojas más que en espíritu. Una prostituta puede resistirse muy bien a quien quiera, por ejemplo, su dinero o le ofende en la idea que ella tiene aún de su dignidad, pero no se resiste al hombre, está presta a recibirle; a darle lo que le pide. El hombre de la masa totalitaria está presto así a no negar nada al militante, es decir, a quien haga parte de la pequeña élite, objeto de la única solicitud de los impostores. De cara al militante, el hombre de la masa totalitaria juega el papel de la hembra

frente al macho. Cuando los impostores hablan de liberar la masa, mienten. No basta con escribir que la esclavizan, la prostituyen. La prostituyen con sus fanáticos y a estos mismos fanáticos se han guardado bien de darles una creencia, pero sí algunas ideas simples, elementales, tan violentas como *imágenes* sexuales. Sabemos desde hace tiempo, por las estadísticas, que en Alemania como en Rusia, la proporción de los miembros del Partido en relación con la masa es aproximadamente del cinco por ciento. Cinco machos para cien hembras, esta es la última palabra de los regímenes totalitarios.

Sabemos que la civilización europea tiene un carácter universal. Sería, pues, falso decir que ella y sólo ella es Europa. Tampoco se trata de pretender que el hombre de Europa es «el hombre». Pero creemos que la civilización europea es inseparable de una cierta concepción del hombre. ¿Es Europa quien ha hecho al hombre europeo? ¿Es el hombre europeo el que ha hecho a Europa? La pregunta no puede resolverse ahora y, por otra parte, no importa resolverla. El problema se plantea de otro modo. ¿Debe abdicar el hombre europeo ante nuevas formas de civilización, que se presentan como analogía en la historia? Si estas formas existen ¿debe y puede conformarse a ellas? Al conformarse a ellas, ¿le está permitido esperar proseguir su tarea en la vanguardia, o tendrá que dejar su puesto a otros mejores que él? Pero, ¿y si estas formas no existen? ¿Y si no estamos en presencia de una nueva civilización, sino de una civilización simplificada, reducida, hecha de los restos de la antigua, como el náufrago construye una chalupa con los restos, apenas reconocibles, de su nave? ¿Y si esta civilización reducida a la medida de un hombre imaginario, de una especie de representación esquemática del hombre, tal como figura en los cálculos de los técnicos, fuese precisamente demasiado simplificada para el hombre real, si la chalupa se revelase al usarla incapaz de so-

portar el peso del equipaje? ¿Y si las contradicciones del hombre fuesen el hombre mismo? ¿Y si esforzándose por resolver estas contradicciones, mal que bien, en nombre de la lógica y de la justicia, no se lograse más que degradar al hombre hasta envilecerlo? ¿Debe la sociedad humana permanecer, cueste lo que cueste, hecha a semejanza del hombre y de las contradicciones del hombre, bajo pena de volverse, no sobre-humana, sino inhumana? A partir de una cierta coacción, justificada a los ojos del legislador por esta idea de justicia somera y por así decirlo, estadística y matemática, con vistas a fundar la paz universal sobre la igualdad universal ¿no se corre el riesgo de desembocar en una de esas crisis de represión que son las guerras modernas, esos estados patológicos, histéricos a los que se da todavía, y sin duda en plan de burla, el nombre de guerras? El intervencionismo económico y social, pretendiendo reprimir de una vez por todas ciertos instintos, ¿no liberará otros más perversos? La ideología del progreso ¿no es una invención de intelectuales, evidentemente satisfactoria y tranquilizante para el espíritu, pero terriblemente peligrosa a la hora de usarla, una ideología de laboratorio obtenida por métodos de laboratorio, y que, igual que ciertos sueros, desfiguran o matan en lugar de curar? La sociedad, ¿es reformable indefinidamente? Pueden los cirujanos —con o sin diploma— cortar y cortar sin riesgo de lesionar algún órgano esencial? ¿No nos enseña cada día más el estudio del cuerpo humano que la importancia de un órgano no puede medirse por su dimensión, y que de la secreción de una glándula casi imperceptible, despreciada por mucho tiempo o incluso ignorada por los más sutiles artistas de la disección, puede defender la enfermedad o la salud, la vida o la muerte?

Europa ha perdido confianza en sí misma, y sin esta confianza no hay espíritu europeo. El espíritu europeo era esta fe que Europa tenía en sí misma, en su destino, en su misión

universal. La ha perdido, la ha perdido doblemente porque no la ha sustituido por nada. La ha perdido, sin tener el coraje de renegar de ella, de renunciar a ella. Cuando hablo de esta fe, sé de lo que hablo. Si Europa ya no tiene fe en sí misma hay todavía en el mundo millones de hombres que sí tienen esta fe, que piensan en Europa —al menos de vez en cuando— como en su última oportunidad. ¡No! ¡No! No me hagáis decir que existe un «partido europeo», porque Europa ya no tiene ni programa, ni doctrina. Hay todavía una especie de religión de Europa. Pronto habrá más que una superstición, y después nada... Hay millones de hombres que sufren por el rebajamiento, por la humillación de Europa, que se sienten humillados con ella, y cuya humillación se expresa muy a menudo en palabras amargas, en blasfemias. Blasfeman de Europa porque no han dejado de creer en ella. Señores, conozco a estos hombres. Les veis alejarse de nosotros, es cierto. Pero se alejan despacio. Se alejan con los ojos bajos, con el oído atento, listos para volverse a la primera llamada. Pues en el fondo de su corazón presienten que la última palabra no está dicha, que la historia del más ilustre continente del universo no puede acabar en este caos. No admiten que Europa, echada sobre sus ruinas, no tenga nada más que hacer que confesar avergonzada su mal y purificarse como un leproso que raspa con un casco de botella la costra sangrante de sus llagas. Se preguntan si la lepra que asola Europa es una enfermedad de europeos, si su temible gravedad no viene precisamente de que el microbio es nuevo para nosotros, de que no estamos inmunizados como antiguamente el de la tuberculosis para indígenas de Tahití.

No hablo sin reflexión, sé muy bien que no ha llegado el momento de decir a los hombres de buena voluntad ciertas verdades liberadoras, pero precisamente quiero decirlas a la hora en que son menos oportunas, incluso antes de que termine este proceso de Nuremberg en el que el recuerdo de

Munich me impide encontrar ninguna clase de grandeza. Quien se puso de rodillas delante del tirano vencedor, no puede sin ridículo volverse su juez. ¡Bueno! Por muy grandes que sean los crímenes de Alemania, no creo que sea digno de Europa, de su pasado, de los servicios prestados por ella a la civilización, el echar sobre este pueblo, sin discriminación, toda la responsabilidad. No hablo así con vistas a favorecer la llegada de la buena Alemania, esta buena Alemania cuyos buenos instintos se quieren despertar con la representación de la película de Charlot. No creo en la buena Alemania con el sentido que los imbéciles dan a esta palabra. Sé que Alemania se vengará. Alemania ha ido demasiado lejos en el mal, para volver hacia atrás por el mismo camino. Ahora, irá hasta el final de la noche, y nadie puede decir si esta noche tendrá fin, si Dios va a dejar a esta noche el tiempo de terminar, si la noche de Alemania no será también nuestra última noche, la última noche de la humanidad. Una vez más, ¡Qué importa! No por eso voy a dejar de decir que la raíz del mal que ha carcomido Alemania hasta los huesos, hasta el punto de no dejarle un rostro no estaba posiblemente en ella. Para inclinarse a creer que le viene de Prusia, basta con conocer la salvaje y cruel historia de los Borusos. Los Borusos eran eslavos y no alemanes. Con la palabra eslavos, los más maliciosos cuchichearán posiblemente, diciendo que se me ve venir. Soy yo quien les veo venir. Yo no me he movido, sigo estando en el sitio que he elegido, que no es más seguro, pero que es en el que me resulta más fácil ver bien, en el que tengo menos oportunidad de ser engañado. Nadie puede acusarme de haber creído ayer en la buena Alemania de Jaurès –la Alemania de los social demócratas ni tampoco en la buena Alemania del Centro católico– la del señor Marc Sauguier. Siempre he pensado –desde antes de 1914– que Alemania presentaba los síntomas de una forma particularmente grave, de una forma so-

breaguda de la perversión universal, y que incluso había dejado atrás, con mucho, el período de incubación –por la razón, sin duda, de que ofrecía menos resistencia al mal–. Alemania es una cristiandad fracasada, quiero decir, más fracasada que las otras, una cristiandad anormal. Nunca me he tragado eso de la buena Alemania, de las buenas Alemanias, pero tampoco tengo el menor deseo de ser engañado por un mundo moderno que finge sorpresa y escándalo ante un pueblo cuya perversión, que más bien ha favorecido que ayudado a contener, por lo menos mientras creía poder sacar provecho. Nada me impedirá decir que Alemania no es el pecado de Europa, sino el del mundo moderno entero, el pecado de un mundo tan profundamente corrompido que los pueblos se corrompen en él uno tras otro, y que el último servicio prestado por el pueblo alemán a la vieja civilización a la que antaño había honrado, es mostrar a cada nación como en un espejo monstruoso, la imagen de lo que tal vez es ya sin saberlo, de lo que será seguramente mañana.

La Europa cristiana se ha descristianizado, y se ha descristianizado igual que un hombre se desvitaminiza. No se trata de saber lo que eran o no eran esas vitaminas, sino si se habían convertido, aunque fuese a la larga y por costumbre, en indispensables. Europa se ha descristianizado poco a poco y sin darse cuenta. Este fenómeno no escapaba a los observadores. Pero se tranquilizaban diciéndose que la enferma no presentaba sino disfunciones poco diferentes a los observados antiguamente. Habiéndose vuelto ya profundamente ajenos al espíritu del cristianismo, empeñados en no ver en él más que una moral, consultaban las estadísticas criminales y observaban con alivio que el número de delitos no aumentaba de manera muy sensible suponiendo que la religión sería todavía útil para la represión de los malos instintos, el peligro no parecía muy apremiante, y además no parecía que fuese a coger a la sociedad falta de recursos. En la hipótesis

menos favorable, siempre sería posible acabar con una crisis pasajera de moralidad reforzando la gendarmería. Desgraciadamente, las primeras manifestaciones del mal no fueron las que se esperaban. Al contrario de lo que pensaban los teóricos, la descristianización no ha hecho salir al primer plano de la historia, en primer lugar, a las bestias violentas y cínicas bruscamente liberadas de sus tabúes como un perro peligroso de su cadena. El animal totalitario, el depredador, verdugo o soldado, constructor o demoledor, fabricante de orden o de caos, siempre dispuesto a creer lo que se le dice, y a ejecutar lo que le mandan, es una especie lenta en llegar. El animal totalitario no es en absoluto un primitivo, es por el contrario el producto de una civilización que como ha superado el punto límite de su desarrollo normal, debe hacer pensar menos en un antropoide que en un aristócrata degenerado. Aunque una vez nacido, haga profesión de despreciar la inteligencia, le es necesario, para nacer, un cierto clima de anarquía y como de desintegración intelectual. Los policías estaban en sus puestos para refrenar todo movimiento revolucionario venido de los bajos fondos. El Estado prodigaba los millones para llenar lo más rápidamente posible, con la enseñanza obligatoria, el vacío dejado en los cerebros liberados de golpe de las antiguas creencias supersticiosas. Pero la Revolución no estaba en los bajos fondos, o al menos la Revolución de los bajos fondos no era, en absoluto, amenazadora. La Revolución estaba en esos ambientes en los que el hombre del siglo XIX no creía ver sino amigos del orden, bienhechores cuya misión era precisamente la de protegerle contra toda especie de desorden, y en primer lugar contra la guerra. ¿Cómo iba él a desconfiar de los sabios, aunque fueran filósofos? Cada sabio más era una nueva posibilidad de paz, cada nacimiento de un sabio acercaba la dolorosa humanidad a la paz universal. Pero no era de los bajos fondos de donde iba a salir el hombre de la metralleta, el

animal depredador, sino de los sistemas de filosofía.

¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Lo sé! Podéis decirme que el hombre de la metralla nazi y el hombre de la metralleta comunista no se hacen exactamente la misma idea del problemático paraíso terrestre del futuro. El futuro tiene anchas las espaldas... Marxista o nazi, la metralleta dispara a una señal del amo del hombre de la metralleta, y a una señal de este amo, el hombre de la metralleta dispara sobre quien sea. Mientras llega el paraíso —prometido tanto por Hitler como por Stalin— lo que veo es la metralleta y ella me mira a mí por su pequeño ojo redondo. En el hombre de la metralleta del que acabo de hablar, no es la metralleta la que es accesoria, sino el hombre. El hombre del que hablo está al servicio de la metralleta, y no la metralleta al servicio del hombre, no es «un hombre con metralleta», sino «una metralleta con hombre». A partir de ahí, ¿qué me importa el bla, bla, bla de los profesores? Si el caballo es la mejor conquista del hombre, el hombre es la mejor conquista de la metralleta. Nazi o marxista, el hombre de la metralleta, el animal totalitario, el instrumento de precisión del partido único, y cuya conciencia es tan fácil de manejar como el mecanismo ciudadosamente engrasado de su arma, no se parece en absoluto a los andrajosos insurrectos del suburbio. No es ni el hambre ni la sed lo que le empuja. No mata en nombre de la justicia. Para que tales seres aparezcan en el mundo, no bastaba con un mundo injusto, era necesario que la noción de lo justo y de lo injusto estuviese profundamente degradada, y tal degradación fue el trabajo de los intelectuales.

Contrariamente a lo que pretenden los imbéciles, el pueblo no es revolucionario, naturalmente no es sino demasiado respetuoso con las apariencias y con los prestigios, y sus bruscos accesos de violencia ciega no deben engañarnos en este punto. El pueblo trata la mayoría de las veces con la sociedad como el hombre del pueblo con su mujer. Es posi-

ble que la pegue de vez en cuando, pero sus charlas le imponen, y termina siempre por conformar, si no su opinión más o menos formulada, al menos sus costumbres a sus caprichos. El hombre del pueblo es infinitamente más conformista de lo que se piensa. El hombre de la metralleta no ha *salido del pueblo*, o, caso de pertenecer a *él* por el azar del nacimiento, no tiene ni sus tradiciones ni su espíritu. Y, por otra parte, el hombre de la metralleta no pertenece a ninguna clase social determinada, pues le falta precisamente lo que se necesita para ser de una. Es precisamente el producto de su disolución. Lo que los impostores llaman la lucha de clases no es sino la disolución, o más bien, la dimisión de las clases.

La palabra revolución ha tenido antiguamente, para el hombre de Europa, un sentido muy distinto del de hoy. La revolución, para el hombre de Europa, era como una explosión de la idea de justicia, una revancha de los débiles contra los poderosos, una erupción de anarquía comparable a una erupción de savia en un viejo tronco seco. Para expresar de otro modo lo que he dicho ya tantas veces, lo que acabo de decir hace un momento, la revolución que hoy se apropia de este nombre engañoso, no es en absoluto una explosión, sino una liquidación.

Ningún ser razonable puede, sin mala fe, confundir las rupturas de un banco de hielo bajo la enorme presión de fuerzas antagonistas con la disgregación general normalmente cansada por el simple deshielo... La civilización europea está licuándose, y no por un exceso de males y de injusticias, pues las formas del mal y de la injusticia que se dan en ella, cuando se las examina de cerca, son precisamente los efectos de esta licuación. El primer signo de corrupción, en una sociedad todavía viva, es que el fin justifica los medios. Pero la *prueba de que la nuestra ya no está viva, es que los* medios se han convertido en el fin. Así, pues, ya no tienen

necesidad de justificación. En cuanto el hombre no es considerado con un consentimiento general, más que como una cosa entre las demás cosas —tan irresponsable de los altos y bajos de lo que antes se llamaba su vida moral como una moneda de las variaciones de cambio—, el clima de la civilización se vuelve excesivamente favorable al nacimiento y a la multiplicación del animal totalitario. ¡Claro! Sin duda, Hegel o Marx (no se imaginaban) que su concepción del hombre y de la historia se difundiría tan rápidamente en las masas. Quien hubiera predicho tal éxito repentino a sus trabajos, les habría hecho reir. Dios mío, les entiendo muy bien, me pongo, como suele decirse, muy bien en su lugar. El Sr. Einstein probablemente tampoco se ha preocupado mucho de la opinión de las masas sobre la teoría de la relatividad. El descubrimiento de las leyes de la gravitación universal, ¿acaso ha cambiado algo, en su tiempo, de la vida cotidiana del hombre medio? Supongo, que para Hegel o Marx, la de la gravitación social —si puedo expresarme así—, no tenía que retardar o adelantar en nada el curso de la Historia, tan determinado como el curso de los astros. Pero, ¿qué queréis? El hombre es el hombre. Es el *homo faber,* que desde la cuna no puede tener sus manos quietas, sus manos poderosas y delicadas, con el pulgar oponible, sus maravillosas manos... El hombre está enormemente satisfecho de sus manos, pero no está en absoluto satisfecho de su alma, esto es lo que habría que entender. Nunca ha tenido dificultad con sus manos, sus manos hacen siempre lo que quiere, la contradicción está en su espíritu. El hombre es *faber* con las manos; sueña con tener cuatro, ocho, dieciséis, tantas manos como puede contar; las multiplica además con las máquinas, ya lo sabemos, ya lo habíamos dicho, de acuerdo. El mal está en el alma. El hombre sólo tiene dos manos y trabajan muy fácilmente juntas. Pueden incluso, una vez asignada la tarea, trabajar sin él. Las manos son dóciles, mientras que el espí-

ritu no lo es. Y no sólo el espíritu del hombre es rebelde, a menudo es como un juez, como un enemigo. Cierto, no se puede negar que una parte del espíritu está sintonizada con las manos, hecha para ellas —a menos que las manos no estén hechas para ella—, que hay un espíritu de las manos, y las dificultades no vienen de este espíritu. Pero está esa otra parte, simpre insatisfecha, más o menos directamente opuesta a las manos y que es verdaderamente como otro hombre dentro del hombre. Cuando el misterioso contradictor lleva la delantera, las manos van parando poco a poco el trabajo, después se paran totalmente; el espíritu de las manos tiene que renunciar a volverlas a poner en marcha, el *homo faber* se siente ridículo. Sucede incluso que las manos se cruzan o se elevan en un gesto de súplica o de temor, ante un ser invisible. Entonces el *homo faber* se siente, él también, ganado por la angustia. Se niega a ceder ante su rival, no sabe además muy bien lo que quiere de él y, sin embargo, tiene que sufrirlo. Incapaz de liberarse, se venga. Se venga de su angustia en los trabajos de sus manos, destruye lo que ha hecho con sus manos maravillosas, se vuelve tan poderoso para destruir como se había mostrado ingenioso para construir. No se entiende nada del hombre si se le considera naturalmente orgulloso de lo que le distingue, o parece distinguirle de los animales. El hombre medio no está en modo alguno orgulloso de su alma, no desea más que negarla, la niega con un consuelo inmenso, como se despierta de un sueño terrible. Quiere descubrir que no existe, con una especie de incomprensible orgullo. La inquietud metafísica, en el hombre medio, radica casi por entero en esta negación hipócrita, en este fingimiento, estas mil astucias que no tienden más que a soltar en cualquier parte, en cualquier sitio, este alma, esta carga, esta conciencia abrumadora del bien y del mal... ¡Con tal que este alma no exista! Y si por desgracia existe, ¡con tal que no sea inmortal! Lejos de ser la consoladora ilusión de

los simples, de los ignorantes, la creencia en la libertad, en la responsabilidad del hombre, es a lo largo de los milenios la tradición de las élites; es el espíritu de la civilización, la civilización, la civilización misma transmitida por los genios. A lo largo de todas las épocas, millares y millares de imbéciles, imbéciles sin número, en innumerables idiomas, han repetido con aires de entendido: «Cuando uno se ha muerto, todo está muerto». Y si no lo decían, es que no se atrevían a decirlo, es que tenían vergüenza de decirlo; preferían fiarse de los más instruidos que ellos, de los sabios. Pero en cuanto se debilita el prestigio de los sabios, la autoridad de los Poderosos, en cuanto flaquea la civilización, los hombres de masa vuelven a buscar un solar, un rincón de calle donde perder su alma inmortal, con la esperanza de que nadie se la vuelva a traer. Y, de repente, el gesto tenido hasta entonces por innoble ha sido también el de los sabios. Los que siempre se habían mirado como los guardianes de la más alta tradición de la especie rechazan ahora esa carga. Sin duda, apenas habían esbozado el gesto de renuncia, pero ese era el gesto que esperaban las masas desde siempre, desde la salida del Paraíso. Los augures no habían hablado más que a media voz, pero la humanidad media, herida ya en el corazón por el presentimiento de las próximas catástrofes, ansiosa de declararse irresponsable, de sufrir esas catástrofes en lugar de hacerles frente, prestaban oído al menor murmullo. Hubiese sido capaz de leer de lejos en los labios la sentencia que estaba esperando, que iba a descargarla de su conciencia. El hombre no es libre ¡qué alegría! y el sabio es tan poco libre como el ignorante, el prudente como el loco, ¡qué alivio! La igualdad gana de golpe, de un golpe decisivo todo lo que pierde la libertad, la libertad está vencida, no solamente vencida sino aniquilada en su mismo principio, en su principio espiritual, desintegrada. Ya no hay injusticia, no por la victoria, reconocida imposible, de la justicia sobre la injusti-

cia —vana ilusión de la dialéctica—, sino porque la justicia ya no existe, como se acercarían las distancias hasta el punto de reducirlas a nada, suprimiendo radicalmente el espacio. El hombre no es responsable de la historia, nos podemos lavar las manos de la historia, igual que en la palangana de Poncio Pilato. «¡Qué la sangre del Justo caiga sobre nosotros!» exclamaban los judíos, hace dos mil años.

¡Pero ya no hay ni justo ni injusto, no hay arriba ni abajo!, ¡y así la sangre no cae jamás!

Tal doctrina puede pasar por revolucionaria. No es revolucionaria. O es revolucionaria en este sentido de que revoluciona la revolución suprimiéndola. Suprime la revolución suprimiendo la Historia. Y suprimiendo la Historia, suprime Europa a la vez. Ya no hay sitio para Europa en un mundo sin libertad. Se me dice que el hombre no es libre. ¿Pero quién me lo prueba? Y si se me pide que prueba lo contrario, responderé a mi vez: «Puesto que todo esto tiene que resolverse, a fin de cuentas, por una apuesta, pues bien, apuesto por el hombre». Europa ha apostado siempre por el hombre. Y la prueba que ha jugado todas sus cartas en esta apuesta, es que se viene abajo al mismo tiempo que la libertad.

Quien salve la libertad, salvará a Europa. Quien pierda la libertad, perderá a Europa. Pero, ¿es la libertad lo que hay que decir? El destino de la libertad está unido al destino del hombre libre, la libertad es el hombre libre. Todos nosotros sabemos que, por una extraña paradoja, el capitalismo naciente sacrificaba en nombre del liberalismo al hombre libre a este mismo despiadado determinismo de las cosas que denunciamos en el marxismo. Haciendo de la sociedad una simple máquina de producir, la vaciaba, por extenuación de las fuerzas espirituales indispensables para mantenerla en un cierto nivel de humanidad, para mantenerla humana. Como el vulgo cree que la sangre, que no es para él más que carne

líquida, se vuelve agua en el hidrópico por una especie de fundición general de los tejidos vivos, así la sociedad moderna, empujada despiadadamente a producir, perdía por todos los orificios su sustancia sagrada. Liberal o marxista, lo que se llama la sociedad moderna no ha dejado de debilitar la resistencia moral del hombre en provecho de su eficacia sobre las cosas. ¿Por qué entonces habríamos de oponer el liberalismo al marxismo, ya que son solamente dos aspectos de una misma dimisión del hombre frente a su destino?

Se dice a menudo que este mundo moderno denunciado por Péguy es, en realidad, el mundo de las máquinas y que, al denunciarlo a mi vez, parezco ceder al mismo arrebato de odio ciego que antaño hizo abalanzarse a los obreros de Lyon sobre la primera máquina de tejer. ¡Ustedes perdonen! ¡Odio ciego se dice pronto! Claro que si, como se teme, como puede temerse con Einstein o Joliot-Curie, una experiencia de desintegración más definitiva que las otras, hace saltar el planeta, ¿les había fallado tanto el instinto a los obreros de Lyon? Es vano objetar que ninguna fuerza del mundo hubiese podido impedir el desarrollo de las ciencias físicas y las invenciones que fueron consecuencia de él, como si las máquinas se hubieran multiplicado por sí mismas, en un clima que se había vuelto favorable de repente, como si fueran bichejos. El espíritu del hombre no ha sabido controlar las obras de sus manos, esto es más bien lo que hay que decir.

Lo que he dicho de eso que llamo la contracivilización podría interpretarse como una condena de la ciencia y de los sabios. Quisiera explicarme en este punto. No desespero ni de la ciencia ni de los sabios, como lo ha hecho, por ejemplo, hace muy poco, un hombre que había creído ciegamente en la ciencia, en los sabios y en el paraíso mecánico. No son la ciencia ni los sabios los que han acelerado hasta el absurdo la

evolución mecánica, sino la codicia desencadenada a través del mundo por estas formas nuevas e inesperadas de la especulación.

No es la ciencia la que ha fundado el mundo moderno, sino la ciencia al servicio de la especulación, y el mundo moderno no es el mundo moderno a secas —lo que bastaría para justificarle— sino solamente el mundo actual, quiero decir, un mundo moderno entre muchos otros que hubiesen podido existir si la ciencia no hubiera roto con la conciencia y no se hubiese puesto a servir a cualquier amo. Cierto, es verdad, que ninguna fuerza es capaz de parar o incluso aminorar el movimiento del espíritu humano. Pero el espíritu humano no se mueve forzosamente en el mismo sentido y hacia el mismo fin. El espíritu humano se mueve a la vez en varios sentidos, y si aminora en uno para precipitarse en otro, el equilibrio de la civilización está roto. Los hombres empiezan ya a morir.

Si la ciencia no hubiese hecho estos enormes saltos adelante bajo el látigo de todas las codicias que se consumían por usarla, el descubrimiento de la fisión atómica del plutonio se habría producido ciertamente mucho más tarde, no habría sorprendido a la humanidad en plena crisis de nihilismo moral que la hace capaz de cualquier locura, y en primer lugar de destruirse a sí misma. Si los egipcios o los griegos hubieran sido guiados en sus trabajos por una concepción del hombre y de la vida semejante —o sólo comparable— en la nuestra, sin duda no habríamos conocido nunca los diálogos de Platón, y la catástrofe planetaria que nos amenaza se habría producido posiblemente hace tiempo. Me diréis que no se puede comparar la civilización de las máquinas con la civilización de los propileos, o que esta comparación no es más que un puro juego del espíritu. Desgraciadamente, no se comparan solamente, se enfrentan la una a la otra. Sabemos que las máquinas y los propileos no se encuentran en

dos mundos separados; existen las unas al lado de los otros. Existiendo unas al lado de las otras, no tenemos derecho a razonar como si los propileos fuesen tan peligrosos para las máquinas como las máquinas lo son para los propileos, como si las máquinas y los propileos pudieran mantenerse a raya, indefinidamente, cara a cara, como dos adversarios de igual fuerza, igualmente armados... Los propileos están totalmente sin defensa frente a las máquinas. Y las máquinas, que pueden todo contra los propileos, no pueden gran cosa a favor de ellos. Como lo señalaba el otro día Jules Romains —por una vez estoy de acuerdo con él—, si es cierto que un minúsculo proyectil es capaz de aniquilar una ciudad en siete décimas de segundo, sabemos muy bien que nunca recuperaremos la ventaja adquirida por la bomba atómica y que no estamos cerca de descubrir el proyectil que rehaga en siete décimas de segundo la ciudad aniquilada... Esta observación es muy simple. Por eso precisamente es más sorprendente. ¡Claro! Sin duda, la humanidad no tiene necesidad de ciudades, podría incluso volver a hacerse nómada, y encontrar un refugio móvil en la máquina de arrasar ciudades. Pero el error está precisamente en creer que la maquinaria no logrará sino cambiar el decorado, es decir, las condiciones de vida, y que el hombre, en definitiva, puede adaptarse a todas. Son esas opiniones simplistas con las que se asegura y se fortifica la seguridad de los imbéciles. La humanidad no vive en el interior de su maquinaria como un objeto inerte en una caja cuya forma y cuyos colores pueden modificarse infinitamente y sin riesgos. El caracol está en su caparazón, pero su caparazón es también parte del caracol. La mecanización del mundo —se podría decir su totalitarización, es lo mismo—, responde a un deseo del hombre moderno, un deseo secreto, inconfesable, un deseo de dimisión, de renuncia. Las *máquinas se han multiplicado en el mundo en la misma* proporción en que el hombre renunciaba a sí mismo, y ha como

renunciado abandonándose a ellas. La historia dirá, tarde o temprano —si todavía queda un ser pensante en ese momento para escribir la historia—, que la maquinaria ha transformado no tanto el planeta como el dueño del planeta. El hombre ha hecho la máquina, y la máquina se ha hecho hombre, por una especie de inversión demoníaca del misterio de la Encarnación...

Ya habéis oído decir que soy un demoledor, y no un constructor. Me niego a llamar constructores, a pesar de una vaga asonancia, a los fabricantes de constituciones. Cuando haya encontrado un constructor, me comprometo a venir a decíroslo aquí, pero probablemente ya se habrá nombrado a sí mismo. En cuanto a mí, no soy más que un testigo, doy testimonio de lo que veo. Veo construirse un mundo del que, por desgracia, no basta con decir que el hombre no podrá vivir en él; podrá vivir con la condición de ser cada vez menos hombre.

Y, por otra parte, este mundo no se construye, aunque quisieran hacerme creer que se construye. No se construye, da la impresión de construirse porque en él se trunca, mutila y suprime todo lo que pertenecía antaño al hombre libre, todo lo que se había hecho para su uso y que podría recordar mañana, al robot totalitario, la dignidad que ha perdido, y que no volverá a encontrar ya más. Con una cantidad de máquinas demoledoras, perforadoras, excavadoras, y de explosivos perfeccionados, los demoledores disfrazados, con el título de constructores en la gorra, están organizando un mundo para el uso de un hombre que no existe. Los impostores no me piden que crea que este hombre existe, sino que crea que existirá un día, y me lo piden de una manera tan apremiante que me parece ya sentir el cañón de su pistola en la nuca. Cierto, no nos prometen en absoluto este hombre para mañana, no nos prometen la felicidad, no se atreverían a fingir que no ven lo que se asoma por el hori-

zonte. Admiten de buen grado que su hombre no está para nacer y que no será como ellos que sólo pueden dar una idea poética de él. Le anuncian, es todo, son sus anunciadores más que sus precursores. Antes de que exista, antes de que estemos seguros de si podrá existir algún día, millones y millones de hombres, hombres sin número, innumerables generaciones de hombres reventarán en un mundo hecho para otro ser. ¡Y qué más da! Lo que importa, es hacer irreversible la experiencia cuanto antes, destruyendo al hombre cristiano. Es hacer al mundo de mañana tan inhabitable para el hombre cristiano como el de la época glaciar para el mamut.

La civilización europea se viene abajo y no se la reemplaza por nada, esta es la verdad. En lugar de esos inmensos ahorros acumulados de civilización, de humanidades, de espiritualidad, de santidad, nos ofrecen un cheque sin fondos, firmado con un nombre desconocido, puesto que es el de una criatura todavía por venir. Nos negamos a entregar a Europa. Y por otra parte, no se nos pide que la entreguemos, nos piden que la liquidemos. Nos negamos a liquidar a Europa. El momento de liquidar a Europa, si es que tiene que llegar, no ha llegado aún. Es cierto que la decadencia de Europa no es de ayer, lo sabemos. Pero también sabemos que la decadencia de Europa ha marcado la decadencia de la civilización universal. Europa ha decaído en el momento en que ha dudado de sí misma, de su vocación y de su derecho. No se puede negar que este momento ha sido también el de la llegada del capitalismo totalitario. Hablo, una vez más, del *capitalismo totalitario,* pues el liberalismo no ha sido para éste más que una etapa, un medio para plantear por todas partes problemas que sólo el intervencionismo puede resolver. El capitalismo y el totalitarismo no son más que dos aspectos de la primacía de lo económico. El Estado totalitario no se opone al dinero, se sustituye a sí mismo por él. Confiscando en su provecho todo el poder del dinero, mete la mano a la

vez en todas las organizaciones de la corrupción, no para suprimirlas, sino para servirse de ellas. La gran desgracia, o más bien la extrema miseria de esta sociedad de la que se nos anuncia que va a morir, como si en el sentido estricto de la palabra hubiera vivido realmente algún día, no es que el dinero haya sido su dueño, es que ha sido un dueño legítimo, no solamente poderoso, sino honrado. El dinero había ganado en ella poco a poco todo lo que perdía el honor. El dinero, con sus millones de ventosas, ha aspirado lentamente, día a día, todo el honor que había en el mundo, y el pulpo gigante ha engordado ahora hasta tal punto que el menor movimiento podría hacerle estallar. En frente del monstruo, casi reducido a la impotencia, el Estado totalitario abre su enorme boca con el fin de tragarse de golpe, de un bocado, el honor y el dinero. Sabemos que no devolverá ni lo uno ni lo otro.

Nos negamos a liquidar Europa. Europa sufre el asalto de fuerzas inmensas, pero estas fuerzas apenas merecen este nombre. Más bien nos deben hacer pensar en zonas de depresión excavadas a través del mundo por el derrumbamiento de enormes territorios de civilización, de una civilización que Europa le ha dado. Europa está menos socabada por fuerzas antagónicas que aspirada por el vacío. La civilización europea cede a medida que aumenta desmesuradamente por todas partes del número de hombres envilecidos, degenerados, devaluados, para los que la civilización no es un deber con respecto al pasado, una carga hacia el futuro, sino solamente una fuente de goces y provechos. La civilización europea no es responsable de estos hombres. Han renegado de ellas, odian su tradición y su espíritu. Su multiplicación es la señal de una crisis universal, una crisis de toda la humanidad y esta crisis ha coincidido precisamente con el hundimiento de lo que se podría llamar los cimientos intelectuales y espirituales de Europa. Por supuesto, el gran edi-

ficio político europeo, este monumento ilustre tenía que sufrir el primero, más peligrosamente que ningún otro, las consecuencias de semejante desnivelación, porque era una obra de arte de proporciones afortunadas, pero no construida para resistir cataclismos de los que la civilización ya no se acordaba. Digo cataclismos y no catástrofes. Es evidente que en un mundo organizado la civilización era la primera condición del poder. Hoy, un pueblo no emplea menos tiempo en civilizarse, pero la técnica le permite quemar las etapas del poder. Sabemos lo que era Rusia hace poco más de cien años. Sabemos lo que la técnica asociada al regimen de la dictadura ha hecho de ella. Tenemos derecho a pensar que esta explosión técnica realizada —por así decir— en el vacío, es decir, en un medio casi totalmente privado de libertad, ha sido un fenómeno totalmente nuevo, capaz de estremecer cualquier civilización. Pues, en fin, se olvida demasiado a menudo, se olvida demasiado, que la primera experiencia totalitaria data de 1917, y que ha desequilibrado moral y materialmente a Europa. En la medida que Rusia misma no se ha reconocido nunca solidaria al destino de Europa, tenemos derecho a decir que el fenómeno totalitario, al menos por su origen, no es, propiamente hablando, un fenómeno europeo.

La civilización europea no es una civilización de masas. ¿Sé qué sentido místico y como religioso se da hoy a esta palabra? ¡Qué me importa! La civilización existe precisamente para que no haya masas, sino hombres lo bastante conscientes para no constituir nunca masas, aunque se parezcan entre sí. No digo que lo logre, digo que debe tender a ello. El mundo moderno no se ha propuesto nunca el crear una civilización de masas, lo que sucede es que sólo podía producir semejante monstruo, y presume de hacer voluntariamente lo que hace por necesidad o, mejor dicho, por impotencia. El mundo moderno honra a las masas, no está muy

lejos de adorarlas. Adorándolas, se adora y se diviniza a sí mismo, porque se reconoce en ellas. Sí, en las masas de los trabajadores, por ejemplo, no es la miseria o el trabajo lo que glorifica, sino la masas, el total, el Total sagrado, del que la civilización totalitaria ha dejado formarse un tipo de hombres en los que el más grosero instinto social se ha desarrollado patológicamente a costa del sentido social, del genio social: un tipo de hombres que se aglutinan, por una especie de necesidad física, para matarse entre sí o para gozar juntos, y que son así forzados a poner en común lo que les queda de odio o de amor.

Las masas están hechas cada vez más, no de hombres unidos por la conciencia de sus derechos y la voluntad de defenderlos, sino de hombres de masa hechos para subsistir en masa en una civilización de masas, donde el menor pequeño grupo disidente de hombres libres sería considerado como una grave ruptura de equilibrio, una amenaza de catástrofe, una especie de grieta, de fisura capaz de provocar bruscamente la caída de todo el edificio. La dictadura de las masas no es en absoluto la liberación de las masas, uno se imagina muy bien, por el contrario, una dictadura de masas dominadas, y esta dictadura será tanto más pesada cuanto más «masas» sean las masas, es decir, cuanto más dominadas estén. Es posible que no sea éste ni el lugar ni el momento para decir estas cosas, pero las digo. Me apresuro a decirlas porque el tiempo de decirlas está contado, y una vez dichas, ya no se las podrá asfixiar, porque son verdades de sentido común; continuarán hablando cuando nuestras bocas estén llenas de tierra, y los que nos sigan las verán todavía cuando nuestras órbitas lleven vacías mucho tiempo.

¡No! No soy cómplice de esta solicitud de las nuevas élites dimisionarias para con las masas... Toda esta gente proclama hoy la llegada de las masas, pero esto es para no confesar que denuncian unos deberes demasiado pesados. Proclaman la lle-

gada de las masas, porque les falta la fuerza y el coraje de hacer otra cosa que no sean masas. Proclaman la llegada de las masas con el mismo espíritu con el que se descargarán pronto del Imperio, bajo el pretexto de reparar así las faltas o los crímenes del «colonialismo», pero, en realidad porque ya no sabían qué hacer con el Imperio, el Imperio es demasiado grande para ellos. La verdadera generosidad se mide por lo que se da y no por lo que no se deja coger. Cuando se pretende capitular en nombre de la justicia, es casi siempre la justicia la que capitula.

Pronuncio una vez más la palabra capitulación con un presentimiento fúnebre. Posiblemente no hemos acabado con las capitulaciones. Pero es posible que dependa de nosotros, es posible que dependa de un pequeño número de hombres el acabar de una vez con este vil equívoco por el que la palabra capitulación ha tomado estos últimos años todos los sentidos, con la sola excepción del que le conviene: el de la cobardía. No impediremos nunca a los cobardes que capitulen, lo que equivaldría por otra parte a cambiarles milagrosamente de naturaleza. Pero, tal vez podremos impedirles que capitulen sin vergüenza o incluso –según la palabra siempre célebre del gobierno de Vichy–, ¡en el honor y la dignidad! Lograremos tal vez deshonrar la capitulación y, con ella, una civilización degenerada, envilecida, exsangüe, que toma por victorias todas sus rendiciones.

Lo sabéis, no soy un hombre que se cuida y no he tenido mucho cuidado con vosotros esta tarde; más bien he abusado de vuestra paciencia. No espero que salgáis de esta sala bendiciéndome por haberos salvado del optimismo y haberos dispuesto a una tarde apacible y una noche sin sueños. ¡Desconfiad! Las noches sin sueños no son siempre el presagio de un feliz depertar. La mayor parte de los condenados a muerte duermen a pierna suelta su última noche... No os considero condenados a muerte, os creo en peligro de

muerte. Pero, mirado, sólo muere el que quiere morir, pues no hay realmente más que una muerte que merezca el nombre de muerte, una muerte verdadera, una muerte muerta, es la de morir vencido. Y nunca es vencido más que el que desespera. ¡Vaya! ¡Sé muy bien que no se me toma generalmente *por* un *profesor* de esperanza! Es *cierto* que no enseño la esperanza. ¡La esperanza no se enseña como la gramática! La esperanza, como la fe, es una gracia de Dios. Basta con que estemos dispuestos a recibirla. Y para estar dispuestos a esperar en aquello que no engaña, hay que desesperar primero de lo que engaña. ¡Y bien! Os invito a desesperar de vuestras ilusiones, así pongo la desesperación al servicio de la esperanza. Pedís remedios. ¿Para qué ponernos a buscar juntos remedios a vuestros males, si no sabéis de qué os morís?

Se puede pensar lo que se quiera del mundo moderno, pero creo que ha llegado el momento de saber si el mundo moderno está hecho para los hombres, o los hombres para el mundo moderno, es decir, si tenemos el derecho a dejar que el mundo moderno intente salvarse a costa de los hombres. Entendemos muy bien que el mundo moderno, o la especie de civilización mecánica y concentracionaria a la que damos este nombre, está, no salvándose, sin duda, perdonadme por haber empleado esta palabra, sino subsistiendo todavía a costa del hombre, a costa de millones y millones de hombres masacrados, torturados, encarcelados, hambrientos. A costa de millones de hombres, y además a costa de pan, de vino, de ríos, de bosques, de ciudades ilustres hundidas una detrás de otra bajo las bombas. Lo que me espanta —¡Dios quiera que pueda haceros participar de mi espanto!— no es que el mundo moderno lo destruya todo, es que no se enriquece en absoluto con lo que destruye. Destruyendo se consume. Esta civilización es una civilización de consumo, que durará mientras haya algo que consumir. ¡Oh! Sé bien que os cuesta

tenerla por tal, mientras que su única ley parece ser, precisamente, la producción e incluso la producción en exceso, la producción sin medida. Pero esta producción monstruosa, este gigantismo de la producción, es precisamente la señal del desorden al que, tarde o temprano, no puede dejar de sucumbir. Destruyendo, se consume. Produciendo, se destruye.

... La civilización mecánica y concentracionaria produce mercancías y devora hombres. No se le pueden poner límites a la producción de mercancías. La civilización mecánica no parará de producir mercancías más que cuando haya devorado a los hombres. Los habrá devorado en las guerras, en masas enormes y a trozos, pero los habrá devorado uno a uno, les habrá vaciado uno a uno de su médula, de su alma, de la sustancia espiritual que les hacía hombres. Y sería también una locura, ahora lo veo, el creerla capaz de hacer felices un día, en un mundo hecho para ellos, a estos hombres deshumanizados. Los destruirá desapareciendo ella misma, desaparecerán con ella, si es que tales hombres pueden pretender todavía el derecho y el honor de morir.

Sé muy bien que hablando así, ofendo en vosotros aquello a lo que, sin embargo, trato de apelar: a vuestro sentido común. Decís que una civilización, sea la que sea, no puede hacerse enemiga de los hombres. Pensáis que la nuestra debe haber llegado en su momento, y que nadie podrá frenar el curso de la historia. Desgraciadamente, esta imagen del río de la historia, que no es, sin embargo, más que una imagen, nada más que una imagen, dirige vuestros reflejos mentales. Veis —digo *veis*— verdaderamente veis este gran río que lleva la humanidad con un movimiento majestuoso, irresistible... Pero lo que yo veo es que son los hombres los que hacen la historia. No la hacen toda entera. No regulan solos su dirección ni su curso. Pero sin el constante esfuerzo de los hombres, una civilización agota en seguida sus recursos y su

impulso. No se trata ahora de detener el curso del río, o incluso de remontarlo. Se trata, por el contrario, de abrirle una salida a la historia. El mundo moderno no se mueve demasiado deprisa. En realidad, se mueve cada vez menos. Son sus absurdas máquinas volantes las que se ven en el espacio con la velocidad del rayo. El, en cambio, tiende a la inmovilidad, pues dar vueltas sobre sí mismo es estar inmóvil. El mundo moderno produce indefinidamente maquinaria, como un disco de fonógrafo deteriorado repite indefinidamente la misma palabra y la repetirá hasta que quitéis el disco del aparato y lo tiréis por la ventana. Toda civilización produce una maquinaria y puede producir más o menos, pero el mundo moderno no se contenta con producir máquinas, se vuelve él mismo una máquina. Y si no se tiene cuidado, esta maquinaria va a complicarse sin cesar, hasta el punto de que toda la actividad natural del hombre ya no bastará para cuidarla. La civilización de las máquinas no ha sido, en su principio, más que un medio de enriquecimiento o de disfrute, pero el medio va a convertirse, si es que no se ha convertido ya, en un fin. ¡Dios mío!, comprendedme bien, os lo ruego, esto no son ni imágenes ni metáforas, sino verdades muy simples y de sentido común. El oro —que no es más que un medio— ¿no se vuelve un fin para el ávaro? El ávaro, ¿no es acaso capaz de sacrificarse por su oro hasta el punto de morir antes que abandonar la menor partícula? Tal extravagancia nos es familiar. Pero si no hubiéramos tenido nunca un ejemplo de esto, ¿lo juzgaríamos posible? Hay en el hombre algo muy distinto de lo que piensan los impostores que le creen inspirado sólo por el amor a sí mismo. Hay en el hombre un odio secreto, incomprensible, no sólo por sus semejanzas sino por sí mismo. Se puede muy bien dar a este misterioso sentimiento el origen o la explicación que se quiera, pero hay que darle una. Nosotros, los cristianos, creemos que este odio refleja otro odio, mil veces más profundo y

más lúcido –el del Espíritu indescriptible– que fue el más resplandeciente de los astros del abismo, y que nunca nos perdonará su inmensa caída. Fuera de la hipótesis del pecado original, es decir, de una contradicción íntima de nuestra naturaleza, la noción de hombre se vuelve nítida, sólo que ya no es la noción de hombre. El hombre se ha escapado a través de la definición del hombre, como un puñado de arena entre los dedos.

En el último librito de Wells, *El Espíritu para el arrastre,* maldición más que testamento, el célebre escritor que en el pasado se creía ingenuamente el profeta del futuro paraíso de las máquinas, de la nueva Edad de oro, escribe estas desesperadas palabras:

«La especie humana ha llegado al final de su recorrido. El espíritu ya no es capaz de adaptarse con la suficiente rapidez a unas condiciones que cambian más rápidamente que nunca. Llevamos cien años de retraso con respecto a nuestros inventos. Esta diferencia no hará más que aumentar. El señor de la Creación ya no está en armonía con su medio. Así, el mundo humano no sólo está en quiebra sino liquidado, no dejará nada detrás de él. Tratar de describir de nuevo *La Forma del futuro* sería una vana empresa, ya no hay futuro».

«Llevamos cien años de retraso con respecto a nuestros inventos, y esta diferencia no hará más que aumentar». El poder y el maleficio de estas imágenes, a la vez ingeniosas y someras, que los imbéciles acogen con tanto favor, porque les sirven de ideas generales es enorme. ¿Qué significa, mirándolo bien, este avance de la civilización con respecto a los hombres? La civilización no es algo hacia lo que uno corre. La civilización es obra del hombre, y el hombre es capaz de imaginar un gran número de civilizaciones muy diversas. Se trata de encontrar la que le conviene mejor, es decir, la que le permite realizarse mejor en este mundo. Para elegir con seguridad, sería primero necesario que se cono-

ciese bien a sí mismo. Ahora bien, los hombres no se entienden en absoluto entre sí con respecto a su propia definición. Son, pues, perfectamente capaces de dejarse arrastrar a más experiencias desgraciadas partiendo de una definición falsa o incompleta del hombre. Pero a los imbéciles les repugna plantearse tales problemas, prefieren dejar su solución al tiempo. La civilización de hoy es necesariamente superior a la de ayer, y la de mañana será netamente superior a la de hoy por la misma razón. Si los hombres no se encuentran a gusto con ella y se devoran entre sí como ratas en una ratonera, ¡es que la civilización no es la de hoy sino la de mañana o la de pasado mañana! El hombre está retrasado con respecto al calendario, esto es todo. ¡Pues bien! ¡Estamos hartos de estas majaderías! Están hechas para agradar a pueblos no desarrollados o mal desarrollados, a los que la técnica ha hecho salir bruscamente de la barbarie, o de más abajo todavía que de la barbarie, de esa especie de servidumbre, de esta profunda degradación de la servidumbre, de esta servidumbre sin fondo donde el siervo busca todavía un siervo más siervo que él para dominar, como esos monjiks que nos describe Gorki en sus inmortales recuerdos de infancia, y que se consideraban felices si podían dar una paliza cada día a su mujer sin matarla, para poder volver a empezar al día siguiente. Lo que digo es que una civilización que engendra guerras inexpiables, que no subsiste sino gracias a la dictadura política, cínica o enmascarada, al intervencionismo económico y a esta empresa universal de atontamiento cuyo desarrollo gigantesco, bajo el nombre de Propaganda, logrará tarde o temprano tratar la opinión tan fácilmente, y con técnicas tan seguras como cualquier otra materia prima esta civilización no va por delante del hombre, sino por detrás. ¿Está la humanidad amenazada de muerte, sí o no? Lo que se nos quiere presentar como crisis del régimen capitalista, ¿no es en realidad una crisis de toda nuestra civiliza-

ción? No es que yo haya pensado nunca identificar capitalismo y civilización. Pienso, por el contrario, que el régimen capitalista camina, por el crecimiento cada vez más rápido del dirigismo económico, hacia el régimen totalitario; para caer en él tendrá que despojarse de lo que todavía le queda de humano. Estoy firmemente convencido de que la civilización capitalista es una civilización perdida o —para recordar la feliz expresión de Chesterton— una civilización cristiana que se ha vuelto loca; y cada día comprendemos mejor que esta locura es una locura furibunda, el *delirium tremens*.

Lo que el totalitarismo nos propone no es curar a esta humanidad furiosa, sino encadenarla, encadenarla rabiosamente a su proyecto totalitario, a sus planes quinquenales; encadenarla a su trabajo por medio del cuerpo después de haberle arrancado los ojos, como antiguamente se hacía con los esclavos en el lagar o con los galeotes en las galeras. No, no se trata de destruir las máquinas, se trata de comprender que la civilización de las máquinas favorece como ninguna el lento pero seguro aplastamiento de los hombres libres por las masas, es decir, por el Estado irresponsable... El Estado irresponsable procura cercenar todo lo que le supera y triturar todo lo que se le resiste; el Estado-Dios, el dios de un universo sin Dios, que pronto será un universo sin hombres, haciendo resplandecer así la misteriosa solidaridad entre Dios y el hombre, que es sin duda el más augusto misterio de los cristianos. No se trata de formar hombres libres a costa de las masas, pues por más que las máquinas pongan la confianza en su volumen y en su peso, no sobrevivirán a los hombres libres; en una humanidad sin hombres libres, las masas no tardarían en perecer como perecen las hojas de un árbol carente de savia. Tampoco se trata de destruir las máquinas; se trataría más bien de salvar también a las máquinas, porque la civilización de las máquinas conduce finalmente a la destrucción de las mismas. ¿Acaso no es la bomba

atómica una máquina para destruir precisamente las máquinas? Es una máquina para destruir a todas las otras máquinas. Es también esencialmente una máquina para destruir las masas, para aplastarlas en el lagar. De este modo podemos discernir la verdadera naturaleza y los móviles secretos de esa solicitud que el mundo moderno aparente en todo momento por las masas: es una solicitud carnicera.

El mundo sólo se salvará por los hombres libres. En el curso de un rápido viaje a Alemania, esta verdad tan simple no ha dejado de bullir en mi corazón como una pequeña llama sacudida por el viento de la noche. Porque en Alemania, lo repito, es de noche. Alemania está sumida en una profunda noche. ¿Se iluminará esta noche o caeremos también nosotros en ella? ¡Ay! A medida que me alejaba de esas ciudades derruidas, la sombra espectral que las cubría me seguía en mi recorrido; surgía de todos los puntos del horizonte y pronto iba a alcanzarme también a mí. He visto el espectro de Europa, he contemplado el espectro de la antigua cristiandad. Alemania era una especie de cristiandad; Prusia hizo de ella una nación armada. Hitler ha hecho de esta nación armada una masa, una masa irresistible, un bloque de bronce tan compacto que, para romperlo, Europa ha tenido quizá que destrozarse, a sí misma. Si la masa pudiera salvar, Alemania no sería hoy un montón de escombros. Y ahora comprendemos muy bien que Alemania habría podido ser salvada por un puñado de hombres libres cuyo ejemplo y cuyo martirio habría impedido fraguar a la masa alemana cuando todavía había tiempo. El mundo sólo se salvará por los hombres libres. Al hablar así, permanezco fiel a la tradición de Europa. Rindo un homenaje a la tradición de mi país que no solamente fue, durante siglos, la razón lúcida sino el corazón inflamado de Europa. Estoy de acuerdo tanto con los hombres del siglo XIII como con los del XVIII, con San Buenaventura y con Pascal, con Pascal y con

Jean-Jacques Rousseau. El mundo sólo se salvará por los hombres libres. ¡Hay que hacer un mundo para los hombres libres!

NUESTROS AMIGOS LOS SANTOS

Estos grandes destinos escapan, más que cualquier otro, a toda clase de determinismo: los santos brillan y resplandecen con una libertad explosiva.

Túnez, 1947

Si el mismísimo Padre Foucauld me hubiese pedido esta conferencia, me pregunto si no hubiera conseguido encontrar alguna excusa para negarme, excusa que su indulgencia, probablemente, habría tenido por válida. Pero ha hecho que la petición me llegara a través de sus hijas, y resulta que aquí estoy; que aquí estamos todos reunidos para demostrar que las hijas del P. Foucauld terminan siempre por conseguir lo que se proponen. No es que esto sea exactamente un milagro, pero se le parece bastante. Digamos que se trata de un milagro preparatorio. Porque, habiendo decidido hablaros esta tarde —¡qué imprudente!— de un país en el que no he puesto los pies jamás, a pesar de ser un viajero incorregible; de un país del que ni siquiera estoy completamente seguro de haber encontrado un solo habitante auténtico, un solo aborigen; para abreviar, como he decidido hablaros de la

santidad y de los santos, el milagro, el verdadero milagro, el milagro indiscutible sería que lograseis escucharme sin aburriros... ¿Qué queréis que os diga? Tratad de ser lo más indulgentes posible: es mi primer sermón.

Me diréis que hubiese podido escoger otro tema. Pues veréis, no está tan claro. Las más de las veces no somos nosotros quienes escogemos el tema, es el tema el que nos escoge a nosotros. Los aficionados a la literatura se imaginan que un escritor hace con su imaginación lo que le da la gana. Desgraciadamente, la autoridad de un escritor sobre su imaginación de escritor es más o menos la misma que el código civil nos garantiza frente a nuestros encantadores y pacíficos compañeros de viaje, ¿me entendéis? Cuando me llegó la carta que la hermana Simone du Coeur Eucharistique me había hecho el honor de escribirme, mi primera reacción fue —creo que ya lo he dicho— la de zafarme, escabullirme, en el mismo sentido en que se dice que un caballo se zafa. Pero cuando yo evito el obstáculo a la primera, luego tengo que saltarlo a fondo, como esos viejos caballos concienzudos que lo cogen siempre por el centro y en el punto más alto... «¡Vaya! —pensé—. ¿Con que se trata de eso? Pues peor para ellos, les voy a hablar de la santidad». La verdad es que el tema, el dichoso tema me había echado la garra encima; y yo me daba perfecta cuenta de que la suerte estaba echada, de que no podría hablaros de otra cosa.

En primer lugar ¿qué es lo que me propongo al hablar de los santos? ¡De verdad, no el edificaros! Si os resulta edificante, al menos no lo habré hecho adrede, os lo prometo. Vamos a intentar hablar de los santos tranquilamente, como los niños hablan entre ellos de las personas mayores; no trataremos sino de cambiar impresiones sobre estos hombres, al mismo tiempo tan distantes y tan cercanos a nosotros...

Esto me recuerda un verso célebre de Elouard, en su

poema *Guernica:* «La muerte, tan difícil... y tan fácil...». Se podría muy bien decir otro tanto de la santidad...

La santidad nos parece terriblemente difícil, tal vez porque no sabemos, porque ni siquiera nos preguntamos nunca seriamente en qué consiste. Es lo mismo que pasa con los niños cuando hablan de las personas mayores. No saben lo que piensan de ellas, no se preocupan de saberlo: se conforman con jugar a ser la dama y el caballero. Después, poco a poco, a base de jugar así a ser personas mayores, terminan por hacerse ellos mayores también. ¿No será buena la receta? ¿No podría suceder que, a base de jugar a los santos, termináramos por llegar a serlo? En todo caso, parece que así es como lo hizo la pequeña Teresa de Lisieux; podría decirse que ha llegado a ser santa jugando a los santos con el niño Jesús, como el chiquillo que, a fuerza de jugar con un tren mecánico, termina siendo, sin darse cuenta, ingeniero ferroviario o, más sencillamente, jefe de estación...

Dejadme que me detenga por un momento en esta comparación del ferrocarril. No me parece tan mala, después de todo... Uno puede imaginarse perfectamente a la Iglesia como una gran empresa de transportes, de transportes al Paraíso, ¿por qué no? Pues bien, yo me pregunto: ¿qué sería de nosotros sin los santos, que son los que regulan el tráfico? Ciertamente, en dos mil años la empresa ha tenido que sufrir no pocas catástrofes: el arrianismo, el nestorianismo, el pelagianismo, el gran cisma de Oriente, Lutero... por no hablaros sino de los descarrilamientos y de los choques más célebres. Pero sin los santos, os lo aseguro, la cristiandad no sería más que un gigantesco montón de locomotoras volcadas, de vagones incendiados, de raíles retorcidos y de chatarra oxidada bajo la lluvia. Ni un solo tren circularía, desde hace ya mucho tiempo, sobre las vías invadidas por la hierba. ¡Ajá! Ya sé que algunos de vosotros se están diciendo ahora mismo que lo pinto demasiado bonito, y que estoy dando

demasiada importancia a unos personajes, al fin y al cabo, un tanto *marginales*; y que me engaño al compararlos con unos apacibles funcionarios, puesto que, en contra de toda la tradición administrativa, se benefician del ascenso a cuenta del mérito y no de la antigüedad, y se les ve pasar bruscamente del modesto empleo de trabajador corriente y moliente al de inspector general o director de la compañía, justo en el preciso momento en que se les había puesto de patitas en la calle, como le pasó a Juana de Arco, por ejemplo.

Más vale no seguir adelante con mis comparaciones ferroviarias, aunque no sea más que por respeto al amor propio, siempre un poco escrupuloso, de los señores eclesiásticos; especialmente, como es lógico, de los que me han hecho el honor de venir a escucharme, y que deben preguntarse con inquietud cuál es exactamente su misión en esta imaginaria compañía de transportes: ¿el despacho de billetes o la policía de estación?... Sólo quisiera que retuviéseis de mis palabras esta idea: que la Iglesia es efectivamente un movimiento, una fuerza en marcha, mientras que tantos devotos fieles se hacen la idea de que la Iglesia es sólo un lugar de abrigo, un refugio, una especie de posada espiritual desde cuyas ventanas uno puede darse el placer de mirar a los que pasan, a la gente de fuera, a los que no están hospedados en la casa, caminando en el barro. ¡Ay! Seguro que hay entre vosotros algunos de esos «hombres de fuera» a los que escandaliza profundamente la seguridad de los cristianos mediocres, seguridad que se parece a la legendaria seguridad de los imbéciles –probablemente porque es la misma...–. ¡Dios mío! Creedme, no me hago demasiadas ilusiones sobre la sinceridad de ciertos no creyentes, ni quiero entrar en sus quejas: sé de sobra que muchos de ellos sólo tratan de justificar su propia mediocridad con la nuestra. Pero no puedo dejar de amarles, me siento terriblemente solidario de estos

hombres que no han encontrado aún eso que yo he recibido sin haberlo merecido, sin haberlo pedido siquiera; que no tienen eso de lo que yo gozo, por así decir, desde la cuna, por una especie de privilegio cuya gratitud me produce espanto.

Porque yo no soy un convertido. Casi me da vergüenza confesarlo, ya que desde hace unos veinte años los convertidos están de moda. Tal vez porque hablan mucho, hablan enormemente de su conversión. Un poco como les pasa a esos enfermos, ya curados, que no te perdonan ni uno de los detalles de su antigua enfermedad, que te abruman de jarabes y de píldoras. Hay que añadir que en los ambientes clericales encanta esa clase de gente, y es verdad que su testimonio tiene el mismo valor publicitario que el de esos señores cuya foto aparece en la página cuarta de los periódicos. La historia religiosa —el término de historia religiosa es, sin duda, demasiado presuntuoso— digamos más bien la crónica devota de la primera mitad de siglo está llena de conversiones literarias. Una de las más célebres fue la de Paul Claudel, que nos ha recordado todas las circunstancias de aquella memorable mañana en que, disimulado tras una columna de Nôtre-Dame de París, sintió de pronto ese misterioso movimiento interior, ese espasmo espiritual, esa especie de estremecimiento del alma gracias al cual comenzó una prestigiosa carrera de poeta católico que acaba de recibir su coronación en la Academia Francesa, igual que su designación para el envidiado cargo de Washington puso el sello supremo a su carrera, no menos prestigiosa, de funcionario. Hemos conocido otras conversiones literarias igual que famosas, aunque con frecuencia menos sólidas, como por ejemplo la de Cocteau, firmada por Jacques Maritain (las conversiones literarias pueden estar firmadas como los lienzos de autor), o aquella otra —con la misma firma— de ese pobre Sachs, que llegó hasta el seminario, y cuya primera sotana había sido cortada nada menos que por Paquín. ¡Qué

más da! Pido disculpas por haberme dejado llevar a estas bromas sobre los convertidos, pero no les harán mucho daño; lo que les reprocho es que nunca entienden a sus antiguos compañeros de error, cosa perfectamente natural, ya que es raro que un convertido no se haya convertido un poco a costa de algo o de alguien... Pero un cristiano como yo, o como muchos de vosotros, para quienes la fe católica es un elemento fuera del cual no podríamos vivir, como un pez fuera del agua, ¿cómo queréis que no sintamos angustia, y como una especie de vergüenza ante esos hermanos nuestros, privados incomprensiblemente de eso que a nosotros no nos ha faltado ni siquiera un segundo? Si yo fuera un convertido, podría repetirme a mí mismo sin parar que no soy yo quien ha encontrado a Dios, que es Dios quien me ha salido al encuentro: da igual, es uno de esos argumentos con los que uno trata más de darse seguridad a sí mismo que de convencerse. Mientras que, en mi situación, no puedo presumir de ser cristiano más de lo que podría presumir de hablar correctamente mi lengua materna. ¿Cómo queréis que no me sienta grave y hondamente comprometido con aquellos que, para aprender esta lengua, deben olvidar penosamente la suya, la que han usado toda la vida?

Que los cristianos que me escuchan hagan el favor de perdonarme. Aunque no hubiese entre ellos más que una sola persona ajena a nuestra fe, sólo para ella hablo en este momento. Me daría una vergüenza enorme si pensara que me estoy dirigiendo a ella desde lo más hondo de mi seguridad de creyente —como desde una guarida segura y tibia—, y que su riesgo me es ajeno. ¡No es cierto, no, eso de que la fe es una seguridad! Al menos, no lo es en el sentido humano de esa palabra. ¡Ay! Sin duda uno se encuentra por el mundo a muchos cristianos mediocres que se hacen muchas ilusiones sobre ese punto, que se creen seguros de la gracia de Dios, y que cargan a la cuenta de la religión esa especie de satisfac-

ción de sí mismos que comparten con todos los imbéciles, sean creyentes o no creyentes. La fe no puede en absoluto compararse a esas verdades, entre las cuales la de «dos y dos son cuatro» pasa por ser la más ordinaria. Entiendo perfectamente el malestar y hasta la indignación de los no creyentes frente a unas personas a las que atribuyen, falsamente, certezas de esta clase sobre todo lo relativo al mundo invisible, a la muerte y el más allá de la muerte. A veces, la cólera y la indignación ceden su puesto a la envidia: «¡Qué suerte tenéis de creer!» —dicen con una ingenuidad desconcertante—. «Yo, es que no puedo». Y es verdad que se esfuerzan por creer; al menos, se esfuerzan por creer que creen, y se extrañan de no llegar a ninguna parte, como esos enfermos de insomnio que se repiten a sí mismos que ya se van a dormir, y que justo por eso siguen despiertos, ya que el sueño es siempre imprevisto. Quien está esperándolo, puede estar seguro de no verlo venir nunca, porque no se le ve venir. Desean creer, se esfuerzan por creer, se esfuerzan por creer que creen; además, no saben muy bien qué es lo que nosotros creemos, y muchas veces dan tanta importancia a cualquiera de las maravillosas aventuras de la Biblia como a la Santa Encarnación del Verbo; por ejemplo, hacen esfuerzos enormes para creer que Jonás fue por varios días inquilino de una confortable ballena, o que el paso del Mar Rojo sucedió tal como lo pinta la célebre miniatura, en la que se ve a los hebreos cruzar por entre dos altas murallas líquidas, por detrás de las cuales los peces contemplan el espectáculo, igual que uno ve, desde su ventana, pasar el cortejo del martes de Carnaval... Desgraciadamente, ¡ay! sobran los fieles devotos que se encargan de confundir en este punto la buena fe de los no creyentes, no sólo por ignorancia o estupidez, sino también por esa especie de vanidad imbécil que les lleva a cierto tipo de creyentes a encarecer y a exagerar su propia creencia. Los convertidos literarios de que hablaba hace un

momento son especialistas en esas baladronadas, en las que el orgullo tiene también su parte.

Es evidente que un incrédulo puede quedarse indiferente del todo cuando haces ante él profesión de creer en los grandes misterios de la fe, cuyo significado apenas entiende y que no dicen gran cosa a su imaginación. Pero le aseguras, en cambio, sin la menor sombra de duda, que la ley de la gravitación universal fue interrumpida con el fin de que Josué pudiese retrasar su reloj por una hora, ese mismo incrédulo dirá que estás completamente loco y se dará golpecitos en las sienes con el dedo, pero también empezará a pensar que eres un tipo interesante, formidable, una especie de fenómeno. Y, sin embargo, qué queréis, es cierto: un cristiano no está obligado en absoluto a tomarse al pie de la letra la historia de Jonás o de Josué. Quiero haceros notar que, por lo que a mí respecta, no tendría el menor inconveniente en creer todo eso; incluso me gustaría no tener que creer más que en eso; si los milagros no me interesan, es porque nunca han convertido a demasiada gente, y es Nuestro Señor en persona quien se ha tomado la molestia de decírnoslo en el Evangelio, cuando se burlaba de aquellos que le pedían prodigios. Muchísimas veces, los milagros suponen un choque para el espíritu pero endurecen el corazón, porque dan la impresión de una especie de intervención brutal, de una violación del juicio y de la conciencia por un hecho que, al menos en apariencia, es una violación del orden.

No quisiera extenderme más en este punto, pero no debo pensar sólo en mis oyentes que no creen, que tal vez se están diciendo ahora que los beatones acaban de recibir un buen golpe, y que a lo mejor se alegran de ello. Después de todo, también los devotos tienen derecho a ser tranquilizados si mis bromas les huelen a herejía. Les recomiendo que lean la *Histoire Sainte* de Daniel-Rops, aparecida hace unos años con el *Nihil Obstat* y el *Imprimatur* del arzobispado de París. Allí

verán, por ejemplo, que hay razones para suponer que eso de tocar las trompetas era la señal convenida para que los zapadores salieran de las galerías y prendieran fuego a la leña, con el fin de hacer caer las murallas, porque era la técnica de zapa que se usaba en aquella época, a falta de pólvora.

En relación con la travesía del Jordán a pie enjuto por el ejército de Josué, a la altura de la ciudad de Adom, podrán leer también allí lo siguiente: la ciudad de Adom es probablemente El Damieh, a unos veinticinco kilómetros de Jericó río arriba. Allí, el Jordán pasa por entre dos taludes de arcilla de unos quince metros de alto, que se corren fácilmente. En 1927, debido a un ligero terremoto, se desmoronaron y crearon una barrera en el río, interrumpiendo su curso nada menos que veintiuna horas, y reproduciendo así exactamente las circunstancias narradas en la Biblia. También ella habla de terremoto en su lenguaje oriental: las montañas saltaron como carneros, las colinas como corderos. Vuelvo a decir que el libro de Daniel-Rops tiene el *Imprimatur.*

Repito que estas cuestiones no me apasionan lo más mínimo. No tendría ningún inconveniente en admitir que los hebreos cruzaron sin mojarse los pies, no sólo el Mar Rojo, sino el Océano Atlántico, ¿qué más me da? Lo único que digo es que me resulta terriblemente penoso el pensar que hombres de buena voluntad puedan mantenerse alejados de la fe por unos escrúpulos sin fundamento y sin verdadero objeto. Si Dios hubiera querido ganarnos a base de milagros, seguro que no se habría contentado con el de Caná, o incluso con la resurrección de Lázaro. Nada la hubiese costado el imponerse con prodigios más extraordinarios, cósmicos. Mientras que los fenómenos que nos cuentan los Santos Evangelios a la hora de la muerte del Salvador —el sol que se oscurece, el velo del templo que se rasga, la tierra que tiembla— son bien poca cosa en comparación con los

efectos de la bomba de Hiroshima. Pero vayamos un poco más lejos y pensemos un poco más. ¿Por qué Dios habría de ganarnos a base de forzar nuestra voluntad con milagros? Puestos a forzar, hubiera sido mucho más fácil el no habernos perdido nunca, acoplando de una vez por todas la voluntad humana a la voluntad divina, como un planeta que gira alrededor del sol. Lo que pasa es que Dios no ha querido hacernos irresponsables, esto es, incapaces de amar; porque no hay responsabilidad sin libertad, y el amor, o es una elección libre o no es absolutamente nada.

Parecerá, tal vez, que me alejo del tema. No lo creáis, sin embargo. Una teoría materialista del mundo no basta para explicar al hombre como ser moral, dotado de responsabilidad. Pero, para explicar la existencia de los santos, tampoco basta imaginarse, al principio y como al frente del mundo, un ser supremo, una inteligencia suprema, un Dios-geómetra. Cuanto más miro al universo —decía un poco más o menos Voltaire— más difícil me resulta pensar que este reloj marche y que no tenga relojero. Versos estúpidos que, no obstante, han llenado de tranquilidad a innumerables generaciones de canónigos, orgullos de pensar que desde ahora Dios existía con el permiso del Sr. Voltaire; felices y contentos de la magnífica jugada que Dios le había hecho a su enemigo personal —«¡Aplastemos al infame!»— aprovechándose de un momento de descuido de Voltaire para hacerle firmar un papelillo de reconocimiento... Desgraciadamente, al escribir estos versos de mirlitón, el Sr. Voltaire no se preocupaba lo más mínimo de los santos; y mucho me temo que los canónigos que le citaban pomposamente en los repartos de premios tampoco demasiado... ¡Qué diablos! Llega el momento de decirlo: ¿es que un relojero sería capaz de hacer santos? Os lo pregunto. No hay nada menos libre que un reloj; en él, todos los engranajes se hallan en la más es-

tricta dependencia unos de otros. Acaso me diréis que, después de todo, el universo físico se parece bastante a una máquina de precisión. Pero, ¿estáis seguros de no estar confundiendo el signo con la cosa? Imaginaros un ser con una inteligencia absolutamente distinta de la nuestra, que ignorase todo acerca del lenguaje y la escritura, y que se extasiara con el ritmo de la voz, con la simetría de una página de imprenta, esforzándose por aislar las leyes de la una y de la otra, sin saber nada de lo esencial: el pensamiento, el pensamiento siempre vivo y libre tras la coacción aparente de los caracteres o de los signos que lo expresan. ¿Y si la vida fuese el pensamiento libre de este mundo en apariencia determinado? La vida, es decir, esta energía misteriosa, inmaterial, a la que la física moderna reduce hasta la misma materia.

El universo materialista no sabe qué hacer con el hombre en tanto que ser moral, dotado de responsabilidad. El universo de los deístas, al estilo del autor de *La Henríada*, no tiene sitio para los santos —el santo estaría tan fuera de lugar en este mundo como un poeta lírico en la Escuela de Ingenieros de Obras Públicas...— ¿Cómo podría seguir hablándoos de los santos y de la santidad sin recordaros —o sin deciros— que para nosotros, los cristianos, Dios es Amor, y la creación un acto de amor? No hablo así con la intención de convenceros. Lo único que os pido es que entréis conmigo, por un momento, en esa hipótesis, pues de otro modo estaríamos hablando en vano. ¡Oh! Ya sé, ya sé; estáis inmediatamente pensando en ese gemido del dolor universal que no se calla ni de día ni de noche. Recordáis los versos de Baudelaire:

Porque la mejor muestra, Señor, que te podemos dar,
que de hecho te damos, de nuestra dignidad,

es ese ardiente llanto que de siglo a siglo
va a morir a la orilla de tu eternidad.

Pero fijaos bien que cuando denunciamos la crueldad de este mundo, es en nombre de la razón y de la justicia, no en el del amor, y que, por ese camino, no se llega sino a la rebelión, a la desesperación o a la negación absoluta. Es verdad que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Incluso nos parecemos a El mucho más de lo que nos atrevemos a pensar, o de lo que los filósofos nos dejan pensar. «Creado a imagen y semejanza de Dios». ¡Qué misteriosa y terrible es esta expresión, y cómo ha ido perdiendo poco a poco su significado por el uso, igual que a una moneda se le borra la efigie grabada en ella, cuando pasa por demasiadas manos! Quisiera, sin embargo, que os detuviéseis en ella un minuto. ¿Cuántos de nosotros, cristianos, tenemos de verdad conciencia de ser la imagen y la semejanza de Dios? ¿Quién se preocupa del sentido real de estas palabras tan sorprendentes? Si son verdaderas, no es la observación de las cosas la que nos revelaría el secreto del mundo. Ese secreto está en nosotros, en lo más hondo de nosotros mismos, allí donde no descendemos jamás, evidentemente. Semejante hipótesis hará reir a los imbéciles, por supuesto. Pero la legendaria seguridad de los imbéciles viene precisamente de que están hechos para dos dimensiones, y conocen la tercera más o menos como nosotros la cuarta... La clave del enigma del mundo está en nosotros, ¿por qué no? ¿Acaso no es el destino ordinario de los hombres el irse a buscar muy lejos, y hasta con peligro de su vida, lo que tenían, sin saberlo, a alcance de la mano? Normalmente, no tratamos de buscar la clave del enigma sino a través de la observación empírica de las cosas. Pero en esta búsqueda, la ciencia no colabora con la naturaleza, sino que la afronta. Lo único que quiere es aislar, en beneficio suyo, la mayor cantidad posible de los colo-

sales recursos de energía del universo. En esa empresa, la humanidad terminará por ser aplastada entre la ciencia y la naturaleza, como entre el yunque y el martillo; porque, si la carne del hombre es frágil, su sistema nervioso no lo es menos y deberá ceder, más pronto o más tarde, a la tensión constantemente creciente de una vida cuya actividad normal ha sido multiplicada por diez o por cien gracias al uso de las máquinas. La maquinaria os dará más tiempo de ocio, se les predica a los idiotas.

Ya no basta con decir que los hombres tienen cada vez menos ocio verdadero, a medida que las máquinas se multiplican. En el paraíso de las máquinas, los ocios serán más agotadores que el trabajo, y será el trabajo el que nos descansará de los ocios. Cuando digo que todo el esfuerzo de la inteligencia no servirá sino para comprometer cada vez más a la humanidad en una empresa cuyos riesgos irán progresivamente en aumento, hasta ser totalmente desproporcionados con los beneficios obtenidos (¿no hemos llegado ya, como notaba últimamente Einstein, a correr el riesgo de la explosión del planeta o del envenenamiento de la atmósfera por obra de radiaciones mortales?), no se sigue de ahí que yo desprecie la inteligencia. Si es verdad que hemos sido creados a imagen de Dios, ¿cómo podría despreciar una de las facultades más altas del hombre? Me diréis que, sin despreciarla, acabo de declararla impotente. No. Impotente no. No es impotente para sacar provecho de la creación, sino incapaz de penetrar su sentido, de comprenderla, en el sentido exacto de la palabra. Si la creación fuese obra sólo de la inteligencia, la inteligencia humana podría hacer algo más que descubrir algunas de sus leyes con el fin de explotar ese conocimiento, igual que uno utiliza una máquina. En ese caso, la inteligencia tampoco estaría tan fácilmente dispuesta a condenar la creación en nombre de la lógica o de la justicia. Es que la creación es una obra de amor. La inteligencia, limi-

tada a sus propias fuerzas, cree no encontrar en la naturaleza sino indiferencia y crueldad, pero es su propia crueldad lo que descubre en ella. Propiamente hablando, lo que la inteligencia condena no es el sufrimiento, sino lo que a sus ojos no es sino una anomalía, un derroche, una mala organización del sufrimiento. La inteligencia es más cruel que la naturaleza. Estamos empezando a darnos cuenta, por ejemplo, de que una sociedad organizada por la inteligencia —o, al menos, por esa forma degradada de la inteligencia que se llama la técnica— no tendrá piedad, no sólo de los elementos sospechosos de producir menos de lo que consumen, sino también de todo el que no piense de acuerdo con la monstruosa conciencia colectiva... Sí, aún ciñéndonos sólo a los tipos mal hechos, la naturaleza deja subsistir a millones de ellos, que mañana no escaparán sin duda a los técnicos encargados de mantener y aumentar sin cesar el rendimiento de la colosal fábrica universal. En realidad, la inteligencia no se indigna contra el sufrimiento; lo que hace es rechazarlo, igual que rechaza un silogismo mal construido, dispuesta, no obstante, a usarlo ella misma en la primera ocasión, después de haberlo reelaborado según sus propios métodos. Quien habla del dolor como de una intolerable violación del alma, o incluso como de un absurdo puro y simple, está seguro de obtener la aprobación de los imbéciles. Pero, para un pequeño número de rebeldes sinceros, ¿cuántos otros no buscan en su rebelión contra el sufrimiento sino una justificación más o menos disimulada de su indiferencia y de su egoísmo para con los que sufren? ¿Cómo se explica, si no, que precisamente los hombres que aceptan con más humildad, sin comprenderlo, ese escándalo permanente del sufrimiento y de la miseria, sean casi siempre los que se entregan con mayor dedicación y ternura a los miserables y a los que sufren, como un San Francisco de Asís o un San Vicente de Paúl?

El escándalo del universo no es el sufrimiento, sino la libertad. Dios ha hecho libre a su creación, ése es el escándalo de los escándalos, porque todos los demás provienen de él. ¡Oh! Ya me doy cuenta, parecerá que nos hemos metido en plena metafísica. ¿Y qué queréis que haga? Si no consigo hacerme comprender por algunos de vosotros, será que me he explicado mal, y nada más. Explicar, bueno, ¿y para qué? Hay en este momento en el mundo, en el fondo de alguna iglesia perdida, o en una casa cualquiera, o tal vez en el recodo de un camino desierto, un pobre hombre que junta sus manos y, desde el fondo de su miseria, sin saber muy bien lo que dice, o sin decir nada, da gracias a Dios por haberle hecho libre, por haberle hecho capaz de amar. Hay en alguna parte del mundo, yo no sé dónde, una madre que oculta su rostro por última vez ante el vacío de un corazoncillo que ya no latirá nunca más, una madre junto a su hijo muerto que ofrece a Dios el gemido de una resignación extenuada, como si la Voz que ha arrojado las estrellas a la inmensidad como un sembrador arroja el grano, la Voz que hace temblar a los mundos, acabase de murmurarle dulcemente al oído: «Perdóname. Un día tú sabrás, comprenderás, me darás gracias. Pero ahora lo que espero de ti es tu perdón. Perdóname». Esos, esa mujer destrozada, ese pobre hombre, se hallan en el corazón del misterio, en el corazón de la creación universal y en el secreto mismo de Dios. ¿Qué puedo deciros? El lenguaje está al servicio de la inteligencia. Y lo que esos hombres han comprendido, lo han comprendido por una facultad superior a la inteligencia, aunque no esté en absoluto en contradicción con ella —o, más bien, por un movimiento profundo e irresistible del alma que comprometía todas las facultades a la vez, que comprometía a fondo todo su ser—. Sí, en el momento que este hombre o esta mujer aceptaban su destino, se aceptaban a sí mismos, humildemente, era todo el misterio de la creación lo que se

cumplía en ellos, mientras corrían así, sin saberlo, todo el riesgo de su conducta humana; se realizaban plenamente en la caridad de Cristo, viniendo a ser, según la palabra de San Pablo, otros Cristos. En resumen, eran santos.

Comprometerse todo entero... Sabéis perfectamente que la mayoría de nosotros no compromete en la vida sino una pequeña parte, una parte minúscula, una parte ridículamente pequeña de su ser, como esos avaros opulentos de los que se decía antaño que no gastaban sino las rentas de sus rentas. Un santo no vive de las rentas de sus rentas, ni siquiera de sus rentas, un santo vive de su caital, compromete por entero su alma. En eso, justamente, es en lo que se diferencia del sabio, que segrega su sabiduría como un caracol segrega su concha, para protegerse con ella. ¡Comprometer el alma! No, no se trata de una simple imagen literaria. Tampoco habría que llevarla demasiado lejos para darle un significado siniestro. En su libro reciente, *Los problemas de la vida,* el ilustre profesor de la Universidad de Ginebra Sr. Guyénot vuelve a hacer suya la vieja distinción entre el cuerpo, el espíritu y el alma. Si se admite esta hipótesis, que Sto. Tomás no rechaza, uno se dice con terror que innumerables hombres *nacen, viven y mueren sin haber utilizado ni* una vez su alma, sin haberse servido realmente de su alma, ni siquiera para ofender a Dios. ¿Qué es lo que permite distinguir a estos desgraciados? ¿En qué medida nosotros mismos no pertenecemos a esa especie? La condenación, ¿no consistiría en descubrir excesivamente tarde, demasiado tarde, después de la muerte, un alma absolutamente inutilizada, todavía cuidadosamente doblada en cuatro pliegues y guardada como ciertas sedas preciosas, falta de uso? Todo el que utiliza su alma, por muy mal que lo haga, participa inmediatamente en la Vida universal, sintoniza con su ritmo intenso, entra de lleno, de un plumazo, en esta comunión de los santos que es la de todos los hombres de buena volutnad

a los que les ha sido prometida la Paz, en esta santa Iglesia invisible a la que sabemos que pertenecen paganos, heréticos, cismáticos y no creyentes, cuyos nombres sólo Dios sabe.

La comunión de los santos... ¿Quién de nosotros está seguro de pertenecer a ella? Y, si tiene ese gozo, ¿qué papel juega en ella cada uno? ¿Quiénes son los que dan y quiénes los que reciben? ¡Qué de sorpresas! Tal o cual canónigo, muerto piadosamente, al que el *Boletín Diocesano* había dedicado un pomposo elogio en el estilo peculiar de esas publicaciones, ¿no corre el riesgo, por ejemplo, de descubrir que ha debido su vocación y su salvación a algún incrédulo notorio, secretamente hostigado por la angustia religiosa, al que Dios había negado los consuelos de la fe, pero no sus méritos? («No me buscarías si no me hubieses encontrado»). ¡Ay! Nada me parece mejor reglamentado, más estrictamente ordenado, jerarquizado y equilibrado que la vida exterior de la Iglesia. Pero su vida interior desborda de unas libertades prodigiosas, casi se diría de las divinas extravagancias del Espíritu —el Espíritu que sopla donde quiere—. Cuando se piensa en la estricta disciplina que mantiene casi implacablemente en el sitio asignado a cada uno de los miembros de ese gran eclesiástico, desde el más modesto coadjutor hasta el Santo Padre, cada uno con sus privilegios, sus títulos, uno diría que hasta con su vocabulario particular, ¿no son, en efecto, como una extravagancia esas promociones bruscas, muy bruscas a veces, de religiosas oscuras, de simples laicos, o hasta de mendigos, repentinamente convertidos en patronos, protectores y hasta doctores de la Iglesia universal?

¡Oh! No se trata de oponer la Iglesia visible a la Iglesia invisible. Qué queréis que os diga, la Iglesia visible no es sólo la jerarquía eclesiástica, sois vosotros, soy yo; su aspecto exterior no es siempre agradable; a veces ha sido hasta muy desagradable verla de cerca, como, por ejemplo, en el siglo

XV, en la época del concilio de Basilea; y en esos casos uno tiene naturalmente la tentación de lamentar que no sea ella la que es invisible —sí, uno siente que a un cardenal pueda reconocérsele desde tan lejos por su hermosa capa escarlata, mientras que un santo, durante su vida, no se distingue por ningún detalle de su vestimenta...—. Sé que lo que aquí parece broma es para muchas personas una idea a veces torturante. Es un error razonar como si la Iglesia visible y la Iglesia invisible fuesen de verdad dos Iglesias, cuando la Iglesia visible no es sino lo que podemos ver de la Iglesia invisible, y esta parte visible de la Iglesia invisible varía en cada uno de nosotros. Porque conocemos tanto mejor lo que hay en ella de humano, cuanto menos dignos somos de conocer lo que tiene de divino. Y si no, ¿cómo explicaríais esta particularidad tan extraña, que los más cualificados para escandalizarse de los defectos, de las deformaciones o hasta de las deformidades de la Iglesia —quiero decir los santos—, sean precisamente los que jamás se lamentan de todo eso? Sí, la Iglesia visible es lo que cada uno de nosotros puede ver de la Iglesia invisible, según sus méritos y la gracia de Dios. Es muy bonito decir: «Preferiría ver otra cosa de lo que veo». Seguro, si el mundo fuese la obra maestra de un arquitecto dominado por la preocupación de la simetría, o de un profesor de lógica, en una palabra, de un Dios deísta, la Iglesia ofrecería el espectáculo de la perfección, del orden, en ella la santidad sería el primer privilegio del ministerio, y a cada grado de la jerarquía correspondería su propio grado de santidad, hasta el más santo de todos, Nuestro Santo Padre el Papa, por supuesto. ¡Vamos, vamos! ¿De verdad querríais una Iglesia así? ¿Os sentiríais muy a gusto en ella? Dejad que me ría. Lejos de sentiros a gusto, os quedaríais en la entrada de esa congregación de superhombres, dando vueltas a la gorra entre las manos, como un pobre vagabundo a la puerta del Ritz o del Claridge. La Iglesia es una casa de familia, y en esas casas

hay siempre desorden; a las sillas les falta una pata, las mesas están manchadas de tinta, y los tarros de mermelada se vacían solos en la despensa, lo sé por experiencia...

La casa de Dios es una casa de hombres y no de superhombres. Los cristianos no son superhombres. Los santos tampoco, o menos aún, pues son los más humanos de los hombres. Los santos no son sublimes, ni tienen necesidad de lo sublime, es más bien lo sublime lo que tiene necesidad de ellos. Los santos no son héroes, al estilo de los héroes de Plutarco. Un héroe da la impresión de superar la humanidad; un santo no la supera, la asume, se esfuerza por realizarla lo mejor posible, ¿comprendéis la diferencia? Se esfuerza por acercarse lo más posible a su modelo Jesucristo, es decir, a Aquel que ha sido perfectamente hombre, con una simplicidad perfecta, hasta el punto, precisamente, de desconectar a los héroes y de dar seguridad a los demás, porque Cristo no ha muerto sólo por los héroes, también ha muerto por los cobardes. Aunque sus amigos se olvidan de ello, sus enemigos, en cambio, no lo olvidan. Ya sabéis cómo los nazis han opuesto siempre a la Santísima Agonía de Cristo en el Huerto de los Olivos la muerte gozosa de tantos jóvenes héroes hitlerianos. Es que Cristo quiere abrir a sus mártires el camino glorioso de una muerte sin temor, pero quiere también precedernos a cada uno de nosotros en las tinieblas de la angustia mortal. La mano firme, impávida, puede, en el último paso, buscar apoyo en su espalda, pero la mano que tiembla está segura de encontrar la suya...

¡Oh!... Quisiera que terminásemos con un pensamiento que no ha dejado de acompañarme a lo largo de toda esta charla, como el hilo del tejedor que corre bajo la trama. Esos a los que tanto les cuesta comprender nuestra fe son aquellos que se hacen una idea muy imperfecta de la eminente dignidad del hombre en la creación, que no le ponen en su lugar de la creación, en el lugar al que Dios le ha elevado

con el fin de poder descender hasta él. Estamos creados a imagen y semejanza de Dios porque somos capaces de amar. Los santos tienen el genio del amor. ¡Oh! Notad que no sucede con este genio como con el genio del artista, por ejemplo, que es el privilegio de un pequeño número. Sería más exacto decir que el santo es el hombre que sabe encontrar dentro de sí, hacer brotar de las profundidades de su ser, el agua de que Cristo le hablaba a la samaritana: «Los que beban de ella no tendrán nunca sed...». La profunda cisterna abierta bajo el cielo está ahí en cada uno de nosotros. Sin duda, la superficie está llena de suciedad, de ramas partidas, de hojas muertas, y de ella sube a veces un olor de muerte. Sobre ella brilla una especie de luz dura y fría, que es la de la inteligencia razonante. Pero por debajo de esta capa malsana, ¡el agua es de repente tan limpia y tan pura! Todavía un poco más hondo, el alma se vuelve a encontrar en su elemento natal, infinitamente más puro que el agua más pura, en esa luz increada que baña la creación entera —«en El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres»— *in ipso vita erat et vita erat lux hominum.*

La fe que algunos de vosotros lamentáis no conocer está dentro de vosotros, llena vuestra vida interior, es esa misma vida interior por la que todo hombre, rico o pobre, ignorante o sabio, puede entrar en contacto con lo divino, es decir, con el amor universal, del que la creación entera no es sino el brotar inagotable. Esa vida interior contra la que conspira nuestra civilización inhumana con su actividad delirante, su furiosa necesidad de distracción, y esa abominable disipación de energías espirituales degradadas, por las que se derrama y se pierde la sustancia misma de la humanidad.

En el curso de esta conversación os decía que el escándalo de la creación no es el sufrimiento, sino la libertad. También podría haber dicho que es el Amor. Si las palabras conserva-

sen su sentido, diría que la creación es un drama de Amor. Los moralistas consideran a menudo la santidad como un lujo. Pues bien, es una necesidad. Mientras la caridad no se había enfriado demasiado en el mundo, mientras el mundo tenía su cuenta de santos, algunas verdades han podido olvidarse. Hoy reaparecen como la roca durante la marea baja. Es la santidad, son los santos los que mantienen esta vida interior sin la cual la humanidad se degradará hasta perecer. Es en su propia vida interior, en efecto, donde el hombre encuentra los recursos necesarios para escapar a la barbarie o a un peligro peor que la barbarie: la esclavitud bestial del hormiguero totalitario. ¡Oh! Sin duda, se podría pensar que ya no es la hora de los santos, que la hora de los santos ha pasado. Pero, como escribía yo hace tiempo, la hora de los santos es siempre.

Apéndice

CONFIDENCIAS A LOS OYENTES:

... *de Bélgica*

Hace muchos años —en la primavera de 1927— llegaba por primera vez a Bruselas y la acogida que dísteis al escritor que la publicación de *Sol de Satán* acababa de sacar de las sombras —o más bien de la oscuridad más absoluta— no la olvidaré. ¡Oh! No quiero enternecerme con el pasado, aún no soy demasiado viejo para ello, no vamos a llorar juntos, vosotros merecéis algo mucho más valioso que un enternecimiento fácil, sobre todo cuando el clamoroso mérito de vuestro país es precisamente encontrarse, en este momento de vuestra historia íntegra y firmemente en el presente. Lo que podéis esperar de mí hoy no es nada más que un simple, profundo y leal gracias. Aquí está.

Señoras, señores, quizá juzgáis, en vuestra indulgencia —al menos así lo espero— que he encontrado la expresión necesaria, que esperábais mi gratitud por tanta amistad y fidelidad desde hace veinte años. Quizá voy a correr un riesgo aún mayor intentando explicaros algo de los sentimientos que me trastornaban mientras atravesaba vuestras ciudades.

No voy a hacer un discurso sobre ello, no caeré en el ridículo de explicaros, después de tantos imbéciles, mi sorpresa ante las tiendas con luces deslumbrantes y ante sus escaparates. Lo que resplandece de vuestras ilustres ciudades no es esa sensación de seguridad que uno experimenta en otras regiones preservadas de Europa, —Suiza, por ejemplo, espero que mi querido Béguin no me reprochará haberlo dicho— prosperidad un poco ficticia y precaria como la belleza de una coqueta, indefinidamente prolongada por sus cuidados. Lo que resplandece de vosotros y de vuestras ciudades es la fe de un pueblo que vive todo él en el presente, que ha apostado por su suerte presente, y fuerza así la fortuna como había forzado el infortunio. ¡Oh! Sé que sería necesario encontrar palabras más simples, sin embargo éstas son las más simples que encuentro. Querría deciros lo que, por otra parte, sabéis mejor que yo: vuestra prosperidad no tiene nada que pueda provocar la amargura y la envidia de un francés, o de cualquier hombre que tenga la tradición y el sentido de solidaridad espiritual de los grandes Cristianos de Occidente. Vosotros habéis tenido fe, y esa fe en vosotros mismos ha sido recompensada, pues era también fe en Europa, en los recursos siempre vivos, inagotables de Europa, fe en el hombre de Europa. Como aparece tan a menudo en el Evangelio, se ha hecho según lo habéis creído. Vuestra presente grandeza —la grandeza se siente antes de que haya sido medida— no es un asunto de estadística, las estadísticas no revelarían nada, o pocas cosas, de su secreto. Vuestra presente grandeza, digo, es solidaria a vuestra fe, no podría por tanto humillar a nadie, os pertenece, como una gran lección de la Historia.

Al hablar como acabo de hacerlo no creo rebajar ante vosotros a mi país, cuya situación es muy diferente de la vuestra. Mi país no necesita mentiras, mi país está hecho para cualquier peso de verdad, será capaz de llevar sin flaquear

cualquier carga de verdad, para vivir, si me permitís esta imagen, bajo una presión igual y constante, igual que nosotros vivimos bajo una cierta presión atmosférica. Al pretender hacerla pasar de este medio tan denso, que era su tradición espiritual, a un ambiente enrarecido, bajo pretexto de aliviarla, la asfixiamos. Si mañana, por una extraña casualidad, Francia pereciera no sucumbiría bajo el peso de sus responsabilidades históricas, moriría por no haberlas asumido.

He venido aquí para hablaros de «Francia ante el mundo de mañana». Al menos este es el título que figura en el programa, pero es necesario tomar los títulos por lo que son. Es inútil y peligroso fiarse del título de cualquier conferencia, como por otra parte de la conferencia y quizá del conferenciante mismo. Toda conferencia, mirad, es una empresa de seducción, por eso me siento siempre un poco molesto en ellas. ¡Oh! En ella el título de una conferencia es como esos paseos inocentes, e incluso instructivos, por los museos que los hombres proponen a los señores y que a veces terminan, según se dice, en lugares menos serios. Dios quiera que también yo os lleve, a lo largo de esta modesta conversación, mucho más lejos de lo que pensábais e incluso de lo que querríais ir...

... de Ginebra

Prefiero preveniros enseguida, aunque sin duda lo habéis adivinado ya: lo que váis a escuchar no merece quizá el nombre de conferencia —al menos en el sentido que se le da generalmente a esta palabra— y probablemente por esta razón me pregunto si soy verdaderamente un conferenciante. Quizá también vosotros os lo preguntéis luego. Los conferenciantes son ante todo hombres encantadores. Al menos

así lo creo pues raramente asisto a las conferencias, tengo ya bastante con escuchar las mías. No os prohíbo naturalmente considerarme un hombre encantador, pero temo que no me juzguéis como tal sino después de una reflexión —en el caso más favorable, claro está— y entonces será demasiado tarde para mí. Me habría marchado ya: me echaríais de menos, pero yo no lo sabría...

Los conferenciantes no son gente encantadora, son encantadores —en el sentido de encantadores de serpientes—. No son serpientes lo que encantan, son ideas. Se sientan en una mesa como ésta, con la actitud más agradable posible sacan su flauta, soplan y las ideas salen una a una, como las serpientes del saco de cuero del encantador. Cuando se calla la pequeña flauta, las ideas vuelven sabiamente a la caja, pues son ideas bien amaestradas, incapaces de hacer daño a nadie.

Pero yo, yo no soy dueño de las ideas que presento, son ellas las que mandan sobre mí, yo estoy a su servicio no ellas al mío. Añado que no las considero en absoluto inofensivas. Os herirán quizá. Pero decís, aún cuando me han herido antes que a vosotros, que yo no he sabido jugar nunca con ellas. Uno se juega tanto con la verdad como con el fuego y, por muchas precauciones que se tomen con ella, el honor del que la sirve es el de sentir tarde o temprano su mordedura. Me parece que no he negado demasiado a menudo mi testimonio a la verdad, ¡gracias a Dios! —pero no puedo presumir en absoluto de haberlo hecho siempre de buen grado—. Con frecuencia hubiera preferido hacer otra cosa más fácil. Por ejemplo, preferiría hablaros, con este maravilloso sol, de temas más agradables, me gustaría dejaros después con una impresión de descanso gozoso, me gustaría haceros sonreir, e incluso haceros reír. ¡Ah! ¡Si supiérais lo que es para un conferenciante —al que el silencio de su auditorio da la impresión de que su conferencia atraviesa un árido desierto, un desierto de aburrimiento— el maravilloso murmullo que

las actas de sesiones escriben entre paréntesis: «sonrisas»! Sonrisas en plural, claro.

Sí, me gustaría haberos hecho reír a menudo. ¡No importa! Perdonadme el esfuerzo que os voy a pedir. Hubiera sido más hábil imponéroslo sin preveniros, pero tampoco soy un hombre hábil. Soy, como sabéis, un novelista que ha dejado de escribir novelas, es decir, de hacer lo que le gustaba hacer por encima de todo, para tratar de decir lo que otros probablemente hubieran dicho mejor en su lugar, si hubieran tenido el coraje de decirlo. Pero prefieren llegar a ser ministros, o académicos, o ¿qué sé yo? incluso arzobispos. A partir de ese momento se convierten en optimistas. Yo no quiero en absoluto ser ministro o académico. Quizá a alguno de vosotros no os sorprendo al revelar que rechacé ya la Academia, pero os sorprenderéis mucho más al saber que me han querido hacer ministro, pero sin embargo no tengo una cara apropiada... Para arzobispo, no puedo decir, no me lo han pedido nunca...

... *de Porrentruy*

Antes de empezar esta conferencia, siento casi la necesidad de excusarme ante cada uno de vosotros. Desde Neuchâtel he recorrido en ferrocarril un paisaje que quizá os es demasiado familiar para apreciar, como un extranjero que lo descubre de repente, grandioso y puro, su magnífica sencillez. A medida que avanzaba entre esas grandes escarpaduras, ya ensombrecidas por la caída del sol, tenía la impresión de ir hacia un reducto de serenidad, de seguridad, hacia un rincón protegido del mundo, y me decía que quizá tendría algo mejor que hacer que venir a turbar vuestra paz. Pero ya no es, lo sabéis, el rincón protegido del mundo. Este mundo no protege ya a nadie, no ofrece seguridad a nadie; no defiende

ya a nadie, es él el que necesita ser protegido, nosotros le debemos salvar a él. ¡Oh! No rechacéis de antemano alguna de las verdades que querría ofreceros, pues me cuesta más que a vosotros, no creáis, hablaros en un lenguaje que parecerá quizá un poco duro.

Amo la vida tanto como alguno de vosotros. Amo la felicidad. O mejor dicho amaría las ilusiones de la felicidad, si un hombre digno de este nombre pudiera permanecer insensible a la inmensa angustia de la familia humana. Sé muy bien que os pillo un poco a traición, a la salida de una comida de familia que os ha reunido a todos bajo la lámpara, alrededor de la mesa en esta paz inmemorial de la tarde que han conocido vuestros padres, antes que vosotros, desde hace tantos siglos. Si os dejo indiferentes habré hablado en vano. Si no, habré perturbado vuestros corazones y quizá también vuestra digestión. Pues la tarea de un conferenciante que conoce su materia es precisamente la de mantener una hora a su auditorio en un estado de semi-somnolencia agradable que facilite la digestión y prepare, para la noche, a un sueño reparador. Pero los que de vosotros me han hecho el honor de leer mis libros saben que me he esforzado siempre en despertar a los que duermen e impedir a los demás dormirse. Es esta una labor que no produce grandes beneficios ni grandes honores, sino que cierra muchas carreras. ¡No importa! Querría preveniros de los peligros que os amenazan, que nos amenazan a todos. No dispongo de medios para alejarlos, sólo puedo preverlos. Quien prevé la desgracia no está seguro de escapar de ella, pero al menos la hace frente, la desgracia no le sorprenderá vergonzosamente por la espalda. Pues peor que morir es morir engañado.

Me parece que puedo ayudaros, que podemos ayudarnos recíprocamente para no ser engañados, o para serlo lo menos posible...

Cuando veo reunido alrededor mío un auditorio como el vuestro, me siento mucho más emocionado, es decir, mucho más consciente de mis deberes hacia los que consienten venir a oírme, que delante del público, ¡Dios mío! nunca más numeroso pero a veces un poco *snob,* de las grandes ciudades.

Estamos aquí como en familia, como reunidos bajo la lámpara, un día de invierno, cada uno ha ocupado bien su día, ha cumplido su tarea y también yo he cumplido la mía. Mientras que el tren me conducía de Zurich a Bienne, no he hecho más que pensar en vosotros, en lo que os iba a decir esta tarde y anotaba las ideas a media que me venían; el pequeño cuaderno que véis apoyado sobre mi cartera y mi ésta sobre mis rodillas, lucharon contra el traqueteo del tren y los rodillazos de los viajeros demasiado apresurados por descender en cada estación.

Nosotros no hemos perdido nuestra jornada. Ahora se trata de no perder tampoco esta noche, de trabajar juntos. Con frecuencia la utilidad de una conferencia literaria, en general, es mantener al auditorio durante una hora en estado eufórico de semi-somnolencia que facilita la digestión y dispone a un sueño reparador. Pero esta conferencia no es una conferencia literaria. Nunca he tenido menos ganas de hablar de literatura. Y las pocas verdades que quisiera deciros no son las que adormecen o tranquilizan. Voy a decíroslo abiertamente, casi en confidencia, como se habla entre sí de alegrías y penas de la familia o del futuro de los hijos. Estamos muy cerca unos de otros, no podemos ocultarnos nada. Vivís en este país tranquilo, formado y como santificado desde hace siglos por el trabajo de los vuestros; llegué aquí a la hora en que lentamente caía sobre este hermoso valle la paz inmemorable de la tarde. Podía sentir cierto apuro

e incluso vergüenza al venir desde tan lejos para hablaros de un peligro que amenaza en este momento a toda la civilización, pero no os pido en absoluto que os echéis a temblar, os ruego que reflexionéis conmigo tranquilamente. Vuestra solicitud, el aspecto mismo de vuestros paisajes os invitan a la reflexión. No hay ninguno de vosotros que no piense a menudo en el estado miserable del mundo, sois una raza sana y fuerte. Cuando digo que el mundo está amenazado, la expresión no es del todo justa. La amenaza no está sobre nuestra civilización, está dentro de ella. Hay en nuestra civilización como un principio y un germen de muerte cuya evolución debemos detener si no queremos perecer con ella.

Ayer por la tarde, entonces, desarrollaba esta idea, o más bien, expresaba y justificaba lo mejor que podía esta convicción en el gran anfiteatro de vuestra magnífica Escuela Politécnica de Zurich, y podía parecer un poco temerario criticar tan gravemente a la civilización de la técnica delante de los Politécnicos... Pero aquellos de vosotros que me han hecho el honor de leerme saben que no soy un hombre prudente. Pensar, para mí, no es un trabajo o un placer, es un riesgo. Por tanto, he corrido ese riesgo en Zurich, igual que lo he corrido en otras partes, igual que esta noche una vez más lo corro ante vosotros. Pues si no era prudente criticar a la técnica ante los Politécnicos no creo mostrarme más circunspecto al hablar como lo voy a hacer del mundo moderno en una ciudad que ha dado, que da aún cada día, el ejemplo de todo lo que la técnica puede realizar de más moderno en favor de la industria. Pero es una cuestión de términos. Yo creo que el pueblo suizo es quizá en este momento el más capacitado para escuchar ciertas verdades casi imposibles de expresar últimamente en otros países, pues ha permanecido como bastión de la Europa civilizada en un continente aplastado por la guerra; vuestro país podría

apreciar algunos valores humanos que él ha sabido preservar de la destrucción...

... No soy un hombre que pase por cuidar mucho a los demás, pero tampoco yo me cuido mucho, creo que es justo. Al hablaros como acabo de hacerlo sé que exijo de vosotros un esfuerzo y me pregunto, perdonadme, si estáis capacitados para hacer este esfuerzo, si no vais a contentaros con mostraros de acuerdo conmigo y aplaudirme. La aprobación o incluso el aplauso es a menudo una manera de esquivar exigencias mucho más difíciles, una especie de saludo cortés a esas ideas que uno recuerda haber visto quizá en alguna parte, cuyo aspecto os es simpático, pero a las que uno no se inclina mucho a ser presentado, ante las cuales uno siente más bien la tentación de cambiarse de acera. Hablando más claro, no me bastaría con obtener vuestra aprobación, querría convenceros. ¡Oh! Sin duda, no pretendo convenceros esta noche, ¡no hago milagros!, al menos no he intentado hacerlos nunca hasta el presente. Me bastaría —estaría muy bien— con que sacárais de esta sala, esta noche, un pequeño número de ideas, de imágenes a las que uno no presta mucha atención, que trata de olvidar pero que continúan en lo más profundo de la memoria sensible, o incluso un poco más adentro, y que aparecerán un día, cuando las circunstancias lo permitan, para inundar todo el alma...

... del Sanatorio Universitario de Leysin

Durante estas dos semanas pasadas cada vez que modificaba esta conferencia —no he parado de hacerla y deshacerla, un verdadero escritor no puede cesar de hacer y deshacer, así como un hombre digno de este nombre debe hacer y deshacer su vida para rehacerla de nuevo, sin abandonarse nunca, hasta ese día que no es el del eterno reposo sino el

del último obstáculo forzado, el camino abierto, el camino libre, la ida sin vuelta y la gran ascensión —sí, cada vez que escribía una de las páginas que llenan ahora esta cartera con aspecto ministerial, pensaba en vosotros. Pensaba en vosotros primero porque érais la última etapa de mi viaje, y por decirlo así mi última posibilidad. En definitiva, vosotros sois los árbitros de este modesto debate, vuestro juicio no tendrá apelación. Pero pensaba sobre todo en vosotros porque, de entre los hombres que me han hecho el favor de venir a escucharme, es a vosotros a los que quiero convencer, es a vosotros a los que no quiero fallar. De vosotros hay quienes me escuchan desde su cama, lo sé, pero acostados o no, permanecéis firmes. Sois hombres que no han aceptado, que no han capitulado, que aparentan aguantar el golpe, que serán lo que quieren ser, permanecerán así toda la vida bajo el signo de la victoria. ¡Oh! Dejadme decíroslo de pasada, uno de mis hijos alistado en 1941 con la RFA es hoy, al otro lado de esas montañas, en una casa parecida a ésta, uno de vosotros, vuestro compañero. Es para hombres como vosotros para los que trabajo, trabajo para hombres que no se acobardan de nada, que no renuncian a nada...

... de Sorbona

Antes de comenzar esta conversación, permitidme contaros cómo trato de escribir cada día: familiarmente, como a amigos. Estamos aquí en nuestra casa, puesto que estamos juntos y esta palabra Sorbona (que por otra parte, me evoca con el nombre de Péguy, algunos recuerdos de juventud, que no son agradables más que para las personas que, habiéndose habituado muy pronto a los exámenes, pasan toda su vida haciendo nuevos, se convierten en académicos o ministros con el fin de pasar brillantemente el último... el úl-

timo concurso... el concurso de los concursos: el de los funerales nacionales), el valor mismo de la palabra Sorbona, digo, no me podría impedir dirigirme, más a cada uno en particular que a todos en general, como si estuviéramos tranquilmente sentados a la mesa, a la mesa de un café si preferís, ya que tengo la fama de ir a menudo al café. ¡Oh! ¿Sabéis? Yo voy al café como otros a ciertas casas menos inofensivas, donde no toman café... ¡No importa! Quiero deciros desde el principio que tenéis delante a un hombre que, habiendo salido de Francia hace tres semanas, se ha sorprendido al saber, cuando bajaba del tren, que iba a tener el honor de hablar esta noche ante vosotros, cuando ignoraba hasta el título de la conferencia que vais a escuchar. Todos sabéis que el éxito de una conferencia se debe siempre a los organizadores... Pero ésta, verdaderamente, les deberá todo.

Revolución y democracia... encuentro el título muy interesante. Pero quizá yo no lo hubiera elegido, porque si la palabra «revolución» no significa ya gran cosa desde que fue reemplazada por una técnica de la revolución (se pone así la revolución al alcance del primero que llega, con tal que tenga memoria y sepa aprovechar la enseñanza de esas escuelas de revolución que acaban por parecerse a las academias de bachillerato), la palabra «democracia» ya no significa absolutamente nada para mí. Me pregunto si no es la palabra más manipulada de todas las lenguas. ¡No importa! Vamos a pesar de todo a por «Democracia y revolución»... «Revolución y democracia».

... Perdonadme si no estoy tan preparado como hubiera querido estarlo. No soy —vosotros mismos lo veis— un improvisador. Tampoco soy un comediante, no soy siquiera un conferenciante. Las conferencias son habitualmente empresas de seducción y yo soy demasiado viejo... para empezar a jugar con las viejas coquetas. Aunque soy un viejo caballo

—e incluso un caballo cojo— me han puesto brutalmente ante el obstáculo: alargo el cuello y voy a tratar de saltarlo...

... de Africa del Norte

Me propongo deciros lo que quizá no tenéis la costumbre de escuchar, lo que quizá no habéis venido a oír. Me pregunto si no habría en esto, en el caso poco probable de que lo consiguiera, un cierto abuso de confianza, pues faltaría a las leyes del género. La conferencia es un género, en efecto —¡oh! un género modesto, como la tragedia por ejemplo o un vodevil—. Hay una ley de los géneros. La ley de la conferencia es la de agradar, y he aquí quizá por qué algunos viejos conferenciantes se parecen un poco a viejas coquetas. ¡Oh! Hay diversas formas de agradar. Un conferenciante lo consigue con conferencias divertidas, pero éstas pueden ser aburridas con el mismo éxito. La conferencia aburrida no gusta de momento, claro está, es una hora pesada de pasar. Pero superado el mal rato no hay nada más fácil que decir a la salida, con un cierto tono:

—¡Os habéis aburrido! ¡Vamos!... Yo no. ¡Oh! Evidentemente el tema de la conferencia era un poco difícil, pero a mí me gustan mucho los temas difíciles.

Esta es una pequeña satisfacción de amor-propio que uno puede incluso darse también antes de la conferencia. Estoy seguro, por ejemplo, que algunos de vosotros ha debido escuchar de amigos sensatos consejos del tipo de:

—¿Váis a la conferencia de Bernanos? Bernanos ha escrito libros pesadísimos e incluso absolutamente incomprensibles, como *«Monsieur Ouine».* Además nunca está contento de nada ni de nadie. Mientras los que se presentan como amantes del orden establecido hacían votos por la cruzada de nuestro querido vecino, el Sr. Franco, él escribía

«Los Grandes Cementerios bajo la luna», y negaba por tanto ser demócrata. Ahora que aquéllos son a cuál más demócrata, él se proclama católico y no ya demócrata como antes. Un tipo raro este Bernanos. Más aún, cuando los campos de concentración —Noche y niebla— estaban instalados casi a nuestras puertas, en 1938, él les denunciaba indignado con el riesgo de enemistarnos en aquel tiempo con Hitler y de hacer fracasar Munich, ¿os dáis cuenta? Hoy que han llevado más lejos estos campos, cerca del mar Blanco, y que se ha traducido *Nact und Nebel* al ruso, él sigue a disgusto, con el riesgo de enemistarnos con el mariscal Stalin...

Y ¿qué es lo que habéis contestado? ¡Bueno! Voy a intentar adivinarlo. Habéis respondido por ejemplo:

—Mi querido amigo, no tengo una simpatía particular por Bernanos, pero la Alianza francesa, que hace venir a Africa del Norte genios consagrados por la Academia para mostrarnos lo mejor del género, bien puede gastar también un poco de dinero en darnos a conocer lo que se ha hecho de escandaloso. Iré a ver a Bernanos, al menos para ver la cara que tiene.

¡Y bien! Le habéis visto... Creo incluso que me habéis ahorrado la reflexión fatídica, casi fatal: «Es igual, creía que era mejor...». Ahora puedo hablaros como suelo hacer habitualmente, es decir con sinceridad total, porque sabéis lo que podéis esperar de mí: una palabra que me compromete y os compromete...

... De todos los consejos que me han dado —discretamente, cortésmente, casi sin parecerlo— no he retenido más que uno, y es precisamente lo que no soy jamás: «¡Sé prudente!». Parece que en razón de las circunstancias que atravesamos —como se dice— debo ser prudente. En mi opinión, mirad, el mejor modo de aprender a ser prudente es darse cuenta de *hasta dónde puede llevar la imprudencia... La prudencia* es la virtud de días felices, de períodos prósperos.

Cuando uno se encuentra bien a cubierto, ¿por qué salir a buscar el riesgo? Pero cuando el riesgo viene a nosotros se trata primeramente de hacerle frente, porque sería aún más peligroso darle la espalda. La prudencia no es, por tanto, más que la coartada de los cobardes.

Fotocomposición
Notigraf, S. A. - San Dalmacio, 8 - Madrid
Impresión
Gráficas Zénit, Camino de Hormigueras, 170 - Madrid
Encuadernación
Sanfer - Hnos. Gómez, 32 - Madrid
Depósito legal: M-12.482-1989
I.S.B.N.: 84-7490-225-1
Printed in Spain